MOHAMED MBOUGAR SARR

Hombres puros

Traducción de Rubén Martín Giráldez

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
Notas
Créditos

1

–¿Has visto el vídeo que lleva circulando desde hace dos días?

Yo quería dormir, borracho de placer. Iba listo. Siempre tiene que haber en esta tierra una voz caritativa que te desee el peor de los males: devolverte a la sobriedad. Insistía: «Está en casi todos los teléfonos del país. Se ve que incluso un canal de televisión ha empezado a emitirlo y luego lo han interrumpido...».

No tenía elección: regresé al espacio de mi habitación, donde flotaba un olor a axilas sudadas y cigarrillos, pero donde reinaba sobre todo, estrangulando los demás olores, la fuerte impronta del sexo, de su sexo. Una firma olfativa única que habría reconocido entre otras mil: el olor de su sexo después del amor, olor a alta mar, que parecía emanar de un incensario del paraíso... La penumbra iba en aumento. Había pasado la hora en la que aún era posible saber cuál era. Noche.

Sin embargo, los retazos de voces del exterior se negaban a desaparecer: eran el coro difuso de un pueblo cansado pero que había perdido el gusto por dormir hacía mucho. Hablaban, si es que se le puede decir hablar a esas frases sin origen ni propósito, a esos monólogos inacabados, a esos diálogos interminables, a esos murmullos inaudibles, a esas exclamaciones sonoras, a esas interjecciones estrafalarias, a esas onomatopeyas geniales, a esos fastidiosos sermones nocturnos, a esas declaraciones de amor miserables, a esas palabrotas obscenas. Hablar. No, la verdad es que no, babeaban las frases como salsas demasiado grasientas; y las frases, además, rebosaban sin miramientos respecto a cualquier significado, preocupadas únicamente por salir y conjurar lo que, de otra manera, habría significado su muerte: el silencio, el espantoso silencio que habría obligado a cada uno de ellos a enfrentarse a lo que realmente era. Tomaban té, jugaban a las cartas, se sumergían en el aburrimiento y la ociosidad, pero con una apariencia de clase, con esa elegancia hipócrita que hacía pasar la impotencia por una elección que algunos, noblemente, llamaban dignidad. Y una mierda. Ponían en cada frase, en cada gesto, todo el peso de su existencia, que no pesaba nada. La balanza de su destino no se movía ni una pizca. Su aguja siempre señalaba el cero, la nada. Lo más terrible era que esta lucha a muerte no se desarrollaba en un escenario grandioso, digno de sus envites; no: sucedía en el inmenso anonimato de calles arenosas, sucias, sumidas

en la negrura. Tanto mejor, se habrían suicidado todos si se hubieran visto los unos a los otros. Ya era bastante triste así. Esperaban. Solo Dios sabía a qué. A Godot. A los bárbaros. A los tártaros. A las Sirtes. El voto de los animales salvajes. Solo Dios sabía a quiénes. Tenía la impresión de que cada vez que uno de ellos reía lanzaba algo al aire, una bengala de socorro que explotaba allá arriba. Algunos lo encuentran admirable: ¡fijaos qué buena gente! ¡Ríen a pesar de todo! ¡Desafían la muerte con su fe en la vida! ¡El honor en la pobreza, etcétera! Y nos conmueve. Lo elevamos a saber a qué grado. Les labramos bustos majestuosos y nobles. En mi opinión, solo se erigen estatuas a los muertos, a los héroes o a los tiranos. Estos habitantes de la noche eran simples desgraciados. ¿Tenía yo la sangre fría necesaria para desenmascarar su valentía ilusoria?

–¿Me has oído?

–Sí, me hablabas del vídeo.

–¡Ah!, luego, ¿lo has visto?

–No. No sé de qué vídeo hablas.

–¿Por qué dices «el vídeo», entonces?

–No lo sé. Por reflejo.

–No me estabas escuchando.

–No, en realidad no, perdona. Pero he oído «el vídeo». ¿Qué vídeo?

–Espera. Lo tengo aquí.

Despegó la cabeza de mi hombro y buscó durante unos segundos su teléfono, que se había perdido antes entre las almohadas, las sábanas, la manta y la ropa diseminada por la cama, en la prisa del abrazo. Volvió a mi pecho. La intensa luz de la pantalla me quemó los ojos unos segundos mientras manipulaba el móvil a pocos centímetros de nuestras caras. Y al momento ya no era capaz de ver nada más que la pantalla.

–Estamos siendo testigos de la metáfora de nuestra época. Una época de ceguera generalizada donde la luz tecnológica, más que iluminarnos, nos perfora las pupilas y sume el mundo en una noche continua y…

–Eres un intelectual –me cortó ella, implacable–. Eso que acabas de decir, igual es hasta interesante, pero no entiendo nada. Ni jota.

Era mentira: entendía todo lo que yo decía. Es más: casi siempre lograba adivinar, no, deducir incluso; sí, eso es, deducir todo lo que iba a decir a partir de la primera frase que pronunciaba. Rama. Ese era su nombre. De una inteligencia aguda y salvaje cuyo brillo la incomodaba tanto que, por una especie de vergüenza o modestia, se pasaba la vida reprimiéndola en sociedad. Pero ya hacía mucho tiempo que no me lo tragaba. Le arrancaba la máscara con rabia.

–Estás mintiendo. Mientes más que respiras. Lo sé.

–Eso que dices sobre la ceguera del mundo nos da lo mismo. Si eres capaz de ver que todos están cegados es porque piensas que tú no lo estás. Tú *ves*. ¿Estás seguro? Mejor mira esto.

Reprodujo el vídeo, que comenzaba con ese torbellino confuso de voces e imágenes característico de las tomas caseras: no había ningún elemento de contexto, solo voces, siluetas, suspiros; el autor del vídeo no estaba solo, parecía encontrarse en medio de una multitud; le temblaba la mano, la imagen no era nítida, pero se estabilizó a los pocos segundos; la persona que grababa comenzó a hablar (era un hombre) y preguntó, tanto para él como para quienes veíamos el vídeo, qué estaba pasando, pero nadie le respondía. Levantó un poco el brazo para que pudiéramos ver con más detalle lo que sucedía a su alrededor, y vimos una muchedumbre caminando, numerosa y densa. Se alzaron voces distantes: «¡Al cementerio! ¡Vamos al cementerio!». «¿Al cementerio?, ¿por qué», preguntó el hombre. El vídeo se puso borroso de nuevo; se notaba un cambio de ritmo, una aceleración, como si el hombre que sostenía el teléfono hubiera empezado a correr para seguir a la multitud. «¿Por qué al cementerio?», repetía mortificado, «¿por qué al cementerio?». Tampoco recibió ninguna respuesta, pero continuó avanzando con rapidez, y pronto unas roncas voces masculinas gritaron: «¡Es aquí! ¡Es ella!». El hombre que grababa disminuyó el paso y dijo como para sí mismo: «Estamos en el cementerio, me acercaré a ver», con un tono de voz en off ridículamente profesional, luego se abrió camino a codazos entre la multitud apiñada (se escucharon quejas, protestas desabridas), se disculpó, pero siguió avanzando, empujando, pasando por encima de los hombros. De repente, hubo un movimiento brusco en la pantalla, y durante unos segundos todo fue oscuridad absoluta. «Ahí se le cayó el teléfono, pero luego vuelve», me dijo Rama, y enseguida, efectivamente, tuvimos de nuevo una «visual», como se suele decir ahora; el autor del vídeo parecía haber llegado a un lugar donde ya no podía avanzar, la multitud estaba demasiado apretujada.

Se le oyó pronunciar una palabra de horror, alzó su teléfono por encima de las cabezas: entonces apareció en la pantalla, a pocos metros de distancia, rodeada por una muralla de hombres, una tumba que estaban excavando dos tipos robustos armados con palas, una tumba ya bastante profunda, abierta en la carne de la tierra como una gran herida, alrededor de la cual, aparte de los dos tipos, nadie se movía: la gente parecía paralizada alrededor del agujero, en silencio, graves, como si fuese un pariente o su propio cuerpo, su propia alma, lo que enterraban. La mano del autor del vídeo también parecía

haberse petrificado, ya no temblaba, la imagen era clara, sin florituras. Los dos hombres cavaban con una demencia de buscadores de un tesoro al alcance de la mano; uno iba sin camisa, el otro la llevaba abierta y tan empapada de sudor que se le pegaba a la piel; ambos jadeaban. Cavaban con una fuerza considerable; las paladas se alternaban, llenas de arcilla y rabia; la fosa se ensanchaba, se hacía más honda, hasta que uno de los tipos dijo: «¡Listo!». Y como si esa frase hubiera sido la señal esperada por todos, la multitud, una vez más, fue presa de una agitación más densa, más vital: algo monstruoso parecía yacer en las profundidades de la fosa y de la multitud. Entonces resonaron gritos: «¡Sacadlo! ¡Empieza a pudrirse, qué olor! ¡El olor del pecado! ¡El olor del sexo de su madre, de donde nunca debió salir!».

Antes de que me diese tiempo a comprender vi a uno de los tipos, arrodillado junto al agujero con medio cuerpo dentro de la tumba, tensos los músculos. Salió unos segundos después: primero los hombros y la cabeza, luego los brazos, antes de que emergiera, sí, exacto: una forma insinuada; las manos del sepulturero intentaban sacarla de la tumba; el otro tipo vino en su ayuda, tiraron, resollaron, maldijeron. La forma fue saliendo poco a poco de la tierra como un pesado cofre enterrado mil años atrás; la multitud exhaló un suspiro de horror y placer, oí «*Allah akbar! Allah akbar!*» varias veces; el hombre que grababa se sumó al grito. Los dos tipos seguían tirando, la cosa estaba casi fuera, parecía un gran pedazo de madera muerto y envuelto en una tela blanca; tiraban, un último esfuerzo, como el hachazo definitivo del leñador antes de que caiga el baobab, y el cadáver asomó de la tumba en medio de un rumor profundo e inhumano donde las exclamaciones asustadas se mezclaban con versículos coránicos e improperios. El cuerpo exhumado cayó al suelo, se levantó polvo; cerré los ojos, lleno de terror y desdén, pero el vídeo continuaba, alimentando mi morbo, así que los abrí de nuevo.

La imagen se volvía cada vez más confusa, hecha a base de empellones y de giros. La multitud había vuelto a moverse, pero menos coordinada. Sin embargo, una mancha blanca seguía siendo visible en la pantalla, como un punto de referencia: era el sudario, que se iba desenrollando mientras sacaban el cadáver del cementerio a rastras; el hombre que grababa seguía el rastro del cuerpo hasta alcanzar a los que lo remolcaban con rabia y sin contemplaciones; arrastraban al difunto por el polvo, ya sin sudario; se podía ver que ahora solo lo protegía una fina capa de tela. Unos segundos después, en medio del aliento gutural y satisfecho de los hombres, vi su cuerpo desnudo, la protuberancia del sexo; cerré los ojos para evitarlo, pero

lo vi incluso con más claridad, del todo muerto y desnudo detrás de mis párpados cerrados, una imagen puramente mental que se me adhirió a las neuronas, que mi imaginación exageró y dotó de una horrenda nitidez; abrí los ojos de nuevo lo justo para ver cómo echaban el cadáver fuera del cementerio entre insultos y escupitajos; luego, de pronto, el vídeo llegó a su fin o Rama lo paró, ya no recuerdo.

Pasaron unos instantes, sin que abriésemos la boca. Hasta las voces del exterior parecían haberse callado. Era uno de esos silencios que uno teme tanto prolongar como romper, ya que ambas opciones parecían conducir a una catástrofe. Sin embargo, algo debía decir. Fue Rama quien se atrevió:

–¿Y bien? Impresionante, ¿verdad?

–¿Dónde ha ocurrido?

–Aquí, en Dakar. Aún no sé exactamente dónde. Pero ocurrió, sin más.

Me encogí de hombros. No tenía ánimos ni ganas de añadir nada. Tenía la garganta seca y la lengua pastosa. Me notaba el pecho hueco. Me levanté, me acerqué a la ventana y encendí un cigarrillo. Las risas trazaban lentamente su constelación oscura en el cielo. Me preguntaba por qué me había enseñado aquello Rama. Ella sabía que no me gustaba ver violencia, no porque no tuviese estómago, sino simplemente porque detestaba la fascinación vulgar que provocaba en mí. Me invadió un principio de náusea, agravado por el cigarrillo. Me pesaba una lasitud que intenté disipar en vano absorto en la contemplación de las casas sumidas en la oscuridad.

–Ven –acabó por decirme.

Sabía perfectamente lo que el tono de esa invitación significaba. Asqueado (pero la carne es tan débil), tiré la colilla del cigarrillo y me acerqué a ella. Empezó a acariciarme. No pude ocultarlo: seguía perturbado, incómodo. Tenía un nudo en el estómago después de ver la imagen del cadáver asomando de la tumba. El cuerpo de Rama se me volvió ajeno. Me sentía torpe y desmañado. Por un momento, perdí la memoria de los gestos eróticos. Pero fue una amnesia fugaz: esa memoria estaba arraigada en las manos, la mirada, el aliento, la piel y los labios. Formaba parte de las que no se pueden perder a menos que uno se olvide de sí mismo. A los pocos minutos recuperé el deseo, mucho más rápido de lo que la moral hubiera deseado (pero me habría gustado ver a la moral enfrentarse al cuerpo desnudo y cálido de Rama, sus nalgas firmísimas como los puños de un boxeador vengativo, sus pequeños pechos suaves y reconfortantes como pompones)... Gocé como un santo transfigurado en pleno éxtasis

místico.

Experimentar un terror sagrado ante un hecho, verse profundamente conmovido y acto seguido entregarse al placer dejando de lado el drama: solo un hombre puede ser así; ser a veces, o a la vez, el hermano del monstruo y la hermana del ángel. Ninguna decencia auténtica perdura. O tal vez solo yo soy así.

Recuerdo –en ese tiempo aún estudiaba en Francia– que minutos después de enterarme de la muerte de mi madre, devastado por la tristeza, me derrumbé en los brazos de mi novia de aquel entonces. Se llamaba Manon, y estaba con ella cuando llamó mi padre. Ella recibió la misma noticia fatídica que yo, que ningún hombre en la tierra desea oír pero sabe que no puede evitar. Manon me consoló, abrazado como un niño mientras le empapaba la blusa de dolor. Aquello duró un buen rato. Era invierno, pocos días antes de Navidad. La intensa llama del frío en mis huesos, el sudario negro de la noche arrojado prematuramente sobre el mundo, la melancolía que siempre me ha acompañado en esta época del año..., todo se sumó al dolor que me producía aquel hecho terrible y sin embargo tan simple: mi madre había muerto.

Lloré durante un buen rato entre los brazos de Manon. Y luego, de repente, llorando aún, en un gesto que me sorprendió y me horrorizó al mismo tiempo, pero un gesto irresistible, empecé a acariciarle los pechos y el interior de los muslos, después quise desvestirla. De pronto sentí un deseo loco y oscuro de follarla como nunca antes allí mismo. Al principio, ella se negó. Pero ¿quién puede negar un poco de consuelo a un hombre que acaba de enterarse de la muerte de su madre? Acabó por ceder. No sé si fue por perversidad, por compasión, por caridad cristiana o por auténtico amor. ¿Por miedo? ¿Temería que, cegado por la ira, la maltratase? ¿La violara? ¿La violé? Solo ahora se me ocurre. Dios mío... Después de eso, no volví a verla.

No obstante, queda el hecho de que aquella noche, la noche en que supe de la muerte de mi madre, también fue para mí una magnífica noche de amor con Manon. Fue una sola y misma noche, donde el dolor, el dolor infinito, se mezcló tan estrechamente con la voluptuosidad carnal que mi alma terminó exhausta, casi muerta pero reconfortada en lo que, a mis ojos, fundaba mi humanidad profunda: lo trágico. O la monstruosidad. Sin embargo, incluso dentro de esa misma monstruosidad, solo era un hombre, un hombrecillo roto, miserable, desdichado y huérfano. Habría merecido morir aquella noche. Ojalá. Habría encontrado a mi madre de nuevo.

Estábamos en el corazón de la noche. Latía a cámara lenta, como si el mundo fuese a dejar de respirar en los próximos segundos y

nosotros con él. Nos estábamos quedando dormidos. Estaba recostado contra la espalda de Rama, la protegía como a un polluelo herido. Parecíamos dos cucharitas dispuestas por una mano obsesiva. Ella habló de nuevo en aquel momento, en el borde del sueño. Parecía ser su especialidad.

–¿Qué opinas?

–¿De qué? –dije tras unos instantes, el tiempo de volver a poner en marcha el cerebro.

–Del vídeo.

–No lo sé muy bien... Me impacta, pero no sé qué pensar, ahora mismo. Supongo que era un *góor-jigéen*...[1]

Se deshizo de mi abrazo, se giró, me miró fijamente, y con rabia me espetó estas palabras:

–¿Supones que era un *góor-jigéen*? ¿Supones? ¿Qué iba a ser si no? Son los únicos en este país a quienes se les niega una tumba. Los únicos a quienes se les niega tanto la muerte como la vida. ¿Y tú no sabes qué pensar al respecto?

Guardé silencio unos segundos, prudente. Notaba en su voz que había cruzado un límite. Todo lo que dijera sería usado en mi contra. También todo lo que callara.

–No. No lo sé. A fin de cuentas, solo era un *góor-jigéen*.

Había pronunciado estas últimas palabras con una seguridad y una rotundidad que me sorprendieron, aunque al mismo tiempo era perfectamente consciente de decirlas. Pero ¿de dónde me vino entonces, acto seguido, aquella sensación de ser la guarida de un monstruo, un monstruo que me expulsaría de mí mismo o, por el contrario, y probablemente fuera lo mismo, me dejaría atrapado en mis cimientos? ¿De dónde venía la conciencia de una extrañeza operando en mi propio ser? Tuve la certeza de que, al pronunciar aquella frase, ya no era yo mismo. Había hablado a través de una boca común, como una fosa donde estaban enterradas, aunque a menudo resucitaban, las opiniones nacionales. Era la boca de fuerzas antiguas que tenían derecho de vida y muerte sobre mí. Ya no conocía mi verdad íntima; la sola idea de tenerla, en ese caso concreto, me parecía peligrosa. Así que exageré mi frialdad, como si temiese que el ojo de mi sociedad me sorprendiera en flagrante delito de debilidad. En el tribunal de mi habitación, a solas con Rama, volví a prestar juramento ante mi cultura, su presencia invisible y opresiva, sus siglos pesados, sus miles de millones de miradas.

Sin embargo, la de Rama, negra y maliciosa, me atravesaba con flechas envenenadas. Casi la oía rebuscando en su mente las palabras de desprecio que quería escupirme a la cara, comienzos de frases

terribles que ardían en su cerebro como fuegos en la maleza, listos para quemarme como a un pecador:

–Pedazo de... ¿Tú te das cuenta, maldito idiota, de lo que...? Cerdo hetero lampiño sin... Realmente no eres nada, nada, nada más que un miserable... Tus palabras son incluso más débiles que...

Pero Rama no se quedó satisfecha: sus frases, aún demasiado débiles para la hoguera a la que me destinaba, se extinguieron en la ira que las sofocaba. Terminó, a fuerza de buscar, deslizándose hasta un estado aún más temible que la irritación brutal: la ira fría.

–A veces me pregunto –acabó diciendo– qué hago yo con un tipo como tú. No te entiendo. La mayor parte del tiempo eres adorable, abierto, culto y hasta sensible. Y de repente, zas, una caída en la estupidez más vulgar, la más imbécil, como si hubieras atravesado un vacío. En el fondo eres igual que los demás. Igual de tonto. Y los demás al menos tienen a veces la excusa de no ser profesores universitarios, supuestos hombres de conocimiento, ilustrados. A fin de cuentas, no era más que un *góor-jigéen*, ¿eh?

Repitió la frase con irónica indignación. Abrí la boca para replicar. No me dio tiempo: en un instante, una bofetada me cortó el apetito de la palabra, ¡plaf!, y encendió un doloroso fuego en la parte izquierda de mi cara. Porque pegaba rápido y fuerte. Me esforcé por no frotarme la mejilla, aunque el deseo me consumiera, porque después de todo yo era un hombre. Rama ya se había dado la vuelta. Me detestaría durante unos días y aquella noche no volvería a abrir la boca. Mejor así. No me quedaban fuerzas para seguir debatiendo. Tenía clases al día siguiente. Al final, me froté un poco la mejilla a oscuras, a salvo de cualquier indignidad; luego me derrumbé exhausto y pronto me sumí en un sueño que sabía de antemano que no me bastaría para descansar.

2

Para sorpresa de nadie, mi clase transcurrió en medio de un aburrimiento atroz. Había dormido poco y mal, no tenía las ideas claras, mi boca mascaba como un viejo chicle insípido el comentario de un poema de Verlaine. Solo pensaba en una cosa: en pasar las horas gastando la menor cantidad de energía física e intelectual posible y largarme luego; así que me alegró ver que a mis estudiantes de máster no les apasionaba la lección por arte de magia. Estaban tan apagados, perezosos y mediocres como de costumbre. Era evidente que la literatura francesa del siglo XIX no les decía nada. De hecho, me pregunto si entendían algo siquiera de literatura; esta pregunta llevaba a otra: ¿qué demonios hacían allí? Nunca he sabido responder a eso. Apuesto a que ellos tampoco.

A menudo me he preguntado si la enseñanza actual de las letras extranjeras en general, y de las francesas en particular, en nuestras universidades era buena idea. Bastante nos costaba ya despertar el interés de los estudiantes por nuestros propios escritores, que supuestamente habían hablado de nuestra sociedad, de sus aspiraciones, de sus ansiedades, de su naturaleza profunda. De ahí que querer transmitirles la pasión por una literatura de otro país, surgida en un siglo pretérito, escrita en un idioma ilegible incluso para la mayoría de los franceses de hoy en día... Preferiría enseñar a los muertos a resucitar. Mis estudiantes se mostraban del todo cerrados o, peor aún, indiferentes ante cualquier digresión de Balzac, ante el más claro de los versos de Mallarmé, ante la *nouvelle* más simple de Barbey d'Aurevilly o de Villiers de l'Isle-Adam, ante una novela de Huysmans, ante una frase de Flaubert. ¿Por qué empeñarse en enseñarles lo que olvidarían de inmediato?

Hubo un tiempo en el que, siendo un joven graduado recién salido de un largo y accidentado –aunque honorable– recorrido universitario, lleno de dinamismo y ambición por mi país, al que había regresado para enseñar y transmitir, planteé todas estas preguntas a mis colegas. Deseaba reformar la enseñanza de la literatura comparada. No suprimir cursos, sino adaptar su contenido a la realidad que vivían los estudiantes. Puse mucho ardor y energía en mis iniciativas, incluso un poco de virulencia, en ocasiones. Quería agitar las cosas. Pretendía abordar a las eminencias del departamento, viejos profesores calvos,

hipermétropes y gordos que habían pasado su vida vagando por los pasillos de la facultad como fantasmas en un cementerio sin otra ambición que mantener su estatus de profesor, conferencista o profesor adjunto. Eran fósiles, dinosaurios que ya no escribían (¿acaso alguna vez lo hicieron?), ni publicaban, ni investigaban, ni reflexionaban sobre su práctica y mucho menos sobre la literatura. Se contentaban con repetir los mismos cursos, en el mejor de los casos cambiando una coma o una referencia de un año para otro; un título por aquí, una cita por allá. Por lo demás, se encargaban de convertir el departamento en un formidable asilo donde aquellos que aún pretendían tener ánimos los perdían rápidamente y de manera definitiva.

De modo que, a mi llegada, había multiplicado las iniciativas: coloquios, jornadas de estudio, propuestas de nuevos cursos, talleres, módulos, seminarios. Mis colegas, a excepción de dos o tres, me observaron con desprecio burlón o con un melancólico regodeo. Me decían: «Me recuerdas a mí cuando llegué. Sí, todos éramos como tú, jóvenes e idealistas, pero ya verás, pronto te darás cuenta de que es inútil, chaval; en este país a nadie le importa un comino la literatura. Ni siquiera a ti, en el fondo...». Para algunos, menos habladores, sin duda hacía todos aquellos esfuerzos por el único motivo que puede empujar a un joven académico a dedicar tanta energía a la enseñanza en este país: medrar rápido y ocupar el lugar de los más antiguos, es decir, ellos mismos. Estos no solo no me prestaban su apoyo, claro, sino que me creaban tantas dificultades como les era posible. Y como la mayoría de ellos tenían influencia, eran grandilocuentes, doctores en intrigas de patio de vecinos, legitimados por su edad, amigos de toda la vida del decano de la facultad o directamente del rector de la universidad, poseían un suministro ilimitado de obstáculos que echaron en mitad de mi camino...

Aguanté tres años. Luego desistí. No es que me faltase voluntad, ni que se me hubiese agotado la pasión. Simplemente me repugnaba ver todo un sistema volcarse así para mantenerse en el mismo lugar, ver a tantas personas despertar de su letargo solo para volver a sumergirse en él, a todos aquellos charlatanes de un saber fosilizado desvelándose para preservar sus miserables privilegios de potentados de un pequeño imperio. Entonces decidí callarme y centrarme en aquel curso mío que no interesaba a los estudiantes y del que no comprendían nada. Se burlaban cuando me los cruzaba por los pasillos. Los colegas comentaban que al final me había acomodado más rápido que ellos en su momento. Yo no replicaba. ¿De qué servía intentar explicárselo? Para ellos solo contaba una cosa: yo había perdido y ellos habían

ganado. En esta conclusión, tenían razón. Había perdido con todas las de la ley.

Desde aquella derrota –hace ahora cuatro años–, me contentaba con lo mínimo: enseñaba sin entusiasmo, escribía uno o dos artículos al año (lo que bastaba para convertirme en uno de los investigadores más prolíficos y constantes del departamento), cumplía con las pocas obligaciones administrativas relacionadas con mi cargo y punto. Que el cadáver siga apestando. Aunque estaba acabado, me daba igual. A los treinta y siete años me había resignado a la mediocridad común de la universidad de mi país.

Sin embargo, debo decir que, durante los tres años de mi quijotesca cruzada, siempre pude contar con un aliado inquebrantable. El señor Coly era, sin lugar a dudas, el mejor profesor de la Facultad de Letras. Llevaba enseñando allí desde el año de mi nacimiento. Era mi profesor de referencia cuando me uní al Departamento de Literatura Comparada, un especialista en poesía simbolista francesa, en especial en Saint-Pol-Roux, a quien consideraba claramente superior a Mallarmé o Laforgue. A lo largo de nuestras conversaciones, desarrollamos una relación amistosa alimentada por el amor a la literatura y las estimulantes e interminables discusiones que solíamos tener sobre su poeta favorito. A menudo me hacía gracia decirle –y no solo por provocación, dado que lo creía sinceramente– que Saint-Pol-Roux era un poeta menor, sin una influencia notable en la poesía del siglo XX. Él me repetía que precisamente esa falta de descendencia poética («que no es lo mismo que influencia») demostraba que fue un gran poeta, es decir, un poeta único.

El señor Coly me brindaba su apoyo, dentro de sus posibilidades y atribuciones, que no eran pocas dentro de la facultad, donde se lo consideraba una de las figuras más respetadas y temidas. Sin embargo, se mostraba reacio a pedir favores o servicios al decano del departamento, el señor Ndiaye, con quien en su época tuvo una relación algo más estrecha pero que se había extraviado en el pantano político para asegurarse ciertos privilegios. Hubo un encontronazo. El señor Coly no pensaba darle a Ndiaye lo que el decano llevaba años esperando: la oportunidad de estar en deuda con él. Por lo tanto, el señor Ndiaye se negaba sistemáticamente a concederme créditos para las actividades que yo intentaba poner en marcha. El señor Coly sabía que habría bastado con pedirlos para que me los concedieran, pero su orgullo, su intransigencia, su desprecio por la mediocridad y la adulación que eran comunes en la universidad se lo impedían. Yo lo entendía. A pesar de todo, él seguía animándome a perseverar en mis proyectos sin esperar nada de la facultad. Eso era lo que había hecho,

hasta la náusea. Al señor Coly eso lo entristeció. Habíamos seguido siendo buenos amigos. Era el único de mis colegas con quien mantenía una relación que iba más allá de los simples saludos.

Dejé salir a mis estudiantes un cuarto de hora antes del final de la segunda hora. No sé quién se sintió más aliviado, si ellos o yo. Guardé lentamente mis cosas y arrastré los pies hasta la cafetería de la universidad rezando para que la máquina, que la mitad de las veces no funcionaba, estuviera en marcha. Producía un café bastante imbebible, pero tenía tanto sueño que estaba dispuesto a soportarlo aunque me matase. Me crucé con dos colegas que salían de la cafetería. Apenas nos saludamos. Cada uno sostenía una tacita blanca en la que humeaba un brebaje oscuro y sospechoso. Era mi día de suerte.

Intenté, sin entusiasmo, dar mi primer sorbo de café, con la mirada perdida en un tablón que anunciaba coloquios, jornadas de estudio, conferencias y otros eventos intelectuales que atraían a poca gente cuando una voz me sobresaltó:

–¿Ya han arreglado esa máquina? Si no lo veo, no lo creo.

Por efecto de mi cansancio, quizá, no me hacía mucha gracia la idea de charlar con el señor Coly, a pesar de que apreciara su compañía. Debió de detectar la sombra exhausta que cruzó por mi mirada:

–Debería descansar, señor Gueye. Parece tan extenuado como un estudiante de primer año de máster.

–Acabo de salir de una clase, de hecho.

–Lo compadezco. Descanse y, sobre todo, no beba ese mejunje del que yo pienso tomar una o dos tazas. ¿Cómo va su curso? ¿Ha intentado enseñarles algo, a nuestros queridos estudiantes hoy? –me preguntó mientras esperaba que la máquina le sirviera su pedido.

–He dado una introducción a los poetas malditos. Verlaine…

–Ah…

El tono del señor Coly fue extraño, como inquieto. Su semblante había cambiado; parecía atrapado en un recuerdo lejano o una reflexión preocupante. Luego esa sombra se disipó y salimos de la cafetería. En el pasillo, reanudó la conversación:

–Supongo que no ha visto la ridícula nota del ministerio sobre el curso de Verlaine y otros. ¿O acaso la está desobedeciendo?

–¿Qué nota?

–Ya me lo figuraba. No sabe de lo que hablo… La encontrará entre sus correos electrónicos. Es de hace unas dos semanas, como reacción a los sucesos… Ya sabe… Qué tontería, menuda estupidez insondable… Bueno, váyase a dormir, señor Gueye. Tiene un aspecto espantoso. Venga a verme uno de estos días, cuando se encuentre mejor. Tengo

novedades sobre Saint-Pol-Roux. Me gustaría hablarle de ello.

Me estrechó la mano con una sonrisa y se alejó con paso rápido. Me arrastré hasta el coche, soñoliento, llegué a casa y me tumbé desnudo en la cama.

3

Medianoche. Imposible volverse a dormir. Tenía ganas de llamar a Rama, cuyo aroma impregnaba no solo mis sábanas, sino también las paredes de mi habitación, cada pequeña partícula de aire que respiraba, toda mi conciencia. Tras unos minutos de un vago debate interno, marqué su número. Ella descolgó, cómo no, al quinto tono, el último antes del vacío impersonal del contestador automático, y me soltó un «¿Diga?» glacial. Colgué de inmediato, con el corazón desbocado. Todavía no tenía valor para enfrentarme a ella. Aunque no había ningún motivo. No me devolvía las llamadas. No sabía si eso me aliviaba o me abrumaba.

Me quedé tendido, tocando mi miembro fláccido, con la mirada perdida en el techo. Se apoderó de mí el deseo de masturbarme, intenso y urgente, y desapareció tan rápido como una estrella fugaz. La gran soledad que sentía apagó mi ardor masturbatorio, a pesar de que esa siempre había sido su savia. Masturbarme no habría servido para nada más que para retrasar el momento de confesármelo: Rama no vendría, y el mundo, esa noche, había perdido su sentido. Por el lado malo: no estaba seguro de que fuese a tener sentido de nuevo al día siguiente; por el lado bueno: no tenía menos que la víspera. En resumidas cuentas, las cosas no iban tan mal.

Primero, murmullos apagados, luego cada vez más fuertes; voces en un micrófono, luces brillantes, la vibración de tam-tams, en fin, un estruendo en plena noche acabó por sacarme de la cama y de mis mediocres ejercicios filosóficos. Todo esto solo tenía una explicación: algo estaba sucediendo en el barrio. Mejor así. Necesitaba distraerme. Salí. Fuera, un río humano se desbordaba arrastrando hombres, animales, polvo y basura. El barrio estaba en ebullición. Lo invadía una gran fiebre festiva. Siempre me han gustado las manifestaciones colectivas. A diferencia de muchos otros, no siento desprecio por la gente que da rienda suelta a sus emociones puras en grupo. Me gustan las multitudes, los hombres en las multitudes. Soy uno de ellos. Me gustan las huelgas, me gustan las marchas, me gustan los conciertos, me gustan los cortejos fúnebres o alegres y los *sabar*,[2] las oraciones colectivas y las reuniones políticas, las misas y los funerales. La multitud rehabilita la condición humana, hecha de soledad y solidaridad; ofrece la posibilidad de una conversación privada con

todas las personas. En la multitud, somos alguien y nadie a la vez.

Era un *sabar* en honor de un próspero hombre de negocios del barrio que acababa de hacer una importante donación económica a las innumerables asociaciones culturales. A decir verdad, eso no era lo más importante. En realidad, a nadie le importaba realmente justificar un *sabar*; no se necesitaba ninguna razón. Recuerdo que una vez la familia de una joven fallecida organizó un *sabar* al día siguiente de su entierro, argumentando que a ella le encantaban.

La multitud sobreexcitada delimitaba ya la pista circular de baile. Apareció una figura que se sumó a los músicos mientras calentaban bajo la deslumbrante luz blanca de los focos y bajo las miradas brillantes de admiración que le lanzaban los espectadores. Los músicos la recibieron con una serie de ritmos frenéticos. Un clamor se elevó hacia el cielo en espirales ebrias. La majestuosa y esbelta figura se movía lentamente, crística, radiante de gracia. A veces, adoptando una actitud de nobleza tan estudiada que parecía natural, se detenía para observar a la muchedumbre, que gritaba, aplaudía, le hacía reverencias y le suplicaba que, a modo de favor, como una limosna, como quien echa un trozo de carne a unos perros hambrientos, le dirigiese su divina sonrisa, aquella mirada traviesa maquillada en exceso, sombreada por largas pestañas y perfilada por un delicado trazo de lápiz. Luego, en un torbellino de fuego, la figura continuaba con un movimiento inimitable que parecía una danza sensual. Llevaba un largo vestido negro de lentejuelas ceñido y sin mangas que dejaba al descubierto los hombros que rozaban las borlas de sus enormes pendientes. Sueltos alrededor de las caderas, unos *jal-jali*[3] que meneaba con un experto balanceo de la pelvis, desencadenando así los gritos enloquecidos de los mirones. El escenario le pertenecía, la multitud se arrastraba a sus pies descalzos, con las uñas pintadas de un rojo intenso que se veía incluso a distancia. Después de tres o cuatro vueltas alrededor de la pista, la silueta se desató el pañuelo de la cabeza, se lo ató a la cintura por encima del cinturón de cuentas y dejó suelta una larga cabellera que se derramó por su espalda como una cascada negra. Samba Awa Niang era despampanante.

Parecía una estrella, una diva, una deidad pagana. Cogió el micrófono y, después de un *ragaju*[4] bien ejecutado, se lanzó a recitar un *taasu*[5] obsceno y picarón. No hizo falta más para que el entusiasmo aumentase de nivel. Los cuerpos se calentaban; algunas respetables mujeres del barrio, que hasta entonces habían mantenido la púdica

reserva que se espera de cualquier dama decente en público, se levantaron y comenzaron a atarse los pañuelos de la cabeza a la cintura, preludio de inminentes escenas tórridas. Samba Awa Niang seguía estimulando sus instintos; las instigaba, las provocaba, las invitaba al centro del ruedo a un baile diabólico. Se adelantaron las primeras mujeres, pronto seguidas por otras que no estaban dispuestas a quedarse atrás. Al poco, todo era un espectáculo de nalgas meneándose bajo telas finas, y revelando, hasta en las bailarinas más púdicas, muslos deliciosos que combinaban milagrosamente la flacidez con la firmeza, el músculo con la celulitis, la blandura de los gráciles michelines con la majestuosidad del orgulloso trasero. Las mujeres rodeaban a Samba Awa, lo envolvían en un frenesí dionisíaco. Él, sin tocar ninguna de las prominencias que se le presentaban como ofrendas, seguía recitando *taasu* cada vez más sugestivos. Las mujeres se arqueaban, se cimbreaban; las cuentas que rodeaban sus caderas tintineaban interpretando una sinfonía embriagadora y sensual. Algunas bailarinas competían en destreza; otras, en esa obscenidad total y aceptada que constituye una parte del erotismo senegalés. Al principio tímidas, luego cada vez más audaces, empezaron a asomar las *beco*,[6] rojas, negras, oscuras, de todos los tonos del deseo; salpicadas de agujeros formidables y profundos, abismos infinitos donde los machos, por la noche, entre las volutas del incienso, atraídos por caricias íntimas y susurros devastadores, se sumían y se perdían durante una odisea que ni Homero podría cantar ni Kubrick filmar.

Para las mujeres más arrebatadas por la locura del *sabar*, la demencia del instrumento satánico cuyo zumbido, decían, podía impedir incluso oír la voz de Dios si lo tuviésemos delante, para estas mujeres, digo, los mismos *beco* empezaban a resultarles demasiado recatados; se los levantaban con gesto nervioso. Y así, por un instante, se vislumbraban los sexos, los grandes sexos negros con el corazón rojo, secretos y majestuosos en su inaccesibilidad, carnosos como frutas tropicales, tocados con coronas de pelambre resplandecientes de brillo oscuro... Se abrían, aquellos sexos abultados, se abrían como bocas asombradas; y las mujeres, en el instante en que los exhibían, exageraban su apertura y profundidad, como si quisieran enseñar su alma. Aquello duraba un visto y no visto, y las cortinas de muslos, de *beco* y de pareo se cerraban, devolviendo las flores del mundo a su secreto.

El ritmo se aceleró, los tamboristas se volvieron locos, como poseídos después de haber vislumbrado la ruta hacia la salvación; y algunos de ellos, incapaces de contenerse, abandonaron sus puestos

para sumarse a las mujeres en el centro de la pista arenosa. Se formaron parejas que se entregaron a sensuales abrazos. A veces, dos cuerpos en danza estaban tan cerca, tan entrelazados, que, tras los velos transparentes de polvo que levantaban, parecían una única criatura atormentada o dos boas estrangulándose en una lucha fratricida.

Samba Awa emergió de su prisión de carne y, con andares ligeros, se paseó por el círculo. Había perdido su peluca y arengaba a la multitud, alentaba los aplausos, solicitaba coros. Le daban fajos de billetes, él se los embutía con desgana en el bolsito de lentejuelas que llevaba en bandolera, algunas espectadoras conquistadas por su arte se le tiraban al cuello con gritos de amor puro; lo aclamaban, lo adoraban, lo deseaban: ¡llévame contigo, Samba Awa!, ¡no tengas piedad! A mi lado, dos hombres comentaban:

–Samba Awa, *góor-jigéen bi, jigéen yëp a bardé si moom!* ¡Este homosexual tiene un éxito tremendo con las mujeres!

–*Moy cafka sabar u rew mi! Da fa ay, dom'ram ji!* ¡Es el que da color a los *sabar* del país! ¡Qué talento, el muy cabrón!

Samba Awa regresó al centro del círculo, donde aún se bamboleaban los cuerpos ardorosos. Llevaba una silla, que colocó junto al grupo de bailarines. Luego, como maestro de ceremonias, pidió a los percusionistas que volvieran a sus instrumentos e indicó al grupo así reconstituido que ralentizase el ritmo. La multitud, que había adivinado lo que se avecinaba, estaba exultante, ya escandía el lema que Samba Awa Niang pronto entonaría sobre un ritmo ahora lento, majestuoso, suntuoso. El tambor mayor, el famoso Magaye Mbaye Gewël, se empleaba a fondo entre gestos enfáticos y nerviosos para dirigir a sus tropas, lanzando miradas cómplices a Samba Awa que estaba a punto de abrir el espectáculo. Mientras tanto, algunas bailarinas, las más veteranas (las conté: ya solo eran cinco), se quedaron en el centro del círculo, en fila frente a la silla, esbozando pequeños pasos de baile, listas para lanzarse a la batalla final. La multitud estaba en pleno delirio. Samba Awa, radiante, permitió que aquella atmósfera sobrecalentada se prolongase. La expectación pronto alcanzó su paroxismo en una tensión abrumadora. Incluso Magaye Mbaye Gewël parecía tener cada vez más dificultades para no dejar estallar en la piel tensa de su tambor el fuego que abrasaba las palmas de sus manos. A mi lado, la gente brincaba con furia.

–*Ayça waï Samba Awa, doy na!* ¡Vamos, ya basta, Samba Awa! –gritó alguien.

La voz de Samba Awa, sorprendentemente aguda, resonó en el micrófono:

–*Jëlël siis bi!* ¡Agarra la silla!

La multitud lo coreó y los tamboristas desataron una salva de percusiones. La primera bailarina de la fila avanzó hacia la silla y se apoyó en los reposabrazos con el rotundo culo ofrecido al cielo y a la observación de todos. Samba Awa se colocó a su lado y empezó a desgranar una letanía obscena acompañado por los percusionistas. La mujer, en la misma posición, inició un *lëmbël*[7] terrible, meneaba el trasero tan rápido que a los percusionistas les costaba seguir su ritmo. Samba Awa continuó y cuando terminó la letanía pidió a la candidata aclamada que se pusiera a su lado mientras gritaba por segunda vez:

–*Jëlël siis bi!*

La candidata siguiente se colocó de la misma manera, apoyada en la silla, y realizó su baile. Y así se sucedieron las bailarinas, agarradas a la silla: una al respaldo, otra al asiento, otra a una pata, y la última volcó la silla para agarrar dos de sus patas, todas ofreciendo un espectáculo similar de movimientos de cadera frenéticos, según la inspiración de cada cual. Al final, Samba Awa, haciendo gala de un conocimiento consumado en el arte de la puesta en escena, preguntó a la multitud cuál de aquellas damas había ganado el concurso de la silla. Me pareció que las estruendosas ovaciones eran equivalentes; pero Samba Awa, después de varias rondas de una votación aun así reñida, acabó por coronar a la candidata que había puesto la silla patas arriba. Mi vecino parecía estar de acuerdo. Por mi parte, habría otorgado la victoria a la que agarró la silla desde atrás, por el respaldo…

Samba Awa orquestó el discurrir de la velada hasta bien entrada la noche. Eran casi las tres de la madrugada cuando nos dispersamos a regañadientes.

4

Me despertó el teléfono. Contesté cabreado, sin mirar siquiera la pantalla del dispositivo. Ya me disponía a insultar al impertinente que me llamaba tan temprano, a la una de la tarde.

–*Salamu Aleykum*, Ndéné... La decisión está tomada: yo dirigiré la oración del viernes en la mezquita.

Esa voz de santo, ese tono de magnificencia exasperante y admirable... Mi padre.

Un hombre piadoso, mi padre. Un alma recta e inflexible, un fiel ejemplar, musulmán riguroso. La ortodoxia personificada. Además, su nombre se perfilaba para suceder en el puesto de imán del barrio al legendario El Hadj Abou Moustapha Ibn Khaliloulah «Al Qayyum», que empezaba a estar viejo y se decía que no tardaría en morir: la enfermedad lo atenazaba. Mi padre, cómo no, haciendo gala de su antipática modestia, pero también por amistad y lealtad hacia El Hadj Abou Moustapha Ibn Khaliloulah, no quería saber nada de esos rumores, que desestimaba con un gesto de la mano.

Sin embargo, no podía negarse a dirigir la oración del viernes, ya que «Al Qayyum» llevaba algunos días hospitalizado. Desde su cama hospitalaria había dado instrucciones claras con voz débil: Cheikh Majmout Gueye, mi noble padre, debía ocupar su lugar. Para muchos, esta designación era la última e irrefutable prueba de la preferencia del anciano imán por mi padre, quien debía encargarse de la regencia en la mezquita del barrio. Con esta elección, este desvelamiento anticipado de su testamento, se decía que «Al Qayyum» deseaba evitar disputas por su sucesión. Se agregaba, además, que hacía bien. Porque junto a mi padre, o mejor dicho frente a él, se erguía, con la pretensión de suceder al viejo imán, el terrible Mohammadou Abdallah, con aquel aspecto severo de buitre hambriento; más inflexible, más riguroso, más ortodoxo que mi padre. Era un candidato serio y resuelto, respaldado por buena parte de los dignatarios del barrio. Hay que decir que Mohammadou Abdallah no ocultaba sus ambiciones, a diferencia de mi padre, que simplemente no las tenía. Y Mohammadou Abdallah llevaba haciendo campaña entre los influyentes dignatarios del barrio desde que El Hadj Abou Moustapha Ibn Khaliloulah mostró los primeros signos de debilidad. Se presentaba como el hombre indicado frente al debilitamiento moral de

la sociedad, aquel que, con mano de hierro, enderezaría nuestras costumbres descarriadas. Mi padre no quiso ver nada reprobable en las maniobras de su rival. Incluso lo consideraba un amigo. Los notables que lo apoyaban habían insistido en advertirle de todos modos, pero mi padre, por toda respuesta, había dicho no estar interesado en todas aquellas *mbiru adina*, esas cosas terrenales, esos cálculos mezquinos; y no había hecho nada para limitar la influencia y la popularidad crecientes de su temible adversario. Mi noble padre aún creía en el juego limpio y en la amistad frente al poder. Era un ingenuo, un ingenuo recto y justo, sí, pero un ingenuo al fin y al cabo.

Paradójicamente, esta admirable actitud no hizo sino aumentar su popularidad. «Al Qayyum», que no perdía detalle de lo que pasaba (no había sido imán durante cuarenta y dos años y apodado «Al Qayyum», «El Inmutable», por casualidad), parecía cada vez más inclinado hacia mi padre. Y esto a pesar de que Mohammadou Abdallah, con su rigorismo islámico y su inflexibilidad, no lo dejaba indiferente. El Hadj Abou Moustapha había mantenido durante mucho tiempo una majestuosa neutralidad, digna de un gran líder ya viejo que al final de su vida ha ganado perspectiva sobre la lucha de los candidatos a su sucesión. Pero desde hacía tres meses dejaba entrever cada vez más signos a favor de mi querido padre. Se le veía con él por el barrio, le susurraba palabras misteriosas en voz baja y compartían ambos sonrisas cómplices. «Al Qayyum» lo invitaba a su casa, lo citaba como ejemplo en sus prédicas, lo convocaba a menudo después de la oración del viernes para discutir en privado sobre cuestiones sociales a las que la religión debía dar respuesta. Mi padre consideraba estas pequeñas atenciones simples muestras de una gran amistad, y no las veía como preludio de ningún ascenso. En cuanto a Mohammadou Abdallah, ardía de rabia al presenciar este espectáculo. Y si bien continuaba mostrando en público una afabilidad y amabilidad exageradas con mi padre, todo el mundo sabía que en el fondo lo despreciaba. En confianza, lo tildaba de «musulmán blando».

Cuando el lunes anterior El Hadj Abou Moustapha Ibn Khaliloulah «Al Qayyum» fue hospitalizado, todo el barrio sabía que probablemente no estaría en condiciones de dirigir la oración del viernes. La víspera, por la noche, una pequeña delegación compuesta por el portavoz de la mezquita, un fiel lugarteniente de Mohammadou Abdallah y un allegado a mi padre, visitó al viejo imán. Entonces designó a mi padre. Y por eso me llamaba.

–Espero que vengas, Ndéné. Ya no te veo mucho en la mezquita y lo lamento. Casi me da vergüenza. Haz un esfuerzo.

Se lo prometí a regañadientes. Mi padre colgó. Me levanté. Me

había desvelado. Ducha, radio, café, paso por el baño, cigarrillo (en ese orden inmutable). Luego procedí a responder a las decenas de correos electrónicos que la administración universitaria, colegas, laboratorios y estudiantes me habían enviado a lo largo de los últimos días. Y como cada vez que intentaba afrontar dicha tarea, recordé por qué la había evitado y postergado *sine die* muerto de miedo: era sisífea, mortal. Imposible clasificar, responder a todas las solicitudes, orientar a tal alumno a quien le importaba todo un comino y que solo me escribía por oportunismo, para quedar bien y ganarse mis favores. Pese al café y a mi escasa voluntad, los correos electrónicos no disminuían. Desistí después de bregar en vano dos horas durante las cuales solo despaché tres o cuatro asuntos urgentes. El resto tendría que esperar, o moriría en aquel enorme cementerio digital en el que se había convertido mi bandeja de entrada.

Estaba a punto de salir a comer en el centro cuando me acordé de mi última conversación con el señor Coly. No había entendido nada de lo que me contaba, pero recordé algo sobre un correo enviado por el ministerio a propósito de Verlaine. Sonaba lo suficientemente desconcertante como para que fuese a averiguar de qué se trataba en concreto. Claro que no sabía cuándo se había enviado ese correo. No recordaba si el señor Coly lo había comentado o no. Pasé media hora remontándome pacientemente por las páginas de mis correos, abriéndolos todos, incluso aquellos que estaban destinados a no ser abiertos jamás. Al fin, en la página 4, apareció la nota en cuestión. Resumía que, ante el «recrudecimiento» (¡así se las gastaba el ministerio!) de los acontecimientos violentos relacionados con los homosexuales en los últimos meses, y a petición de varias organizaciones religiosas que habían denunciado una lenta decadencia moral en el país –que se estaba convirtiendo en un nido de *góor-jigéen*–, se recomendaba encarecidamente a todos los profesores de letras, por su seguridad y en nombre de la preservación de nuestra cultura, evitar «el estudio de escritores de probada o incluso sospechada homosexualidad» (había una larga lista de autores más o menos homosexuales, entre ellos Verlaine), al menos hasta que se calmase la situación social.

5

No fue un repentino renacimiento de la piedad, sino un renovado y hermoso amor filial lo que me dio fuerzas para acudir a la mezquita. Hacía mucho tiempo que ya no rezaba, pero por mi padre estaba dispuesto a hacer un poco de teatro. Ya no soy practicante, aunque todavía creo en Dios, por si acaso existe. Naturalmente, en público no lo expreso de esta manera. No soy el único.

Este país está lleno de magníficos actores en el escenario religioso, histriones disfrazados, enmascarados, maquillados, disimulados, virtuosos de la apariencia; interpretamos tan bien que no solo logramos engañar a los demás, sino que llegamos a convencernos a nosotros mismos de la ilusión que creamos. Sí, los buenos musulmanes, con su mirada fervorosa, el corazón abrumado por la pureza, la frente ceñida con los laureles de la elección divina, somos nosotros, los soldados del Bien, el pueblo-huevo pagado de sí mismo y orgulloso de su ser-huevo, el areópago de justos bañados en la inmaculada bondad; estamos aquí, siempre aquí, gritando nuestras palabras caritativas, nuestras recomendaciones inflamadas, nuestro proselitismo apasionado, regurgitando a petición todos los versículos coránicos que memorizamos sin comprenderlos, listos para acechar y criticar cualquier señal de impiedad en los demás, apartando castamente la mirada de las mujeres que solo soñamos con poseer (alguno de nosotros lo logra); somos nosotros, santos irreprochables en pleno día, devoradores de pechos, expertos comecoños, olfateadores de traseros, fetichistas de los dedos gordos del pie, bebedores de jugos sexuales en la noche. Actores. Prestidigitadores. Cameladores. Ilusionistas. Tal vez no seamos mayoría en este país, pero tenemos talento suficiente para representar una obra grandiosa. ¡Así que representemos!

Yo sostenía mi papel con un talento seguro, cuidando mis gestos, mi mirada, la nobleza de mi porte, asegurándome de que el roce de mi caftán (sacado del armario para la ocasión, perfumado, planchado, rematado con goma arábiga) fuera piadosamente adecuado. La gente me creía. Casi me daba ganas de llorar semejante derroche de talento. Algunos pensaban que los cantos coránicos emitidos por los altavoces de la mezquita me conmovían... Qué inocentes...

Desde donde estaba sentado veía en primera fila a Mohammadou

Abdallah, con el ceño fruncido y la mirada maliciosa. Mi padre se hacía esperar. Finalmente salió de su camarín, saludó a la congregación y luego, despacio, se sentó en el púlpito para el sermón. Iba hermoso con su amplio caftán. Lo noté incómodo pero consciente de la responsabilidad que recaía sobre él. Comenzó el sermón. Lancé una mirada de nuevo hacia Mohammadou Abdallah. Nunca, me dije a mí mismo, he visto a nadie ocultar tan bien su amargura detrás de una sonrisa.

«Queridos hermanos, no quisiera extenderme demasiado, especialmente porque no estoy acostumbrado a ocupar este lugar. Oremos juntos para que nuestro amigo y guía El Hadj Abou Moustapha Ibn Khaliloulah "Al Qayyum" recupere rápido la salud por la gracia de Dios y vuelva para guiarnos. Quisiera pedir a cada uno de los presentes que rece por él hoy, por su pronta recuperación.

»Ahora me gustaría abordar el tema del día. Está relacionado con la actualidad de nuestro país. Muchos de ustedes quizá hayan visto ese vídeo que circula desde hace algunos días...»

Mi padre centró su sermón en el vídeo del sujeto desenterrado; es decir, lo dedicó a la homosexualidad. Sus palabras sin ambigüedades condenaron implacablemente aquella vileza abominable que la ira divina debía castigar. Aprobó que se hubiera desenterrado al hombre, recordó el carácter sagrado del cementerio religioso y afirmó que el lugar de los homosexuales era la cárcel, porque además de ser pecadores, los *góor-jigéen* también eran criminales, cuya mera presencia en la sociedad amenazaba su cohesión y su moral; seres cuya existencia misma constituía un crimen contra la humanidad.

Mientras hablaba, y mientras unos enérgicos asentimientos de cabeza aprobaban cada uno de sus ataques contra los gays, rememoré el vídeo, el cuerpo desnudo, la blancura del sudario. Y de repente se me ocurrieron preguntas de una trivialidad absoluta: ¿quién era aquel hombre? ¿Cómo había sido su vida? ¿Cómo se supo que era *góor-jigéen*? ¿Quién lo había acusado? ¿Había alguna prueba de su sexualidad desviada? ¿Dónde estaba su familia? ¿Qué había sido de su cuerpo? Me imaginaba a los miembros de su familia, presentes entre la multitud durante la exhumación, demasiado atemorizados como para atreverse a reaccionar, a menos que –después de todo, era posible– hubieran participado en el linchamiento *post mortem*.

Tampoco me habría sorprendido. Si se identificaba a una persona gay, lo fuera o no, la familia tenía la responsabilidad de exculparse: los allegados debían certificar que abominaban de dicho mal, ya fuese cortando todo vínculo con el acusado o mostrando una violencia aún

mayor contra él. Era, para esa familia a la que la vergüenza había cubierto con una nube oscura, la única forma de salvar su reputación. Era la única manera de disipar esa temible sospecha que equivalía a una muerte social: ser un criadero de maricones, albergar el gen transmisible del peligro gay. El deshonor inefable que golpeaba al *góor-jigéen* siempre amenazaba con extender su sombra sobre todos sus seres queridos. Por eso, para protegerse del anatema popular y cuando ya no podían ocultarlo, estos mismos se apresuraban a menudo a condenar públicamente al individuo excomulgado. Gay: los únicos trapos sucios que una familia lavaba en público feliz y aliviada con la ayuda de todas las manos que venían a frotar, frotar, frotar hasta la sangre la ignominiosa mancha en el honor, preservando así lo más importante, la imagen que proyectaba en el pequeño ballet de sombras de nuestras insignificantes existencias. Nadie soporta la vergüenza.

Los dos tipos que habían abierto la tumba para desenterrar al hombre bien podían ser sus hermanos. La energía que habían puesto en cavar era también la de su lucha contra la vergüenza suprema: el miedo de dejar de pertenecer a la humanidad, el miedo completamente humano de no volver a ser admitidos como hombres entre los hombres. Puedo entenderlos, ¡y cómo! Todo el mundo debería entenderlo. A menudo somos duros con la humanidad, con su estupidez, sus faltas y su fealdad, pero es lo único que tenemos. Es la única familia auténtica que poseemos, nuestro único refugio contra la soledad. Sí, estamos solos, fundamentalmente, y carecemos de la comunidad de soledades que forma y nos ofrece la humanidad, ninguno de nosotros soportaría enfrentarse a sí mismo. Seguimos adelante porque sabemos que todos, ricos, pobres, judíos, misses Universo, premios Nobel, e incluso los estadounidenses, todos están tan solos como nosotros. Esta idea es débil, egoísta, lamentable, lo admito. Es desesperante, y obvia por completo el amor, pero, para mí, también tiene algo de reconfortante y pedestre.

Mi padre estaba llegando al final de su sermón. Concluyó que debíamos esforzarnos por ser moralmente más rigurosos, la única forma de luchar contra los homosexuales, cuyos asuntos habían causado demasiados escándalos en el país. Terminó mencionando una última vez al hombre desenterrado: «Lo único que podemos hacer por esta criatura de Dios es rezar para que Dios tenga piedad de su alma».

6

La última frase de su sermón le valió a mi padre ciertas críticas. Al menos eso fue lo que me contó después de la cena a la que me había invitado aquella misma noche en su casa.

–Después de la oración, Mohammadou Abdallah...

–¿Tu rival? –le corté.

–No es mi rival... Bueno, no se le puede llamar así... Pero sí, él... Ha venido a verme con algunos dignatarios del barrio. Me han dicho que el final de mi sermón lo estropeó todo. Que hasta ese momento iba bien. Mohammadou Abdallah ha llegado a hablar de sabotaje. Estaba furioso.

–¿Por qué?

–Porque al final he dicho que debíamos rezar por..., por ese hombre. Según Mohammadou Abdallah, ha sido un consejo irresponsable y significativo.

–¿Por qué?

–¿Por qué? Pero a ver, Ndéné, es evidente: ¡porque no se le puede pedir a los musulmanes que recen por un homosexual!

Nos quedamos en silencio unos instantes, luego mi padre continuó, menos nervioso:

–Tiene razón. No debería haber dicho eso... Podrían pensar que me da lástima.

–¿Y no es el caso?

–No podemos permitirnos sentir lástima por los *góor-jigéen*. Solo debemos rezar para que se mantengan lo más lejos posible de nosotros y de nuestras familias.

En ese momento entró Adja Mbène. Era la segunda esposa de mi padre, la coesposa de mi difunta madre. Aunque parezca increíble, mi madre y ella siempre se habían querido mucho, casi como hermanas. Digo increíble, porque nunca habría imaginado una familia polígama feliz; como mucho, puede ser armoniosa. Lo cual basta, con frecuencia. Aunque mi madre y Adja Mbène me demostraron lo contrario, nunca había pensado, y seguía sin pensarlo, que dos mujeres que comparten al mismo hombre pudieran apreciarse de verdad, y mucho menos amarse. El caso de mi madre y mi madrastra seguía siendo para mí la excepción que confirma la regla.

Después de la muerte de mi madre, de la cual yo era el único hijo,

Adja Mbène, que le dio dos hijos a mi padre (estudiaban fuera del país), me trató como su tercer hijo con toda naturalidad en recuerdo de su amistad con mi madre, cuya muerte la había entristecido profundamente. A veces llegaba a creer, incluso, que me mostraba un amor que no mostraba a sus propios hijos, debido a ese extraño sentimiento que une a quienes han perdido a alguien único, y que intentan, a través del amor redoblado que se dan mutuamente, dirigir hacia el otro el afecto que sentían por el ser ausente. Quería a Adja Mbène. No como a una segunda madre, porque eso no puede ser, sino como a una mujer a la que mi madre había amado de corazón.

–Estabais hablando de los homosexuales –dijo ella al sentarse–. He oído..., tu padre me ha contado lo que ha pasado en la mezquita. Y eso que le dije que evitara ese tema en su sermón. Hablar de homosexuales siempre causa problemas...

–Sin embargo, fuiste tú quien me envió el vídeo –observó mi padre.

–Sí, es cierto –admitió Adja Mbène mirándome un tanto avergonzada–. Me lo envió tu hermanastra. ¡Ha llegado incluso a Canadá! Se lo enseñé a tu padre. *Ndeïsaan*... Ese pobre hombre... Me entró de todo cuando vi salir su cuerpo de la tumba... *La Illah*... Un cadáver... Seguramente ya había visto al Ángel de la Muerte, y lo sacaron de su última morada. No dormí en toda la noche, pregúntale a tu padre...

–Mi padre afirma que no hay que tenerle lástima.

–¿Ah, sí? ¿Eso has dicho, Majmout? –Se volvió hacia mi padre–. Me sorprende. Si no podemos tenerle lástima, ¿qué nos queda? ¿Qué hay, aparte de la lástima? Esas personas... –Me miró de nuevo–. Lo he hablado con tu padre... Creo que están enfermos. Necesitan tratamiento... Tengo una amiga que su hermana tiene un hijo así, pero ella lo llevó a ver a un sanador reputado y a partir de ahí se volvió normal. Se casó con una mujer y tiene hijos. Se ve que incluso está a punto de tomar una *ñareel*.[8] Se alejó por completo del mal camino, sus demonios lo dejaron en paz. Por eso digo que están enfermos... No lo eligen, los pobres... No todos, claro. Hay quienes hacen estas cosas...

–¿Qué cosas?

–Ya lo sabes, Ndéné, sabes bien a qué cosas me refiero. Hay quienes lo hacen por placer, para provocar, o porque realmente disfrutan de eso, *subhanallah*. Lo hacen para imitar a los blancos. No saben que lo que vale para los blancos allá en su tierra no puede ser adecuado aquí. Tenemos nuestras tradiciones, nuestra cultura... No debemos imitar. Yo de verdad creo que es una enfermedad para la mayoría... Habría que mandarlos al hospital, o a los marabús...

–No están enfermos –intervino despacio mi padre, con voz firme–.

¿Cómo va a castigarlos Dios con una enfermedad que es un pecado? ¿Los haría culpables de una falta de la cual no serían responsables? Una falta de origen divino, *astafirulah*, es impensable. Se trata de una elección consciente. Esos hombres no están enfermos. Decir que están enfermos, Mbène, sería como decir que Dios es la causa de la homosexualidad...

–*Astafirulah*, no me hagas blasfemar, ¡yo no he dicho eso, Majmout!

–Ah, ¿ves? Hay que concederles la responsabilidad, la elección. Lo que creo es que son personas que se han extraviado, que han perdido su fe, su cultura. Imitan cosas malas que no son de aquí. No son de aquí en absoluto. Forma parte de los numerosos pecados que trajo consigo el blanco.

–Es cierto –apostilló Adja Mbène–, eso es lo que yo decía.

Se instaló un nuevo silencio durante el cual mi reflexión sobre todo lo comentado cristalizó en una pregunta que quería evitar hacerles a mi padre y a Adja Mbène a bocajarro. Sabía que los incomodaría, sencillamente. Les obligaría a salir del terreno de las generalidades banales y a emprender en serio una verdadera reflexión, incómoda, dolorosa, precisa. Los obligaría a pasar de una opinión global a un compromiso personal que quebrantaría su tranquilidad. No se lo reprochaba: en esta sociedad distaban mucho de ser los únicos convencidos de que reflexionaban cuando no hacían más que expresar opiniones vagas e inofensivas para sus mentes. La mayoría de la gente emitía opiniones ajenas sobre asuntos que no les atañían en absoluto. Hablaban sin pensar en las consecuencias. Esto les permitía decir todas las estupideces que les vinieran en gana con total impunidad sin darse cuenta siquiera. Nada más fácil. Hasta el más imbécil es capaz de dar una opinión superficial sobre un tema que le es ajeno. En cambio, hablar de las cosas que realmente habría que hablar, es decir, desde el interior de las cosas, desde ese interior desconocido, peligroso, que no perdona ninguna imprudencia, ninguna bobada, es como caminar por un campo de minas...

–Si hubieseis tenido un hijo *góor-jigéen*, ¿qué habríais hecho?

Ya está, no pude contener la pregunta. Se escapó de mi mente y de mis labios a traición. Adja Mbène me miró con ojos asustados y los bajó de inmediato. Noté que no quería responder antes que su marido. Era él quien debía expresarse sobre una pregunta tan peligrosa. Mi padre, por su parte, no se movió en su gran sillón, pero sentí la profunda agitación que se había apoderado de él, una agitación que delató una gruesa vena aparecida de repente en su sien derecha, en forma de T. Un silencio eterno. Sus ojos ardían con una cólera que yo no presenciaba hacía mucho. Su voz cayó como una tormenta

metálica.

–Tu pregunta suena a insulto. No tengo un hijo *góor-jigéen*. Y, en caso de tenerlo... –Se calló como si no supiera qué decir a continuación. Unos segundos. Finalmente, continuó–: Si lo hubiera tenido, sería culpa mía: habría fracasado a la hora de educarlo, a la hora de hacer de él un verdadero hombre y un buen musulmán.

–Sí, pero sigues sin decirme lo que habrías hecho, papá. Y eso es lo que quiero saber: lo que habrías hecho. Lo que habrías hecho con él. Cómo habrías reaccionado.

Era consciente de que estaba yendo demasiado lejos, pero la pregunta estaba planteada. Quería una respuesta. No habría soportado que no me la dieran.

–Ndéné, estás siendo impertinente. No se interroga así a un padre. No tengo ninguna razón, te lo repito, para plantearme una hipótesis tan extravagante. Pero si insistes, con esa curiosidad malsana, te contesto: si hubiera tenido un hijo *góor-jigéen*, ya no sería mi hijo.

–¿Y eso cómo?

–Pues está bastante claro: renegaría de él.

Dichas estas palabras en un tono aún más firme, mi padre se levantó y se fue a su habitación. Adja Mbène me miró como si ahora se sintiera autorizada a hablar.

–No se hacen ese tipo de preguntas. Ya conoces a tu padre. Sobre ciertos temas...

–¿Y tú?

–¿Yo qué?

–Si tuvieras un hijo homosexual...

–¿Qué quieres que te diga, Ndéné? –Bajó un poco la voz, como si temiese que mi padre la oyera–. Un hijo es un regalo de Dios. Para mí, un hijo es un hijo. ¿Qué puedo hacer sino amarlo, incluso si es diferente o está enfermo? Habría rezado a Dios noche y día para que lo sanase, pero lo habría amado. Si yo, su madre, no lo hubiera amado, ¿quién lo iba a amar? Ndéné, tu padre tiene razón. No se deben hacer esas preguntas. Discúlpate antes de marcharte o las pagará conmigo.

Mi padre salió de su habitación una hora después. Se veía a las claras que había luchado por recuperar algo de serenidad. Había perdido. Seguían siendo visibles en su cara rastros de su reciente enfado, en una leve tensión de su mandíbula. No me dio tiempo a abrir la boca cuando empezó:

–Sé lo que estás pensando. A lo mejor piensas que soy un homófobo, como dice la gente con estudios como tú, la gente que defiende que todo el mundo tiene derechos. No lo niegues, sé que eres así desde que

volviste de Francia. Por eso no quería que te fueras, al contrario que tu madre. Pero no soy homófobo. O igual sí. Todo depende del significado que le des al término. No odio a esas personas, no les deseo la muerte, pero no quiero que lo que hacen, lo que son, sea considerado como algo normal en este país. Si eso es ser homófobo, lo asumo. Cada país se ha construido sobre unos valores. Nuestros valores no son esos. Sin más. No podemos aceptarlos como si fueran cualquier cosa, supondría el comienzo de nuestro final, una traición a nuestros ancestros y a nuestros padres espirituales. Peor aún: una traición a Dios. Para mí está claro: si una minoría amenaza la cohesión y el orden moral de nuestra sociedad, debe desaparecer. O por lo menos debe ser silenciada a toda costa. Te puede parecer cruel, inhumano, pero no hay nada más humano, Ndéné. Apartar a los que molestan, empleando la violencia si es necesario, incluso, para proteger a la mayoría y preservar su cohesión; no hay nada más humano. Se trata casi de un instinto de supervivencia. Te lo repito: desenterrar a ese hombre del cementerio era lo que había que hacer. No se puede ser *góor-jigéen* aquí, en esta tierra donde tantos santos han vivido, y pretender descansar en un cementerio musulmán. Es impensable. Impensable. Habría hecho lo mismo que esos hombres que se ven en el vídeo: me habría arremangado y lo habría desenterrado. Aun cuando se tratase de mi propio hijo. Dicho de otra manera...

Me miró a los ojos fijamente como si quisiera darme la prueba absoluta de su convicción. Ya no había duda: mi padre estaba compartiendo su verdad más íntima. Había salido del terreno de las generalidades para adentrarse en sí mismo, enfrentarse a sí mismo, hacerse la autopsia, descubrir y decir lo que realmente pensaba. Esta labor le había costado mucho, y yo respetaba su valentía, porque se necesita coraje para exponer lo que se piensa, incluso a un hijo. La mandíbula se tensó; se disipó su nobleza. En su sien, la T se transformó en una letra inexistente en el alfabeto latino, una especie de ideograma chino complejo. Marcaba su rostro como un sello maligno. Mi padre continuó con una voz entrecortada, pero sin debilidad:

–En otras palabras, Ndéné, si hubieras estado bajo tierra, enterrado en ese cementerio, y yo hubiera tenido la certeza de tu homosexualidad, te habría desenterrado. Te habría desenterrado sin dudarlo, sin pala ni pico... Con mis propias manos.

Me mostró sus dos manos. Vi que temblaban ligeramente. Se volvió a su habitación sin añadir nada más. Me despedí de Adja Mbène y me marché.

7

Los siguientes días busqué todos los pretextos posibles para volver a ver a Rama. Sabía que ella no aceptaría tan fácilmente, necesitaba argumentos sólidos. Sus enfados eran terribles, obstinados, prolongados, propios de una mujer independiente y libre que no le debía nada a ningún hombre, y mucho menos a su sexo. Era una mezcla de desapego y apasionamiento que obligaba a la admiración e, inevitablemente, al deseo. Bastaban unos instantes en su compañía para comprender que nunca se iba a encariñar contigo, pero que era capaz de amarte más de lo que podrías haber soñado mientras estabas con ella. Gran santa y gran libertina... Salvaje y maternal... Aparecía cuando le venía en gana y se iba cuando le venía en gana. La encontraba inasible y, sin embargo, obsesionante, en la gran tradición de las verdaderas amantes.

De su rostro, de entre todos los detalles que por separado podrían haber agotado mil blasones sin llegar a transmitir todo su esplendor, ese rostro que se podía mirar durante mucho tiempo sin temor a agotarlo; de su rostro, yo prefería la boca, la gran boca generosa de labios insaciables por los cuales bastaba que separase los míos para que inmediatamente me embargara una tremenda avidez, como si me hubieran transmitido su sed de ser besados o de besar sin descanso. Ella me dejaba besarla con pasión. Creo que le hacía gracia. Cada vez que me lanzaba hacia sus labios con la ambición e incluso, en los días de orgullo desbocado, con la certeza de apagar el fuego, Rama, mientras yo inclinaba mi rostro hacia el suyo, esbozaba una sonrisa tierna y burlona, como la que le dirigiría a alguien a quien ha planteado una adivinanza y lleva horas intentando resolver el enigma en vano.

Pero había algo más misterioso que su boca. Estaba su pelo, o más bien su melena: una masa densa y negra de largas rastas cuyos extremos acariciaban la curva en la base de sus nalgas. Aquella melena era un espeso misterio para mí. Me obsesionaba más que la boca insaciable por una razón muy simple: Rama me prohibía tocarla. ¿Por qué exactamente? Lo ignoraba. Me negaba cualquier explicación. Montaba en cólera cada vez que hacía amago de cogerle un mechón para palparlo, sopesarlo, morderlo. Era como si el corazón de aquella densa y pesada cabellera guardara un secreto. Estaba convencido de

que, como algunos de nuestros antiguos reyes, o como Sansón, el núcleo de la fuerza de Rama, la clave de su misterio, estaban ocultos en ese bosque, y que debía sumergir la mano, sumergir mi ser entero en él si quería poseerlo por completo. Lo intentaba, pero ella no se dejaba.

Aceptaba alguna caricia furtiva, que la tocara superficialmente, pero bastaba con que quisiera posar la mano, que deseara cogerla y sentir toda su textura, para que ella me frenase en seco. Incluso cuando dormíamos juntos, se negaba a que le tocara el pelo con demasiada insistencia. Podía sentirlo. Podía poner mis labios en él. Pero sostenerlo con firmeza, nunca. Naturalmente, ya había intentado aprovechar su sueño para descubrir su secreto y tal vez robarlo, pero, como si esta parte fuera la más nerviosa y sensible de su cuerpo, Rama se despertaba de golpe en cuanto yo tocaba o acercaba las manos a su melena. En fin, los únicos momentos en los que me permitía agarrarle el pelo eran cuando hacíamos el amor.

Pero eso no contaba: durante el acto me faltaba lucidez. El placer que Rama me proporcionaba me cegaba tanto que no veía con nitidez el secreto de aquellas gruesas trenzas negras. Lo llevaba descubierto, expuesto, pero mi éxtasis lo cubría con una especie de velo que me lo alejaba aún más. De ahí la sed que tenía de hacer el amor con ella, una y otra vez, prometiéndome cada vez mantener suficiente lucidez durante el abrazo como para por fin ver lo que había allí. Sin embargo, el placer siempre terminaba por inundarme en el momento crucial y nunca veía nada. El cabello de Rama seguía siendo una fruta prohibida, y sin duda esta idea había terminado por agradarme secretamente. Me gustaba la idea de que siempre hubiese algo en ella que se me escapara. Su boca... Su melena... Me gustaba la idea de que fuese para mí más que un enigma: una poderosa adicción, una droga dura, un veneno de serpiente. Mi mal y mi remedio.

No conocía a nadie más que supiese darte esa impresión de ser comprendido, escuchado. De un encuentro con ella salías sin ilusiones sobre las personas, pero, paradójicamente, con una fe recuperada, aunque solo fuese de manera provisional, en la humanidad. Algunas de las historias que me había contado, por haberlas vivido o presenciado, dejaban poca cabida a la esperanza o a la bondad, pero la tranquila simplicidad con la que lo ponía todo de su parte para no ser peor cada día era admirable. No era ingenua. Al contrario, me daba la impresión de haber alcanzado un alto grado de lucidez: conocía a la perfección sus puntos fuertes y sus limitaciones, su parte de luz y su parte de sombra. Esta completa asunción de su alma le ofrecía un raro lujo humano: el de no poder sino culparse solo a sí

misma pasase lo que pasase. Ella era su propia ley y su propia transgresión.

Trabajaba en el mundo de la noche. Nunca supe en calidad de qué exactamente, y hacía mucho que ya no tenía interés en saberlo, porque esta ignorancia era la cuna de muchos fantasmas. La soñaba brillando en el engañoso y sórdido universo de los libertinos de la burguesía dakaresa, que se entregaban, en medio de torrentes de alcohol, dinero, orina y mierda, a prácticas inimaginables, desconocidas incluso para el mismísimo Sade, y que para mí tenían el monstruoso y potente atractivo de lo extraño.

Hacía cuatro años que nos veíamos. La había conocido en un momento en el que, tras abandonar mis veleidades heroicas de reforma universitaria, pasaba las noches recorriendo bares y burdeles, para vivir la poesía en lugar de leerla y comentarla. Concidimos en una discoteca. Fue ella quien me abordó y me invitó a bailar. Mientras bailábamos, diciéndome que le gustaba, me agarró los testículos con una mezcla de firmeza y ternura que me hizo soltar una risita de placer y dolor. La poesía, por fin... Desde aquel día nos veíamos con regularidad. No era solo una relación carnal. A su contacto recuperaba una tonicidad intelectual e incluso espiritual que la universidad ya no me proporcionaba. Ella no tenía el bachillerato; sin embargo, me sentía ridículamente estúpido a su lado.

Nunca me había planteado una relación con Rama. Solo en la cama. Además, ella nunca habría querido que fuésemos nada más que amantes pasajeros, y eso estaba bien. Como bisexual, ella no quería renunciar ni a los hombres ni a las mujeres, a quienes amaba por igual con un amor tremendo. Yo no sentía celos de no ser su único amante. Al contrario, consideraba que para ella era una experiencia completa, con mis cualidades, con lo que tenía de único en comparación con otros y lo que le aportaba. Sabía que amaba en mí muchas cosas que no encontraba en otros lugares y que era precisamente ese carácter singular de cada uno de sus amantes, de cada una de sus amantes, lo que le encantaba. Se negaba a renunciar a las infinitas variedades del placer; Rama era como una niña que se maravillaba de sus múltiples matices. Nada era vulgar en su búsqueda de disfrute y felicidad. La compartía gustosamente con otros, y ella se me entregaba a fondo en la especificidad de mi riqueza. Una hedonista. Sí, es eso: ella era una hedonista. No estaba por una búsqueda frenética y egoísta del placer, vivía en una relación con el mundo donde el goce sería compartido, en total libertad.

Terminé llamándola, decidido a hablar con ella. Su voz no fue menos gélida. Tartamudeé por unos instantes, confundido, asustado,

completamente dominado por la respiración al otro lado de la línea. Luego le confesé que la echaba de menos. Ella me respondió que, si eso era todo lo que tenía que decir, debía volver al trabajo. Le pregunté si podía enviarme el vídeo.

–¿Ese del que no sabes qué pensar?

–Ese del que no sabía qué pensar.

–¿Porque ahora sí sabes qué pensar?

–No.

–Entonces, ¿por qué me llamas?

–Porque quiero saber. Necesito verlo de nuevo. No lo encuentro en internet.

–Normal. El gobierno se asegura de que no aparezca ahí. Solo está en los teléfonos. Te lo mando.

Colgó y unos minutos después lo recibí por WhatsApp. No mentí al decir que el vídeo había ocupado mis pensamientos aquellos últimos días. El sermón de mi padre me lo hizo recordar, y la conversación que sostuvimos se lo impuso a mi mente.

Me sorprendí, en plena preparación de una clase, pensando en la multitud, en las respiraciones, en los jadeos, en los dos tipos fornidos en pleno esfuerzo, con el cuerpo brillante de sudor. Pensaba en la tumba abierta en la tierra como un sexo, un sexo del que, en sentido literal y figurado, solo saldría muerte. No había vuelto a ver las imágenes desde la noche en que Rama me las enseñó, pero me volvían en ciertos momentos, con tal nitidez que parecían proyectadas directamente en las paredes de mi cerebro. A veces oía el ruido del cuerpo cayendo al suelo entre la polvareda. Otras veces, la blancura del lienzo me cegaba con un destello doloroso, en mitad de la lectura. Se me presentaban detalles que no había notado la primera vez. Dudaba de su realidad y llegué a preguntarme si no era mi recuerdo el que me jugaba una mala pasada arrojando una luz cruda sobre cosas que normalmente deberían haber comenzado a hundirse en las brumas de mi memoria.

Por ejemplo, durante aquellos dos últimos días me obsesionaron dos detalles. El primero era el rostro del hombre desenterrado, que no creía haber visto en el vídeo, pero cuyos rasgos, sin que pudiera explicarlo, se habían ido dibujando poco a poco en mi mente, despacio pero cada vez con más precisión, como en esos rompecabezas, en programas de la tele, donde, al ir quitando las bandas negras que inicialmente la ocultaban, se revela de manera progresiva una cara misteriosa a los concursantes que deben identificarla. Tenía la impresión de que el rostro del hombre desenterrado había emergido de las tinieblas de mi conciencia como el de un ahogado en las

profundidades de una turbera. Tenía rasgos toscos, feos, pesados, una de esas jetas desagradables y grotescas que solo le atribuiríamos y desearíamos al diablo. Pero al mismo tiempo, como el mismísimo diablo, era uno de esos seres seductores, tentadores, hermosos por su propia fealdad, si damos por buena la idea de que la belleza es, ante todo, criterio estético, lo que fascina al ojo e incluso al alma. Nada es más atractivo que lo feo, nada más hermoso que el Mal. Un motivo antiguo. Así que había visto aquel rostro repugnante y horrible en el momento en que el sudario dejó de protegerlo; no solo lo había visto, sino que también lo había observado, como si esperase que cobrara vida y expresara un sentimiento o algo.

El segundo detalle me perturbaba aún más. Era el sexo del hombre. Lo había entrevisto, pero tan brevemente que no me había marcado. Ahora su imagen no me abandonaba, como si lo hubiera devorado con la mirada durante largos segundos a cámara lenta: un enorme sexo circuncidado de glande liso y tronco atezado, incluso oscuro, increíblemente oscuro, daba la impresión de que lo veía bajo una luz negra; un sexo venoso, un poco curvado hacia la izquierda, colgando en medio de una espesa maraña de vello púbico. Lo que más me perturbaba no era el tamaño del miembro ni que se me presentase con tanta fuerza. Lo que más me perturbaba, y lo que me convencía de que esas imágenes eran meras alucinaciones, era que el miembro fuese tan vigoroso. Estaba erecto. Sin embargo, los muertos no se empalman, que yo sepa. Para explicarme dicha erección, inventaba hipótesis extravagantes o blasfemas: imaginaba que, una vez enterrados, los muertos resucitaban, llenos de un ardiente deseo, listos para tirarse a todo lo que encontrasen a su paso: otros muertos, ángeles, mensajeros, querubines, vírgenes que pronto dejarían de serlo, santos, enviados, Satanás... Todo esto me dio mucha risa y me hizo estremecerme con oscuro placer. ¿Era por ese sentimiento tan adolescente de entregarme a pensamientos inconfesables, o por la locura que se cernía sobre mí?

Locura. O alucinación. Había visto el vídeo solo una vez, más de diez días atrás, en plena noche, embriagado de placer sexual y de olor a tabaco. No entendía, por más que hubiese vuelto varias veces a mis conversaciones y a mis pensamientos; por más que aquel cadáver exhumado me persiguiera, me atormentase, casi; no entendía cómo había llegado a ver con tanta claridad el rostro y el sexo de aquel hombre. ¿Tan grande era mi capacidad de imaginación? ¿Me había conmocionado más de lo que yo pensaba, aquel vídeo? Y si esas imágenes no eran más que ilusiones, ¿por qué precisamente esas: el miembro y el rostro? ¿Por qué no su mano? ¿Por qué no su vientre, sus rodillas, su cuello? ¿Por qué su rostro y su miembro?

Al abrir el vídeo que Rama acababa de enviarme, ignoraba qué me iba a asustar más: que las representaciones que me había hecho del rostro y del falo del hombre fueran verdaderas, o que no lo fuesen. En el primer caso, significaba que era incapaz de olvidarlas, que me habían marcado, que me atormentaban, que me obsesionaban. En el segundo, quería decir que deseaba que se asemejaran a mis fantasías. En cualquier caso, aquel *góor-jigéen* no solo ocupaba mi pensamiento, sino que empezaba a experimentar algo por él que me repugnaba llamar sentimiento, pero que sin duda debía de ser algo de esa índole. ¿Qué sentimiento? La pregunta me pareció estúpida, y las palabras de Adja Mbène de repente cobraron todo su sentido: «¿Se puede sentir otra cosa que no sea lástima por esas personas?». No podía, no debía ser más que lástima.

Vi el vídeo decenas de veces, hasta la náusea. Cada vez me sacudía la misma repugnancia cuando sacaban el cadáver de la tumba. La cuestión del rostro y del miembro no se resolvió en absoluto. Me perturbaba aún más, y con razón: en ningún momento era visible el rostro del individuo y, por lo tanto, no pude examinarlo (¿de dónde venía entonces la oscura certeza de que el hombre tenía aquel rostro feo y fascinante?); en cuanto al miembro, se veía apenas un segundo, pero eso bastaba: desde luego, no era tan impresionante como en mis representaciones, pero no distaba mucho. Lo pausé e hice zoom: no había lugar a dudas, estaba erecto. También noté otro detalle que se me había escapado en mi primera visualización: no se ve ni se oye a ninguna mujer.

Más tarde, llamé a Rama. Sabía que me lo cogería, nunca dormía realmente por la noche.

–¿Qué quieres ahora?

–Preguntarte una cosa: ¿sabes dónde ocurrió la escena capturada por el vídeo?

–Esa pregunta ya me la hiciste. Te daré la misma respuesta: no, no lo sé.

–¿No sabes quién es? Quiero decir, ¿quién es el hombre desenterrado?

–No. No lo sé. ¿Ahora es importante para ti?

Permanecí en silencio un momento, sin saber qué decir. Por un lado, no, no tenía importancia. No lo conocía y estaba muerto. Sin embargo, por otro lado, el vídeo me incomodaba tanto que sentía la necesidad de saber más sobre aquel individuo cuyo miembro y rostro me obsesionaban. Tenía que saber su nombre, cómo era. Además, también necesitaba saber qué había sido de su cuerpo. ¿Lo habían enterrado de nuevo? ¿Y dónde? ¿Qué cementerio lo habría aceptado? ¿Un

cementerio musulmán? No tenía ese derecho, mi padre me lo había dejado bien claro. ¿Uno cristiano? ¿Sería mejor tolerado allí que en un cementerio musulmán? ¿Uno de *góor-jigéen*? Impensable... Tal vez habían quemado su cuerpo. O lo habían enterrado en plena noche en un lugar desconocido. O lo habían abandonado en un pozo. O lo habían hundido en el mar. O se lo habían dado de comer a los perros hambrientos. O lo habían dejado en mitad del desierto para que se pudriera y lo devorasen los buitres... El hecho es que no sabía nada de aquel hombre que ocupaba mi mente en los últimos días.

No rompí el silencio. Rama no había colgado. Por fin, volvió a hablar con una voz que me pareció más suave:

–Conozco a alguien que podría ayudarte. No te prometo nada, pero tal vez pueda darte una pista.

–Te...

–Ni se te ocurra agradecérmelo.

–De acuerdo. ¿Cuándo nos vemos?

–¿Quién ha dicho que vayamos a vernos?

No contesté. Estaba poniendo a prueba mi humildad, reafirmando su libertad. Transcurrieron unos segundos durante los cuales se aseguró de que me tenía a sus pies. Finalmente, llegó el alivio:

–En unos días. Yo me pongo en contacto contigo. Ahora déjame, Ndéné, me reclaman. Hasta pronto. Me alegra ver que has vuelto a ser tú mismo, hasta tu próximo descenso en la estupidez.

Colgó. Me quedé dormido poco después y soñé con mi padre: yo era el único fiel en una gran mezquita y él, en lugar del imán, me recitaba no un verso del Corán, sino un poema de Verlaine.

8

Mi siguiente clase, que había decidido dedicar a algunos poemas de *Las flores del mal*, tocaba a su fin cuando los estudiantes reaccionaron. Se alzó una mano en el fondo del anfiteatro.

–¿Sí, Ndiaye?

–Eh..., señor Gueye, discúlpeme, nos gustaría hablar con usted antes de que termine la clase.

–¿Hablar? ¿Sobre qué?

Mi tono seco debió de intimidar al estudiante Ndiaye, porque se calló, miró a su alrededor, buscando manifiestamente el apoyo de sus compañeros que (no todos, pero varios) le lanzaron miradas de ánimo, le hicieron pequeños gestos de aprobación y confianza y levantaron pulgares en señal de apoyo.

–Usted dirá, Ndiaye.

–Bueno..., nos gustaría comentarle algo sobre la última clase. La de la semana pasada. ¿Recuerda? Aquella sobre Verlaine. ¿Se acuerda?

–No diga tontadas, ¿cómo no me voy a acordar? ¿Qué pasa? Si tiene preguntas, todas las referencias están en...

–En realidad, señor... De hecho... Tiene que ver con la obra de Verlaine... También con su vida...

–¡Sea más claro, Ndiaye! No veo adónde quiere llegar.

–Lo siento, señor Gueye. Uno de nuestros compañeros nos señaló algo extraño en su biografía... Lo primero, ¿está al tanto de que el ministerio prohibió su estudio?

–No lo ignoro. ¿Dónde está el problema?

–En su biografía...

Raphaël Ndiaye sostuvo en alto su manual señalando la página de la biografía de Verlaine. No era necesario que le echara ningún vistazo. Me la conocía de memoria.

–Sí, ¿y? –repetí–. ¿Qué pasa con su biografía?

–Bueno, hacia la mitad del texto...

Se detuvo, miró a su alrededor de nuevo. Esta vez, ninguno de sus compañeros lo respaldaba; todos tenían la cabeza gacha. Estaba solo, muy solo, y la responsabilidad recaía sobre él. Aproveché la situación:

–¿Qué pasa, Ndiaye? No tengo tiempo para charlar. Dígame.

–¿Sabe por qué el ministerio prohibió a Verlaine?... Era... era un *góor-jigéen*. No cabe duda. Su homosexualidad era sabida. Su biografía

dice que «el 10 de julio de 1873, después de una disputa con Rimbaud, Verlaine saca una pistola, dispara y...

–... hiere a su joven amante en la muñeca» –concluí.

Un silencio absoluto siguió a mis palabras; los estudiantes me clavaron una mirada de franco desafío. En algunos incluso percibí cólera.

–¿Y qué? –pregunté.

No fue Raphaël, sino Al Hassane, su vecino, quien me respondió:

–Usted mismo acaba de decirlo, señor... Verlaine era un *góor-jigéen*... El amante de Rimbaud...

–Sí. Lo fue. Pero no veo adónde quiere llegar. ¿Dónde está el problema?

–Le gustaban los hombres. Ahí está el problema.

–También le gustaban las mujeres. Pero eso no cambia nada. Verlaine era un *góor-jigéen*. Podía ser otras mil cosas también. Le podrían gustar los animales. Pero lo esencial es que Paul Verlaine fue un gran poeta. A la hora de hablar de su poesía, ¿qué cambia que haya sido un *góor-jigéen*?

–Algo cambia, señor –respondió Al Hassane–. Se acostó con hombres, eso lo cambia todo. Lo cambia todo porque...

Al Hassane dudó unos segundos antes de proseguir, consciente de que las palabras que pronunciase a continuación lo implicarían de manera personal, aunque hablase, lo vi claramente, en nombre del grupo.

–¿Por qué?

–Porque nos está enseñando la poesía de un homosexual... Puede influirnos. Por eso el ministerio ha prohibido estudiar a Verlaine. Forma parte de la gran propaganda europea para introducir la homosexualidad en nuestra tierra. No la vamos a aceptar. Los programas cambiarán, *In Sha Allah*.

Un extraño silencio, pesado como un reproche, siguió a la declaración del estudiante. Me entraron ganas de responderles, igual que hizo Proust con Sainte-Beuve, que en un escritor hay dos hombres: el hombre común, el que llega tarde, hace la colada, recoge el correo, quema la comida, promete que solo tomará una copa o que será puntual, es decir, el yo social; y el artista, el yo profundo, el que crea, el que trabaja para decir el mundo, el que busca la belleza en él, aunque tenga que rebuscar en la fealdad. En Verlaine, me gustaba el poeta; el homosexual me importaba poco. Pero sabía que mi respuesta parecería absurda a los estudiantes. Nunca lograrían aceptar que Verlaine fue homosexual. Siempre se lo reprocharían. Los entendía: la cultura, la educación, los valores que les habían inculcado los habían

llevado a negarse a hacer la vista gorda con los homosexuales, ya fuese Verlaine u otros. Verlaine tuvo relaciones homosexuales. Los estudiantes no podían aceptarlo. Nunca irían más allá de ese hecho tan grave a sus ojos. Nunca verían la belleza de la poesía de Verlaine, porque su persona estaba mancillada. En este país, Proust se equivoca, se equivoca eternamente, y Sainte-Beuve tiene razón. Era inútil intentar hacer que mis estudiantes aceptasen que Verlaine el hombre, que se entregaba a la homosexualidad, era diferente de Verlaine el gran poeta. Para ellos, para sus padres, para tanta gente en este país, esa distinción era absurda: un hombre solo es lo que hace. Una parte importante de nuestra cultura se basa en este principio de no distinción. Sabía que no lograría diferenciar a esos dos Verlaine. Los estudiantes nunca lo verían sino como una unidad, exigían su unidad: la de un homosexual que había escrito poemas donde la homosexualidad estaba presente. Poemas peligrosos, por lo tanto. Lo peor era que tal vez tenían razón en no querer dividirlo. Podía entender que no se escindiese a un artista, que se lo aceptase en su totalidad por lo que era, pero con esta forma de ver las cosas no llegábamos a las mismas conclusiones.

–Me parece una lástima no enseñarlo por ese motivo –comenté–. Es una estupidez. El ministerio se comporta estúpidamente. Ustedes son estúpidos. Todo el mundo es estúpido. Si de mí dependiera...

–¡Pero no depende de usted! ¡Nada depende de usted! –creí oír que decían en el aula, pero proseguí sin importarme, cada vez más enfadado.

–Si de mí dependiese, enseñaríamos a Verlaine, ¡y a todos los grandes escritores y poetas! ¡Que se follen animales, mujeres, hombres o agujeros en la pared! ¡Que follen con musarañas! –grité–. ¡Me da igual mientras sean grandes artistas!

Me callé, jadeando. Pasaron unos segundos y luego la euforia indignada del arrebato se disipó. Me sentí ridículo, avergonzado. Sonó el timbre que anunciaba el final de la clase. Los estudiantes salieron lanzándome miradas furiosas. Tal vez esperaban un gesto contrito por mi parte. Que me disculpase por haberles propuesto a Verlaine la otra vez. Que criticase la homosexualidad. Que reforzase su opinión de que leer a Verlaine era *haram*.[9] Eso es lo que habría hecho en mi estado normal, pero mi cobardía me falló, por una vez. Ignoraba por qué. Me encontré solo en el aula. De pronto se me escapó una carcajada. «¡Que follen con musarañas!» ¿De dónde había sacado eso?

El señor Coly me había pedido que fuera a verlo a su oficina después de la clase. Me esperaba fumando tranquilamente su pipa. Me

recibió con una mirada amistosa.

–Sin duda ya sabe de qué quiero hablarle…

–Han venido a quejarse, ¿verdad?

–Ya supondrá que no vinieron aquí. Lo denunciaron ante Ndiaye, el decano de la facultad. Este me llamó de inmediato. Era justo lo que estaba esperando. Una oportunidad para ejercer su poder sobre mí. Y como sabe que le tengo estima a usted, que soy su referente, se aprovecha…

–Lamento ponerlo en esta situación. Aún no había tenido conocimiento de la nota del ministerio sobre Verlaine cuando preparé mi clase…

–Entiendo, mi joven amigo. Pero eso no es lo más grave. Lo peor es que el decano, al igual que los estudiantes, detesta la idea de que usted encuentre, ¿cuál era la palabra?… ¿Absurdo?

–Estúpido.

–Sí, estúpido. No les ha gustado que considerase estúpido prohibir a Verlaine en los programas por ser homosexual.

–Aunque sea una estupidez.

–Sí, lo es. Pero diciéndolo tan públicamente se pone usted en peligro. No por desobedecer las directrices del ministerio, sino porque se cuestiona su moralidad. En el fondo, no es a Verlaine a quien juzgan sus estudiantes. Le juzgan a usted, juzgan su opinión sobre la homosexualidad.

Me quedé callado. El señor Coly hizo un gesto un poco vago, como si espantase una mosca sobre su cabeza o una idea antes de proseguir con una voz más grave, casi lúgubre:

–Querían su opinión. La tuvieron. Tenga cuidado, Ndéné. En este asunto, las pasiones se encienden y las sensibilidades se exacerban rápidamente. Son cuestiones que tocan el corazón mismo de los hombres, su ser profundo, su identidad, su historia, su legado. No hay que ignorarlo ni menospreciarlo. Al contrario…

–¿Qué riesgo corro ahora?

–No lo sé. Ya veremos. Pero empiece por no hacer alusión a Verlaine ni a ningún otro escritor o poeta homosexual. Por ahora bastará.

Salí del despacho del señor Coly con una extraña sensación en el corazón.

9

Rama sonreía con malicia. En sus ojos traviesos leía el inmodesto triunfo de la mujer que ha agotado a su amante. Nos habíamos echado de menos y nos lo habíamos dicho a nuestra manera, con la fogosidad carnal de las primeras o las últimas veces. Yo seguía aferrado desesperadamente a su melena en vano. Después de dos horas, agotados de placer, pudimos volver a conversar. La tenía entre mis brazos; era feliz. Hablamos con naturalidad del vídeo. Rama me dijo que le sorprendía que siguiera interesado, cuando mi primera reacción había sido digna de un completo imbécil.

–La persona que podría ayudarte a saber de quién se trata está disponible esta noche. Voy a verla en un rato. ¿Vienes?

–¿No quieres que nos quedemos aquí, tú y yo?

–No.

–Supongo que es alguien con quien te acuestas, ¿verdad?

–Supones bien.

–No, gracias. No tengo ningunas ganas de ver a uno de tus amantes. Puedo aceptar la idea de que los tengas, pero no sé en qué estado me pondría verlos.

–Entonces quédate aquí, es tu problema. Además, ¿quién te dice que sea un hombre? No sabes lo que te estás perdiendo. Una belleza diferente y rara. Te gustaría, estoy segura.

Sonriendo, Rama se liberó con suavidad de mi abrazo y con un pequeño brinco salió de la cama. En la penumbra del dormitorio, su cuerpo desnudo, tal como lo veía, su espalda, sus hombros, su culo rotundo como la luna, sus piernas, su cuerpo frágil y sin embargo siempre vencedor del mío, parecía un maravilloso sueño que llegaba a su fin. Que se disipaba. Una idea insoportable. Me levanté para impedir que escapase.

Rama no había exagerado: Angela Green-Diop poseía una belleza completamente singular. Llevaba el pelo muy corto, cortado al ras, y tenía un pequeño piercing en la nariz. Este detalle le daba un aire ambiguo, que uno dudaba si calificar de angelical o de perverso (mucho más tarde, al rememorar esa expresión, caí en la cuenta de que nada impedía la existencia de ángeles perversos). Unas manchitas

marrones, que al principio uno se veía estúpidamente tentado de contar, le cubrían la cara, un rostro-galaxia, con una profusión de estrellas y dos grandes ojos azules por soles. Encima del pecho izquierdo llevaba tatuada la flor multicolor de una planta carnívora. El tallo de la planta desaparecía en la sombra del camino que se abría entre las dos arcadas nacientes de sus pechos; y bajo su blusa negra, donde no se adivinaba ningún sujetador, el relieve de otros dos piercings en los pezones. Angela era mestiza, de padre senegalés y exdiplomático en la época de Senghor, y de madre estadounidense, psicoanalista. Había defendido su tesis de derecho en Yale y luego decidió regresar. Ahora trabajaba en Dakar para Human Rights Watch.

Era alegre, jovial, brillante, bienhumorada y, para colmo, divertida. Hacía bromas tontísimas, me hablaba de su América, me hacía preguntas y contestaba a las mías. Simpatizamos enseguida, sin trabas, sin suspicacias, sin esa forma de reserva y pudor exagerados que volvía casi inaccesibles a muchas mujeres por aquí. Se burló de mi acento cuando hablaba inglés, me dijo que le parecía mono y respondió «*I know*» cuando le dije que era muy guapa.

Formábamos un extraño trío de amantes con Rama por nexo. Angela, naturalmente, sabía quién era yo. Sin embargo, no surgió ninguna rivalidad, no nos odiábamos en absoluto. Por el contrario, parecíamos disfrutar de encontrarnos, de reunirnos junto a lo que teníamos de valioso y en común. Tuve la sensación de entender a Adja Mbène y a mi madre.

Rama tenía ganas de bailar y nos invitó a hacerlo. Angela respondió que estaba borracha; en cuanto a mí, bailaba demasiado mal como para aventurarme hasta la pista. Además, me apetecía hablar un poco con Angela. Había bebido, pero aún parecía perfectamente capaz de mantener una conversación. Rama nos llamó vejestorios y desapareció entre la multitud de cuerpos en movimiento.

–¿Eres bisexual? –le pregunté directamente.

–*Of course*. Sería una locura no disfrutar de todo el placer que un ser humano, hombre o mujer, puede brindar y experimentar. ¿No quieres intentarlo con un hombre? Te sorprenderías.

–No, gracias. Me basta con la felicidad que me brindan las mujeres.

–Eso es lo que crees. Los hombres nos idealizáis demasiado. No insisto, *but you are missing a lot*.

–Prefiero no saberlo. No me llama nada la atención.

–Esa es la definición misma del integrismo, de la cerrazón personal –replicó ella, le dio un trago a la cerveza y continuó–. ¿Al menos aceptas la homosexualidad?

–Aceptarla, no sé. Pero estoy seguro de que no la concibo.

–No aceptarla, no concebirla... *I see no difference*. Son sutilezas. Mejor di que eres homófobo, sería más sencillo.

–No del todo. Simplemente no sé cómo, siendo un hombre, se puede amar algo que no sea el cuerpo de una mujer. No odio a los hombres homosexuales, me son ajenos, no porque me molesten desde un punto de vista moral o religioso, sino porque me desconciertan desde una perspectiva estética. No entiendo, nunca podré entender su atracción por la sequedad del cuerpo masculino, su obstinada planitud, su relieve sin colinas, su topografía sin vértigo, su escultura plana...

–Qué poeta...

–Siempre he sentido más compasión y tolerancia por las lesbianas –continué, ignorando su comentario irónico–. Su homosexualidad se me antoja menos escandalosa. Más tolerable. No me produce ningún desagrado la idea de cuerpos femeninos buscando juntos el placer y la armonía. Incluso he visto porno lésbico, es bastante excitante..., pero cuando se trata de hombres, cierro los ojos. Igual soy homófobo, pero homófobo por pasión estética, homófobo por amor a las mujeres y a su belleza... No es la idea del amor entre dos hombres lo que me molesta, es el amor físico. ¿Me explico?

Me miró durante unos segundos sin decir nada, moviendo lentamente la cabeza con una expresión de profunda conmiseración en sus labios. Sin embargo, desapareció enseguida, se encendió en su mirada una chispa peleona, soltó una risita breve y seca como el chasquido de una cerilla y respondió:

–*Definitely stupid! Definitely!* Lo que tú llamas homofobia estética no es más que una cárcel de tu cultura tradicional y religiosa senegalesa, una cárcel en la cual el cuerpo femenino, idealizado, reducido a su forma pura, sigue siendo el único cuerpo sexualmente deseable y digno de fantasías. Sigue siendo muy moral, muy religioso, muy cultural, por mucho que digas lo contrario. *I'm not really surprised by your speech, though*. Tu opinión es una de las que suelen alimentar el discurso homófobo. La expresas con más refinamiento, *that's it*. Por lo menos tú te limitas a manifestar tu aversión ante la erotización del cuerpo masculino por parte de otro hombre, no matas ni golpeas... ¡O eso espero, al menos! Pero no creas que tu opinión no es violenta. Lo es.

–Puede. Lo piden mi cultura, mi tradición y mi religión.

–Supongo que en tu cabeza la homosexualidad no forma parte de tu cultura.

–En todo caso, no he leído en ningún lado que forme parte o haya formado parte nunca.

–*Bullshit!* –Se ponía irresistiblemente sensual cuando hablaba en

inglés y se expresaba de modo vulgar con aquella voz grave–. Porque no lo hayas leído en ningún sitio no significa que no esté escrito o sea verdadero. Las pruebas existen. Solo hace falta interesarse un poquito por la investigación antropológica sobre la homosexualidad en África para darse cuenta de su presencia en el continente antes de la colonización. ¡Siglos antes..., desde siempre! Los senegaleses y muchos africanos no lo saben. *Tey don't wanna know*. Están enrocados en la idea de que su país es un espacio puro, históricamente heterosexual. Eso los tranquiliza. Creen en ese mito y no pretenden saber más. La definición misma del integrismo, como te decía. Hace mucho que la investigación desmontó el argumento de la ausencia histórica de homosexualidad en África. El problema es que estos datos solo los conoce una minoría de investigadores, que los mencionan en revistas de limitado alcance porque no se atreven a hablar de ello en los foros destinados al gran público. Tienen miedo. Pero las pruebas están ahí...

–Un momento –interrumpí–. ¿Acaso...?

En ese momento, se elevó un clamor inmenso que ahogó mi voz en su oleada. Resonaban las primeras notas de la canción de moda. En la pista de baile, Rama atizaba todos los apetitos. Bailaba con libertad, los ojos cerrados, sin reprimirse, mezclando la fuerza con la gracia, y su melena se dispersaba, caía sobre sus hombros, le cubría la cara, azotaba a los bailarines cercanos, quienes, lejos de recriminárselo, la deseaban aún más...

–*What?* –me dijo Angela cuando por fin pudimos oírnos de nuevo.

–Te decía: ¿puedes darme ejemplos concretos, detalles? ¿Ejemplos de homosexualidad en Senegal o en África en general, antes del periodo colonial?

–*Incredible*, ese razonamiento. Como si África no perteneciese a la humanidad. No hay ninguna razón para que se dé aquí un régimen de excepción respecto a las prácticas y costumbres humanas, cualesquiera que sean. En cuanto a la homosexualidad... Hay muchos escritos y trabajos, *you know*... Infórmate. Te resultará edificante. Sin embargo, *even if it's sometimes necessary*, cada vez encuentro más absurdo tener que recurrir a la historia de la homosexualidad en África para combatir la homofobia. Es una lucha inútil, porque a alguien que odia a los homosexuales le importa un comino que la homosexualidad exista desde hace mil años. *He doesn't give a single fuck!* Los que odian a los homosexuales en este país hablan de pureza histórica porque les viene bien; les permite culpar una vez más al blanco de lo que consideran un mal importado. El sistema no se limita a Senegal: cada pueblo en cada país del mundo acusa al extranjero, al bárbaro, de ser la causa de su decadencia. De lo que ellos consideran decadencia.

Demuestra pacientemente, con la rigurosidad científica más irrefutable, a un homófobo senegalés que las prácticas homosexuales llevan presentes aquí desde siempre, ¿y qué? *And so what?* ¿Crees que va a dejar de ser homófobo por eso? *Nope Sir*. Es probable que incluso lo sea más que antes, que se enroque aún más. La homofobia no necesita un pretexto histórico. Ni siquiera estoy segura de que necesite un pretexto: se limita a odiar. El homófobo acaba olvidando los motivos que lo impelían a ese odio. Haz un pequeño experimento, camina por la calle y pregunta a la gente por qué odia en concreto a los homosexuales: te responderán «¡Religión!», sin poder aducir nada más. Te responderán «No sabemos de qué va», sin poder darte ejemplos concretos. Hoy, en Senegal, lo que hay que deconstruir es el principio profundo y psicológico de la homofobia. No se trata solo de una cuestión de presencia histórica. Es más profundo que eso.

–No todo el mundo es ciegamente homófobo, después de todo. Creo que algunos estarían dispuestos a cambiar de opinión si estuviesen mejor informados sobre la historia de la homosexualidad aquí.

–*Oh no, Jesus, please, wake up, guy!*

–Además –proseguí a pesar de sus aspavientos de estadounidense libre e indignada–, no estoy seguro de que la gente, como pareces creer, haya perdido de vista el motivo por el que rechaza la homosexualidad. Saben que es una cuestión religiosa, y aunque no sean capaces de citar los versículos coránicos exactos o los pasajes de la Biblia relacionados con una condena moral de la homosexualidad, saben que Dios la proscribe. Les basta con eso. Su rechazo se basa en la fe. La fe. Y no estoy seguro de que la fe se pueda «deconstruir», como dices... Esa manía occidental de querer deconstruirlo todo... En fin. Recuerda: siempre se impedirá que la homosexualidad se asiente aquí.

–¡Pero si la homosexualidad ya está aquí!

–En ese caso, se impedirá que prolifere. Que se extienda por otros lugares, con tal de que no se incruste aquí, eso es lo que muchos de mis compatriotas dicen y quieren. Y eso puedo entenderlo.

–Yo no. *I can't understand* que un hombre muera, sea apalizado o enviado a la cárcel porque vive, en privado, una sexualidad que no eligió, sin imponérsela a nadie.

–Que no eligió... Eso habría que demostrárselo a mucha gente, sí. Y sería perder el tiempo, además. Tienes razón: aquí no se trata de lógica, sino de irracionalidad. No queremos a los homosexuales, sin más. No necesitamos saber por qué. El humanismo no sirve de nada aquí. Preferimos, lo repito, una convicción aún más fuerte: la fe. No subestimes su poder.

–¿Subestimarla? *It's a joke, right?* ¿Cómo puedo subestimarla cuando veo lo que es capaz de hacer con chavales que se encerraron en sus casas? Es esa misma fe la que justifica la inquisición, la intrusión en la vida privada. Pronto vendrán a verificar en las casas quién es creyente y quién no, quién reza y quién no, *who fucks who, in which hole, in which position and for how fucking long*... Una fe que rebasa la intimidad para... *How can I say it? Pretend to rule* el espacio público, es una fe que se ha vuelto totalitaria. Todo lo contrario a la fe...

–En materia de homosexualidad, la percepción social siempre es relativa a los espacios, las culturas y las tradiciones. Es un relativismo inevitable.

–También es peligroso. Todo el mundo parece decir, con una unanimidad *stupid*, que cada país tiene sus realidades, *and all those shitty true stuffs*, pero eso no es justificación para dejar de salvar la vida de los gays. Hay que luchar para que puedan vivir, y vivir como los demás en la sociedad. Este relativismo total es terrible: entonces, ¿no hay absolutos? ¿Nada por encima de las particularidades y los particularismos? ¿No hay nada sagrado aquí? *Even not the human life?*

–No lo creo. Para un creyente, la idea de Dios será siempre más grande que la vida de su hermano humano. Con más razón si dicho hermano es homosexual. Si Dios exige no tenerle compasión, el creyente no la tendrá, simplemente porque cree en Dios por encima de todo. Es que en eso se fundamenta la fe de muchas personas: en obedecer a Dios, a pesar de...

–*Oh, God. Shut up, please*.

En ese momento, Rama regresó e interrumpió la conversación.

–Entonces, ¿te ha dado información? –me preguntó.

–¿Qué?

–Sobre el vídeo, ¿te ha dado información? ¿No querías saber quién era el homosexual desenterrado? Por eso querías ver a Angela. ¡No se lo has preguntado! Pero ¿de qué habéis hablado todo este rato?

Concentrados en nuestro debate, nos habíamos olvidado de hablar de la razón principal de mi visita. Planteé la pregunta. Angela me dijo que, en efecto, sabía quién era el hombre y dónde vivía. Me prometió llamarme en los próximos días para ir a ver a su familia. Le di mi tarjeta.

–Pero antes –me dijo mientras se la guardaba– ve a esta dirección y charla *with this guy*. Casi siempre está ahí los domingos por la noche. Tal vez eso te haga cambiar esas opiniones, que encuentro, *sorry my dear*, un poco reaccionarias.

Me entregó un trozo de papel con una dirección escrita y la foto de un hombre de mediana edad.

–Lo conoces, doy por hecho. En cualquier caso, los senegaleses lo conocen. Trabajamos mucho con él. Su experiencia es valiosa y sabe muchas cosas sobre la condición homosexual aquí. Es un caso aparte en este país.

A pesar de tener un aspecto distinto sin peluca ni maquillaje reconocí a Samba Awa Niang, el animador de *sabar*.

La noche se prolongó hasta la madrugada. Cuando salimos del bar, un fuego blanco se encendía tímidamente en el fondo del cielo. Angela no vivía lejos. Nos ofreció ir a su apartamento para terminar la noche o empezar el día allí. Decliné.

–Decididamente, eres más tonto de lo que imaginaba –replicó Angela dándome una palmadita en las nalgas–. ¿Tienes contigo a dos diosas y las rechazas? ¿Al final eres gay? *C'mon boy!*

Estaba un poco borracha y eso multiplicaba su belleza. Todo su cuerpo expresaba una libertad y una despreocupación que yo era consciente de que nunca tendría. Pensaba en esos músicos al final de la noche que, frente a los pocos aficionados que los hayan acompañado hasta altas horas de la noche y dos o tres borrachos dormidos, improvisan con un relajamiento solo posible gracias a la extenuación total melodías magníficas que nunca volverán a reproducir, que saben que nunca podrán repetir y, precisamente por eso, las tocan como si la muerte los aguardase después de la última nota. Angela flotaba. Rama, a su lado, también borracha, aérea, bella e intocable. Las miraba caminar delante de mí, enganchadas la una a la otra como dos anillas de oro, tambaleándose, dando la impresión de ir a caerse a cada paso y, al mismo tiempo, de ir a alzar el vuelo. En unas horas sería el único hombre en la tierra que recordaría lo bellas que habían sido en aquel instante, cosa que me llenaba de una profunda melancolía. Hacía fresco. El mar estaba muy cerca. El sonido de las olas llegaba con tal claridad que habría jurado que el Atlántico nos esperaba en cada esquina, listo para llevársenos lejos.

–¿Y bien? –dijo Angela tras unos minutos de caminata–. ¿Vienes? Vivo por aquí.

Señaló una calle cercana.

Nos detuvimos. Ambas me miraban con sonrisas que parecían invitaciones, aunque lo que veía en sus caras les pertenecía solo a ellas. Yo no tenía acceso. Estaba cerca, pero excluido. Eran como la obra de un genio, pura y sobria –*Dos mujeres al final de la noche*–, una obra maestra, y yo solo era un espectador que contemplaba, abrumado por el esplendor de aquella pintura viva. Habría arruinado toda su magia si las hubiera seguido, si hubiera intentado entrar en el cuadro.

A pesar de desearlas locamente, habría afeado el mundo al perturbar su armonía con mi deseo sin gracilidad. Las besé a ambas, largamente, primero a Rama, después a Angela; luego, en silencio, continué hacia mi casa.

Mientras me alejaba, oí la voz de Angela:

–*Well*, tu amigo es *special*. *Love him*. Pero se ha largado. Estamos solas. ¡Ven!

Y, mientras regresaba a casa por las callejuelas de la capital donde los primeros vendedores ambulantes se mezclaban con las sombras de las últimas putas, a las que maldecían y deseaban de reojo los fieles de la oración del *fajr*,[10] me siguieron sus carcajadas al adentrarse en la oscuridad de la calle; la risa clara y cristalina de Rama, la risa baja y sensual de Angela, ambas deseables, ambas rebosantes de un deseo puro, resonando en mis oídos y en la madrugada como los látigos de Jerjes sobre el mar Egeo. La imagen de sus dos cuerpos desnudos, exhaustos después del amor, dormidos en una paz absoluta como si esperasen una muerte feliz, me acompañó durante todo mi trayecto.

10

El impulso de mi mala fe recién encontrada aún no estaba roto. Seguía yendo a la mezquita los viernes. A pesar de la manera un tanto brusca en la que nos separamos la última vez, mi padre me había contado el día anterior que El Hadj Abou Moustapha Ibn Khaliloulah «Al Qayyum» había vuelto y que había pedido a tantos fieles como fuera posible que asistieran a la oración de ese viernes; por lo visto, tenía que transmitir un mensaje de tremenda importancia.

«Al Qayyum» seguía siendo el gran referente religioso del barrio. Cuando hacía una llamada, todo el mundo acudía. Además, corría el rumor de que quería responder al sermón anterior, el de mi padre.

Hizo su entrada.

Parecía exhausto, agotado por completo. Tenía una sombra en el rostro donde ya desplegaba sus alas negras la silueta de un ángel siniestro. Sus ojos, antes vivos y severos, estaban apagados. Parecían las pavesas de un fuego en el hogar de una vieja estufa. Sin embargo, le quedaban fuerzas para moverse, aunque con dificultad, y gracias al sostén discreto de uno de sus chambelanes. Se instaló en el púlpito donde había reinado en solitario y con majestuosidad durante cuarenta años. Iba a dar comienzo el sermón. En ese instante, un hombre calvo (de una calvicie espantosamente fea), alto, de rostro alargado y con una mirada un poco bovina, se colocó al lado de «Al Qayyum», ligeramente en segundo plano. Comprendí de inmediato quién era aquel hombre y cuál era su función: era un *jotalikat*.

Curiosos personajes, la verdad, esos *jotalikat*, que siempre me han fascinado. Literalmente, podría traducir *jotalikat* como «transmisor» o «pasa-mensajes». ¿Qué pasan? ¿Qué transmiten? Un mensaje que, en origen, no es audible, cuyo volumen es demasiado bajo para ser escuchado desde lejos. Más que simples transmisores, los *jotalikat* son amplificadores de sonido, altavoces humanos, megáfonos. Una tarea singular que, sin embargo, llevan a cabo con integridad y, como veremos, cierto talento. Los *jotalikat* intervienen regularmente junto a dignatarios religiosos (o políticos) cuando estos se encuentran cansados, debilitados, demasiado viejos o enfermos pero aun así deben dar un discurso ante la gente, en un lugar donde la calidad acústica generalmente no es óptima. Para que todos los congregados los oigan bien, estos dignatarios se sirven de los fieles intermediarios,

encargados de transmitir su palabra y su verdad. La coquetería no está ausente de esta práctica entre aquellos que detentan el poder. Vale la pena ver al marabú, vestido suntuosamente, inclinar con descuido la cabeza, con un aire grave a la vez que más o menos desdeñoso, hacia el oído alerta del *jotalikat* y susurrarle con desenfado algunas palabras. Es una curiosa postura de viejo monarca.

Luego el *jotalikat* transmite. «Transmite», digo bien. El *jotalikat* no repite: aunque a veces pueda parecerlo, no es un loro; su repetición no es un psitacismo. Al contrario: el *jotalikat* es un griot[11] sin esa habilidad, un maestro no consumado del lenguaje, un poeta menor y frustrado. Soñaba con ser un virtuoso del lenguaje, pero por desgracia no es más que un *jotalikat*; anhelaba experimentar la gloria del autor, pero desafortunadamente solo desempeña el humilde papel de transmisor entre bambalinas. La tragedia de un destino artístico truncado. Sin embargo, el *jotalikat* no carece de talento; claro que lo tiene, pero no el suficiente como para convertirse en un comunicador reconocido. Así que ejerce como puede su pericia en el arte del lenguaje a través de su oficio de *jotalikat*. En lugar de limitarse a repetir las palabras del marabú, las adorna, las enriquece, las embellece. El *jotalikat*, orador frustrado, se toma libertades retóricas al interpretar el discurso original del Poderoso, a veces con sorprendente audacia, pero siempre dentro de los límites de lo razonable, desde luego. El *jotalikat* exagera, maestro en hipérboles; insinúa, especialista en lítotes; embellece, despliega, alarga, hace fluir la frase. Si el marabú advierte, el *jotalikat* aterroriza y amenaza; si el primero aconseja y recomienda, el segundo obliga y fuerza. La transmisión es la oportunidad para que el *jotalikat* se desahogue: es su venganza poética, su revancha contra su vida perra. En última instancia, el *jotalikat* tiene una importancia capital en nuestros sistemas tradicionales de comunicación: la palabra del monarca, del marabú, del dignatario, se realiza plenamente a través de su boca, se cumple como Palabra en los oídos de los súbditos o fieles.

«Al Qayyum» se inclinó ligeramente hacia su izquierda, donde esperaba de pie el *jotalikat*. Desde mi posición, apenas distinguía las palabras de El Hadj Abou Moustapha. Pero su *jotalikat* se encargaba de hacerlas resonar.

–Saludo a cada hombre aquí presente por... (inaudible). Me alegra... (inaudible). Vuestras oraciones me han ayudado –dijo El Hadj Abou Moustapha.

–El Hadj Abou Moustapha Ibn Khaliloulah «Al Qayyum» ha dicho que después de dar gracias a Dios y a su profeta Mohammadou

Rassoulalah, los saluda a cada uno, hombre, mujer, niño, anciano, por su nombre y apellido. Ha dicho que le llena de alegría verlos a todos ustedes de nuevo, y les agradece que hayan respondido a su llamada. Se disculpa profundamente por no haber podido dirigir la oración del viernes pasado. Como saben, se encontraba un poco enfermo, pero está convencido de que sus oraciones lo han ayudado mucho –dijo el *jotalikat*.

–Todavía estoy un poco enfermo, pero [...] para hablar de algo de lo que El Hadj Majmout Gueye habló [...] según me han informado –dijo El Hadj Abou Moustapha.

–El Hadj Abou Moustapha Ibn Khaliloulah «Al Qayyum» ha dicho que aún se siente ligeramente enfermo, le sigue atormentando un dolor en el pecho, pero ha insistido en estar con nosotros hoy. Por fortuna, los médicos le dieron permiso para salir, y es una suerte, porque desea hablar sobre un tema que el imán del pasado viernes, El Hadj Majmout Gueye, trató en su sermón. Se informó de dicho mensaje a «Al Qayyum». Quiere volver sobre ello –dijo el *jotalikat*.

–El tema está relacionado con los homosexuales –dijo «Al Qayyum».

–Este grave tema, que nos concierne a todos como musulmanes, como senegaleses, como siervos del Señor, es el tema horrendo de esas criaturas malévolas y poseídas por el diablo: los homosexuales –dijo el *jotalikat*.

–Todos recordaréis –ataque de tos– los hechos abominables que tuvieron lugar el año pasado. El primero fue una boda entre varios hombres... –arrancó el viejo imán.

–El Hadj Abou Moustapha les recuerda, aunque está seguro de que todos tienen el suceso en mente, que hace unos meses se descubrió a un grupo de homosexuales celebrando una boda. Una abyecta reunión de depravados, origen de una larga serie de escándalos, blasfemias y horrores que implican a los homosexuales, hijos de la maldición, bastardos, una raza degenerada corroída por la lujuria, que Dios los queme en el infierno. Estos actos van en contra de la naturaleza, de la decencia y el pudor religiosos, en contra de la belleza y los valores del islam. Están absolutamente prohibidos por nuestro Señor –dijo el *jotalikat*.

–Estos homosexuales tuvieron suerte, solo los metieron en la cárcel. El juez fue demasiado indulgente. Si hubieran seguido los preceptos religiosos estipulados [...] habrían tenido que matarlos –afirmó «Al Qayyum».

–El Hadj Abou Moustapha lamenta que estos homosexuales demoniacos solo fuesen encarcelados. ¿Acaso el juez que los condenó formaba parte del lobby que los protege? ¿La pantomima de la cárcel

fue para salvarles la vida? Porque si se hubieran seguido los preceptos de la ley islámica fundamental, deberían haber sido ajusticiados, sin más. Hoy en día, el tema sigue estando de actualidad, porque el juicio no fue concluyente –transmite el *jotalikat*.

–Los *góor-jigéen* deben ser excluidos de nuestra sociedad. Y si se niegan a irse, se les [...] por la fuerza para unirse al silencio de los cementerios. Hay que eliminarlos de la vida, sencillamente. Esto es lo que la sharía prescribe –dijo el imán.

–¡Hay que matar a todos los homosexuales! –resumió su *jotalikat*.

–Sobre este problema –tremendo ataque de tos– no hay posibilidad de discusión, no hay discusión posible con nadie. Sin piedad. ¡Ni siquiera debemos rezar por ellos! –se indignó el anciano.

–A todos los que imaginan que la discusión es la solución ante el flagelo homosexual, El Hadj Abou Moustapha responde que no hay lugar para el debate. ¡Debemos suprimirlos, expulsarlos! Eso nos recomienda Dios a nosotros, los musulmanes. Senegal, gracias a Dios, nunca ha conocido la homosexualidad en su historia. Es algo ilícito, pero que no proviene de nosotros. ¡Es algo que no conocemos! Ni siquiera merecen nuestras oraciones.

–Debemos rezar a Dios para que nos ayude a no perder el camino de la fe. Debemos redoblar nuestras plegarias para que Dios no se olvide de nosotros.

–¡Hay que matarlos a todos! –resumió el *jotalikat*.

–Está escrito que uno de los signos que anuncian el fin del mundo es la multiplicación de los homosexuales. En Occidente, tienen derecho a casarse. Algunos musulmanes los defienden. Y Dios mismo, que ya lo ha visto todo, dijo que [...] muchos musulmanes se levantarán y los defenderán, renegando de su fe y de su profeta. [...] No seamos esos musulmanes impíos. Defendamos nuestra religión, nuestros valores, nuestras tradiciones.

–El fin del mundo no está lejos, hermanos musulmanes. Los homosexuales están por todas partes. En Occidente, ahora tienen derecho a casarse entre ellos. Y lo que convence aún más a El Hadj Abou Moustapha Ibn Khaliloulah «Al Qayyum» de la inminencia del fin del mundo es que algunos musulmanes, algunos individuos que pretenden ser musulmanes, defienden cada vez más a los *góor-jigéen*. Estos falsos musulmanes valen poco más que los homosexuales. El día del Juicio Final, ¿qué le dirán a su Señor? Irán al infierno, junto con aquellos a quienes defendieron en la tierra. ¡Al cruzar el puente del Destino, caerán en los profundos y ardientes limbos del Gran Brasero! No debemos ser como esos impíos, esos apóstatas. Debemos defender nuestros valores, nuestra religión, a nuestro Dios.

–Les doy las gracias –dijo «Al Qayyum».

–«Al Qayyum» les da las gracias –dijo el *jotalikat*.

«Al Qayyum», visiblemente extenuado, pronunció algunas oraciones y, de repente, su estado pareció empeorar. Llamaron a una ambulancia, que tuvo dificultades para llegar hasta la mezquita debido a la multitud que se agolpaba fuera. Fue necesario que el valiente *jotalikat*, apoderándose del micro que usaba el almuecín para llamar a los fieles, diera instrucciones autoritarias para que despejasen el acceso a la entrada. Metieron en ella a un «Al Qayyum» moribundo, acompañado de dos chambelanes, y luego la ambulancia se dirigió al hospital Abass Ndao. En medio de todo este desorden, casi habíamos olvidado la oración propiamente dicha. Estaba reflexionando sobre esto cuando vi a Mohammadou Abdallah salir del camarín con el semblante severo pero triunfal. Ocupó el lugar del imán. Esta vez, era a él a quien El Hadj Abou Moustapha Ibn Khaliloulah había escogido para dirigir a los fieles.

En el momento en que todos nos levantamos para orar, vi a mi padre. Nunca he visto tanta dignidad en el rostro de un hombre al que, sin embargo, acababan de desacreditar y humillar públicamente.

Se habló mucho tiempo sobre la caída en desgracia de mi padre, que se veía cada vez más solo. Casi me daba lástima. Salía y caminaba entre burlas, cuchicheos, palabras despectivas y miradas hostiles. Sus antiguos seguidores lo habían abandonado uno tras otro para unirse al bando de Mohammadou Abdallah, que se había convertido en el líder del barrio. Mi padre, antaño muy popular, ya no era más que aquel que había *recomendado rezar por un homosexual*, alguien digno de menosprecio. En la mezquita ya no estaba en primera fila, ni entre los siguientes, de hecho: se había convertido en un fiel más, perdido entre la muchedumbre, y eso si es que lograba encontrar sitio. Mohammadou Abdallah, que ahora presidía las oraciones del viernes, ya no le dirigía la palabra e incluso se las arreglaba para lanzarle indirectas en cada uno de sus sermones. Mi padre no agachaba la cabeza, no decía nada; yo ni siquiera sabía si estaba sufriendo. Por extraño que parezca, esta soledad y esta marginación parecieron fortalecer su fe. A veces sorprendía en su mirada una especie de ligereza, como si la elección de «Al Qayyum» le hubiera quitado un peso de encima. Era casi sublime en su aislamiento, del cual parecía extraer una oscura serenidad. Cuando le pregunté cómo vivía todo aquello me respondió que la única lección que se podía sacar del episodio era que un hombre no era nada en este mundo, y que solo Dios lo era todo. Realmente no sé lo que quería decir.

Lo único que sabía era que él, tan ortodoxo y tan estricto, él que estaba dispuesto a desenterrarme sin pico ni pala, con sus propias manos, en caso de ser homosexual, y que me enterrasen en un cementerio musulmán, él, tan inflexible, había sido considerado por otros como demasiado permisivo, demasiado laxo en lo referente a la cuestión homosexual. Menudo país.

Unas semanas más tarde, El Hadj Abou Moustapha Ibn Khaliloulah «Al Qayyum» falleció. Sus funerales fueron grandiosos. Por supuesto, Mohammadou Abdallah se convirtió en el legítimo nuevo imán.

11

Recordaba perfectamente todos los «hechos abominables» a los que «Al Qayyum» se había referido en su último sermón. Todos habían sucedido en el espacio de unos pocos meses, formando una serie de escándalos en torno a la homosexualidad.

El primero tuvo lugar el 4 de marzo del año anterior. Ese día, los jóvenes de un barrio residencial de Dakar sorprendieron a un grupo de hombres que celebraban una boda. Varios de ellos, vestidos como príncipes, entraron uno detrás de otro en un hermoso edificio. Ese extraño desfile intrigó a los jóvenes, especialmente porque habían entrado con una mezcla de prisa y nerviosismo, como si temieran ser vistos. La idea de que fuesen homosexuales germinó de inmediato en la mente de los ciudadanos. Los jóvenes esperaron hasta la noche para irrumpir por sorpresa en el apartamento donde habían entrado aquellas personas tan emperifolladas. Y, según sus testimonios, se encontraron a catorce hombres celebrando una unión. Los jóvenes no tuvieron el reflejo de llamar a la policía de inmediato. Impulsados por la indignación y el asco, apalizaron a todos los presentes. Uno de los supuestos recién casados perdió un ojo. Su consorte saltó por la ventana para escapar al linchamiento y acabó con dos piernas rotas (el apartamento estaba en la cuarta planta), pero el desgraciado no sabía que, abajo, un segundo grupo de jóvenes hacía guardia por si los homosexuales intentaban escapar del edificio. El herido fue brutalmente apaleado y a sus dos fracturas de piernas se sumaron cuatro costillas rotas y perdió siete dientes. El resto de invitados a la boda resultaron heridos de mayor o menor gravedad. Uno de ellos quedó en coma. Los restantes fueron juzgados y condenados a cinco años de cárcel más una multa de un millón quinientos mil francos cada uno por «acto impúdico, acto contra natura y asociación de maleantes».

Poco más de un mes después, otro escándalo siguió al matrimonio de los *góor-jigéen*. El 13 de abril, un internauta informó a la prensa de la presencia, en un sitio web pornográfico, de un vídeo en el que dos lesbianas senegalesas se lamían el coño mutuamente salpicando sus retozos con expresiones salaces en wólof, el idioma nacional del país. El internauta afirmó haber descubierto el vídeo por casualidad, cómo no. Sin embargo, se volvió viral. Y como las dos mujeres habían tenido

la brillante idea de mostrar sus caras, se inició una caza en toda regla. *Dead or alive*. Se puso precio a sus cabezas. Algunas asociaciones religiosas prometieron recompensas a cualquiera que identificara o ayudase a identificar a las dos malditas bolleras. Hubo denuncias masivas y a menudo falsas. Muchos afirmaron conocer a alguien que conocía a alguien que había sido novio de la hermana mayor de una de las chicas. Se multiplicaron los arrestos arbitrarios. Y si una mujer tenía el mal gusto de parecerse a una de las acusadas, su vida se convertía en un infierno. Tuvieron lugar malentendidos lamentables. Una decena de sosias de las dos pecadoras terminaron entre rejas o en camas de hospital. Nunca se encontró a las dos chicas del vídeo. Se supo, tras unas semanas de caza de brujas, que habían encontrado la manera de escapar del país tan pronto supieron que su vídeo había sido visto «por casualidad» por un internauta inocente.

El 29 de mayo, una foto de un joven cantante famoso, nueva estrella de la música, amante de la moda y el estilo, lo mostraba sosteniendo en la mano un bolso de una gran marca, muy chic, que solo tenía la desgracia de parecerse a un bolso de mujer. No hizo falta nada más para que el escándalo saltara al candelero. A los debates banales sobre el género del bolso (¿femenino?, ¿masculino?, ¿neutro?, ¿transgénero?) pronto les siguió una terrible sospecha: ¿y si el cantante –muy guapo, por cierto, el favorito de todas las jóvenes del país– era homosexual? Se empezaron a desmenuzar las letras de todas sus canciones en busca de un mensaje subliminal, una pista oculta que confirmara la tesis de su *góorjigéenidad*. Sus poses fueron analizadas por los expertos. El asunto devino una cuestión política. Algunas personalidades se pronunciaron. Su esposa (porque estaba casado) concedió una entrevista en televisión, donde aseguró que su marido estaba en plena posesión de su virilidad, que era todo un macho, un semental, con un par de buenos cojones y dieciocho centímetros largos de bronce fundido entre las piernas. Pero eso no bastó para calmar las suspicacias. Hubo marchas, manifestaciones. Se reclamaba la verdad sobre el asunto del bolso. Acusaban al cantante de ser demasiado afeminado como para ser honrado. Este, que se encontraba en plena gira cuando estalló el escándalo, se vio obligado a suspenderla y regresar a casa a toda prisa. Tenía que dar explicaciones. Lo hizo en la tele, en una emisión especial que batió todos los récords de audiencia. Aquella noche, el cantante juró sobre un Corán colocado a tal efecto que no era homosexual y que no le deseaba aquella maldición a nadie. Luego, para concluir el debate, quemó simbólicamente ante un millón de telespectadores el bolso de la discordia. Ese gesto constituyó una especie de sacrificio por medio del cual se evacuó, se exorcizó y se

expió toda la violencia generada por aquella historia.

Luego hubo una ligera calma que duró unos meses, pero el 18 de septiembre una revista sensacionalista reveló, respaldándolo con fotos, que el editorialista más popular del país había sido sorprendido en su oficina embistiendo a un jovencito de catorce años que vivía en la calle. Se envió de inmediato al periodista a la cárcel, pero lo que más impactó a la opinión pública no fue tanto el crimen del pedófilo como la culpa del pederasta (hubo un tiempo en que estos dos términos designaban la misma cosa, pero dejémoslo ahí...). Que hubiese forzado, ya fuera por corrupción o con argucias, a un menor necesitado a acostarse con él era grave, pero tenía un pase: a fin de cuentas, se esperaba que los cuerpos de estos jóvenes *talibés*[12] que vagaban por las calles del país sin domicilio fijo, desamparados, sirviesen para algo. Por otro lado, haber tenido relaciones sexuales con un hombre... eso era imperdonable. Parecía que se consideraba que la víctima era un hombre antes de darse cuenta de que ese hombre era un niño. Arrastrado por el fango después de haberlo puesto en un pedestal, abandonado por todos sus amigos, ídolo caído, el periodista murió como un perro en su celda, de enfermedad, de soledad, de vergüenza y de desesperación. Se aguardó a que muriese para deplorar la pérdida de un espíritu agudo y brillante que había cometido errores. Se habló poco del niño cuya vida había sido destruida.

Finalmente, después de largos meses sin incidentes, cuando se empezaba a creer que la serie de escándalos había terminado, un joven escritor de moda que a mí no me gustaba (detestaba su estilo, demasiado clásico, cansino, a veces afectado, y no me agradaba su personalidad, con su arrogancia y su pretensión disimuladas tras una falsa humildad y una serenidad calculada) publicó una novela donde aparecía un hombre atormentado por un deseo homosexual emergente. La crítica literaria masacró el libro, que consideraba malo (lo era), vulgar y, sobre todo, moralmente peligroso. El joven escritor intentó explicar que no defendía a los homosexuales, sino que buscaba analizar lo que sucedía en sus mentes y en sus cuerpos. Afirmó que lo único que le importaba era la experiencia literaria y lo que esta le permitía comprender de la humanidad. Proclamó a los cuatro vientos que se trataba de una novela, de ficción, de Literatura y no de una verdad factual. Insistió en repetir que el «yo» del narrador no era su «yo» autor. A pesar de sus esfuerzos y de lo dicho, no le creyeron. Fue acusado no solo de estar a sueldo de lobbies occidentales que le habrían pagado generosamente para que defendiese a los *góor-jigéen*, sino que también se afirmó que él mismo era un homosexual notorio

(hay que decir que tenía algo de pluma) que pretendía corromper a la juventud con sus libros, por otra parte mediocres. Se cebaron con él. El joven escritor quedó destrozado. Escribió un librito, muy íntimo, donde explicaba que sabía desde siempre que viviría y moriría a través de la literatura; luego, unos días después de la publicación de ese pequeño libro, se suicidó. Al igual, por cierto, que el héroe de la novela que le valió aquellas críticas y acusaciones. Para algunos, esta similitud entre el destino del autor y el de su personaje homosexual respaldaba la teoría de la pederastia del joven escritor. Lo trágico es que incluso este último librito, que el joven novelista tal vez había querido que fuera grave y hermoso, me pareció bastante mediocre e innecesariamente grandilocuente.

Desde ese último incidente, no había vuelto a oír nada notable sobre los homosexuales hasta la aparición del vídeo del hombre desenterrado.

12

Angela tenía razón: Samba Awa Niang era un caso aparte en este país. Una excepción. En un país mayoritariamente musulmán, donde los homosexuales eran excluidos de la vida social –y hasta de la vida en general, en alguna ocasión–, no entendía cómo se toleraba e incluso apreciaba a Samba Awa Niang, cuando todo el mundo sabía que era un *góor-jigéen*. Samba Awa era el ejemplo improbable y, no obstante, tangible entre el motivo más poderoso de la aversión popular y la realidad más evidente de la adoración pública. Concentraba en su persona lo que los senegaleses más apreciaban: esos seres pintorescos, parangones del folclore local; y lo que sin duda más los horrorizaba: los *góor-jigéen*. No alcanzaba a comprender cómo era posible esta mezcla y eso me intrigaba.

Yo mismo había acabado por aceptar a Samba Awa como *góor-jigéen*. Había acabado incluyéndolo en el paisaje y en la normalidad. Estaba ahí, sin más: era una figura familiar. De hecho, hasta donde guardaba memoria, siempre lo había conocido así: cargando por un lado con su reputación de homosexual (que, en cualquiera caso, no se molestaba en desmentir), y por otro lado envuelto en un aura de cierta gloria pública. Incluso se podía pensar que era su homosexualidad lo que le había proporcionado tal éxito.

Estaba muy contento de que Angela me hubiera dado la oportunidad de conocerlo. Tenía muchas preguntas que hacerle.

Sabía que Samba Awa Niang no era más que un rumor: no se sabía nada sobre él, pero todo el mundo creía saberlo casi todo. Hay que decir que el propio Samba Awa parecía experimentar un secreto placer dejando circular los chismes de los que era objeto e incluso alimentándolos. Los amantes famosos que se le atribuían, los favores de los que se decía que disfrutaba en las altas esferas (he oído decir aquí y allá que estaba bajo la protección del embajador de una gran potencia occidental), las calaveradas libertinas que protagonizaba, los escándalos que le venían a uno a la cabeza solo con mencionar su nombre (se ve que un día lo sorprendieron en la cama de una alta autoridad espiritual del país); todos estos cuentos no provocaban ninguna respuesta por su parte: ni confirmaba ni desmentía. El rumor continuaba corriendo a grandes zancadas. Samba Awa lo usaba como una carta a su favor y cultivaba tanto la discreción en su vida privada

como la exuberancia en su imagen pública.

De todos modos, a los senegaleses les importaba poco este desfase entre la vida privada y la pública. Para ellos, estos dos ámbitos no estaban separados. Lo que sabían con certeza sobre Samba Awa –que animaba con talento los *tàanbéer*,[13] *sabar*, giras y otros saraos folclóricos, y que tenía una escandalosa reputación de homosexual– les bastaba. Si se comportaba como homosexual a ojos de todos, sin duda era homosexual en privado, ya que, aquí, un hombre solo hace lo que es.

Esto producía el siguiente efecto: por más que cada cual pudiese contarme anécdotas sobre él oídas por boca de otro, nadie sabía realmente quién era Samba Awa en cuanto se salía de los círculos de baile. A fin de cuentas, ¿para qué? No era más que un homosexual: viviría como vivían los homosexuales.

La dirección que me dio Angela estaba en el barrio del Plateau. Me presenté allí un domingo por la noche, como me recomendó ella.

Ambiente sereno. Luces suaves y atenuadas. Siluetas de parejas, de grupos de amigos, de solitarios. Suaves acordes de una kora invisible en el aire. Susurros elegantes. Después de dar una vuelta por la sala (no vi a Samba Awa), me senté en una mesa, en un rincón cerca de la entrada, y pedí algo de beber. Samba Awa Niang entró una hora después. Al principio me costó reconocerlo, ya que no se parecía en nada al hombre que, unas semanas antes, enfundado en un vestido, organizaba un concurso de baile obsceno. Pero al observarlo durante un buen rato –por suerte se sentó en una mesa cercana y pude, a pesar de la mala iluminación, ver su rostro con detalle–, acabé por reconocer sus auténticos rasgos detrás del maquillaje que lucía durante sus actuaciones. Su atuendo era elegante, casi noble: llevaba un imponente caftán blanco de tres piezas confeccionado con una rica tela que susurraba a cada gesto que hacía.

Le habían traído un platito sin siquiera tomarle nota: era cliente habitual de aquel bar. Lo seguí observando mucho rato. Sus gestos eran lentos pero precisos, sin brusquedad. En cuanto a su rostro, era uno de los más tristes que había visto en mi vida. Tenía ante mí la estampa de una melancolía elegante y solitaria, que contrastaba violentamente con el recuerdo del *sabar*.

–Me llevas mirando desde que he llegado, muchacho. ¿Puedo ayudarte en algo?

No me había dado cuenta, fascinado por la profundidad de sus rasgos, de que me estaba observando. Confundido, guardé silencio.

–Es evidente –continuó Samba Awa– que me has reconocido. Sí, soy

Samba Awa Niang. Puedes venir a sentarte aquí si quieres –me dijo señalando la silla que tenía delante.

La propuesta me sorprendió al principio, y luego me asustó. Me quedé perplejo unos segundos, sin saber si debía aceptar su invitación, que era una oportunidad inesperada de hablar con él, o declinarla y marcharme.

–No te preocupes –dijo Samba Awa con un tono grave y serio, como si adivinase mi inquietud–, no te voy a meter en mi cama…

El alivio debió reflejarse en mi expresión.

–…, por lo menos esta noche –terminó.

Sonrió por primera vez. No era la sonrisa traviesa y magnífica que la multitud exigía a su dios durante los *sabar*. Era, por el contrario, la sonrisa de un hombre cansado que ya no estaba acostumbrado a esbozarla. En eso, resultaba conmovedor. Me levanté y me senté a su mesa.

Desde más cerca, la cara de Samba Awa Niang me fascinó aún más; un rostro envejecido, marcado, donde reposaba el sufrimiento en toda su nobleza, su silenciosa nobleza.

–¿Eres periodista?

–No –respondí.

–Mejor así.

Se calló. La kora seguía sonando para los seis o siete clientes que quedaban en el bar, incluidos nosotros.

–No soy periodista. Pero he venido buscándolo para hacerle unas preguntas. Soy amigo de Angela… Angela Green-Diop.

–Ah, mi querida amiga… Entonces eres digno de confianza, supongo.

–Pero entendería perfectamente que no tuviera ganas de hablar conmigo.

Ahora fue Samba Awa quien me miró con detenimiento. Una extraña expresión se leía en su rostro; no era desconfianza ni sorna, más bien una forma de curiosidad agradecida, como si yo fuese la primera persona en mucho tiempo en acercarme a él con semejante candor.

–Me caes bien, tú –dijo lentamente tras unos instantes–. A lo mejor al final sí te llevo a la cama esta noche.

Esta vez fui yo quien sonrió. Me encontraba extrañamente relajado. Una pareja salió del bar. Samba Awa guardaba silencio, como sumido en la música. Sin embargo, sabía que estaba esperando a que yo hablase y que solo la delicadeza le impedía preguntarme qué quería exactamente. Me lancé:

–Hace unas semanas asistí a un *sabar*. Hubo un concurso de sillas –

comencé, sin saber muy bien por qué traía aquello a colación–. Usted estuvo fenomenal. La multitud quedó conquistada.

–Gracias, me limité a hacer mi trabajo.

–Me gustaría saber –proseguí, titubeando ligeramente–, me gustaría saber por qué todo el mundo le quiere tanto...

–Quizá porque hago bien mi trabajo, supongo.

–Sí, es cierto, pero... –Me callé un momento mientras buscaba las palabras–. Es cierto que hace su trabajo de manera formidable, pero me refiero a por qué le quieren tanto a pesar de que todo el mundo sabe que usted..., en fin, que...

No supe cómo terminar. Me frenaba, más que el temor, el respeto, una compasión que sentía de repente por aquel hombre.

–..., a pesar de que soy homosexual –concluyó en voz baja.

No respondí, con un nudo en la garganta. Samba Awa entendió sin duda que ese silencio quería decir sí.

Bajó la cabeza durante unos instantes. Temí haberlo ofendido, pero, justo cuando iba a disculparme, se enderezó y me miró a los ojos.

–No soy homosexual. Jamás en mi vida he tenido relaciones sexuales con un hombre. Estuve casado con una mujer, ahora estoy divorciado; tengo dos hijos. –No dejé traslucir mi estupor. Samba Awa prosiguió–: Cuesta de creer, sin duda. Samba Awa Niang, el homosexual más famoso del país, no lo es en realidad y tiene hijos... No obstante, es la pura verdad. No soy homosexual. Soy un travesti... Conozco todas esas palabras, tuve que leer cosas cuando entendí lo que me estaba pasando. Tengo un máster en sociología de la sexualidad.

Abrí unos ojos como platos.

–Sí, hice mis estudios, pero los dejé hace mucho tiempo para convertirme en el Samba Awa Niang que todos conocen hoy. Conozco todos los términos sobre sexualidad. Pero todo ese lenguaje técnico no sirve de nada en este país.

Me quedé en silencio, abrumado por la incomprensión. Samba Awa continuó con sus explicaciones. Hablaba despacio, pronunciando cada sílaba con gran claridad. Noté que dicha claridad no reflejaba una calma interna, sino una profunda angustia que solo lograba contener imponiéndose un gran autocontrol. Era evidente que hablar de todo aquello le causaba sufrimiento.

–La palabra *góor-jigéen* es problemática. Significa hombre-mujer, como ya sabes. Pero ¿qué es un hombre-mujer? Nada y todo al mismo tiempo. En la palabra *góor-jigéen* se incluye cualquier identidad sexual que no sea heterosexual. Así que me llaman *góor-jigéen*, como se denomina aquí a los homosexuales, a los transexuales, a los

bisexuales, a los hermafroditas e incluso a los hombres un poco afeminados o a las personas de apariencia andrógina. Soy un *góor-jigéen* por exceso e imprecisión del lenguaje al mismo tiempo. Aquí, cuando no eres heterosexual, eres *góor-jigéen*. No hay sitio para el resto, para todos los demás tipos de sexualidad que, sin embargo, viven muchos hombres y mujeres. Conozco a muchos.

–¿Y eso le preocupa?

–Mañana me pueden matar por lo que no soy pero creen que soy por culpa de una palabra o un rumor. De modo que sí: me preocupa un poco. Pero cada vez me da menos miedo la muerte. Muchas personas que conocí murieron porque las acusaban de ser *góor-jigéen*, aunque solo fueran un poco afeminadas. Sexualmente, no soy homosexual.

–Pero… –empecé.

–Sí –me interrumpió de inmediato–. Supongo que no estoy respondiendo a tu pregunta. ¿Por qué me quieren si la opinión pública me ve como homosexual? –Hizo una pausa y respiró profundamente–. En el fondo no sé qué debo responderte. No lo sé. Para serte sincero, cada vez que participo en un *sabar* u otra cosa, sé que podría morir allí. Bastaría con que olvidasen por un momento que soy el alma de la fiesta, bastaría con que dejase de cautivar a los espectadores para que me atacasen y me mataran. Mi vida no vale nada. La arriesgo en cada aparición pública. Cada salida podría ser la última. Por eso intento hacer bien mi trabajo. Me esfuerzo. Le echo trabajo a mis *taasu*, a mi apariencia, a mis pelucas y a las coreografías. Todo está estudiado al detalle. A lo mejor es eso lo que me mantiene con vida. Hay otra cosa: mis actuaciones son un juego, me pongo en escena, en cierto modo. Juego a ser otro, un personaje: ese es el principio mismo del travestismo. Los espectadores creen que estoy actuando, cosa que les hace olvidar que soy un *góor-jigéen*. Igual piensan que exagero el personaje. Creo que eso también me protege. Nunca aparezco como *góor-jigéen*, sino como personaje *góor-jigéen*. Sin embargo, es posible que un día se rompa la ilusión. Se descubrirá la verdad. No se puede ocultar nada a la inquisición social. Ese día, la multitud reclamará mi cabeza, y la tendrá.

Samba Awa se calló. Yo permanecí en silencio, incapaz de contener mi mente que, después de aquella diatriba, estallaba en mil y una preguntas. Ahora éramos los únicos clientes; la kora había enmudecido sin que me diese cuenta; una camarera limpiaba una mesa un poco más lejos. Tenía mi respuesta, pero a su vez me planteaba varias preguntas.

–Entonces, ¿los rumores son falsos?

Esta patética pregunta fue la única que pude formular entre todas las que me quemaban los labios. Samba Awa Niang esbozó una sonrisa, menos triste.

–Todos –dijo–. Excepto el que concierne a la alta autoridad moral, aunque se exagere.

–¿Ese es cierto? –pregunté sin poder ocultar la avidez de chismes que se apoderaba de mí.

–No es la primera vez, sí. Nos encontramos aquí mismo: él necesitaba desahogarse porque experimentaba impulsos de travestismo y temía ser rechazado si cedía ante ellos, sobre todo en el entorno en el que se movía. Vino a verme por propia iniciativa y yo le di consejo. Por desgracia para él, ese día había mucha gente y algunos nos reconocieron. De ahí surgió ese rumor. Todos los demás son falsos, nunca he tenido relaciones con hombres. De hecho, me divierte constatar, cada vez que se acercan las elecciones, cómo los políticos intentan desacreditar a sus adversarios acusándolos de haber tenido relaciones conmigo. Según eso, he tratado con todos los miembros del gobierno y casi todos los de la oposición. Debo decir que este rumor me concede muy poca moral y convicciones políticas...

–Pero –intervine yo de nuevo– usted me ha dicho que estuvo casado y que tiene hijos...

–Sí. Viven con su madre.

–¿Los ve usted?

–Ya no. No les puedo imponer la vergüenza de mi reputación. Ni siquiera estoy seguro de que me quisieran como padre aunque solo sea travesti. Eso fue lo que empujó a su madre a dejarme... Cada mes les envío dinero. Es el único vínculo que he mantenido con ellos. No quiero volver a verlos, ni siquiera en secreto. Eso me aniquilaría, aunque me muero de ganas.

A pesar del temblor en la voz, su rostro mantenía una estoica y perfecta dignidad.

–No te apenes por mi destino, mi joven amigo. Hay destinos más trágicos. ¿Has visto el vídeo de ese hombre, supuestamente homosexual, que desenterraron? Algunos ni siquiera tienen la oportunidad de elegir, y mucho menos de asumirlo. Yo decidí continuar travistiéndome cuando mi esposa me obligó a elegir: el travestismo o la familia.

–Pero, a ver, ¿por qué eligió travestirse?

–No sé decirte por qué me travestí la primera vez. Lo llevo dentro, es una necesidad, el único momento en el que me siento vivo. Es mi libertad. Puede matarme, sin duda me matará algún día, pero es mi libertad. Lo mío no es un caso aislado. Hay muchas personas que

sufren mucho más, en la sombra.

En aquel momento la camarera se acercó a nosotros. El bar cerraba.

Fuera refrescaba. Caminamos juntos en silencio durante unos minutos. Luego, Samba Awa Niang me estrechó la mano con un sobrio gracias. Se fue sin siquiera preguntarme el nombre, el semblante siempre melancólico. Tal vez nunca vuelva a hablar con él. Simplemente, en el próximo *sabar* que anime, estaré ahí, anónimo entre la multitud, y lo veré arriesgar su vida iluminando la de los demás. Tampoco quiero escuchar el relato de su infancia. No tenía ganas de buscar una razón para su travestismo; ni de reflexionar sobre su soledad y su tristeza. Ya sufría bastante sin que yo viniese a echar leña al fuego. Y, además, yo también necesitaba un Samba Awa imaginado, desconocido, pero al que estuviese convencido de conocer. Elijo imaginarlo sin máscara y feliz.

13

Unos días después, Angela contactó conmigo como me había prometido para que visitásemos a la familia del hombre desenterrado. Estuve a punto de anularlo en el último momento. Pero cambié de opinión. Hacía demasiado tiempo que aquel vídeo me obsesionaba. Al descubrir la identidad de aquel hombre por fin tendría la oportunidad de encontrar un poco de paz interior. Además, Angela había hecho todo lo que estaba en su mano para posibilitar el encuentro. Tenía que acudir.

En el camino, en el coche de Angela, hablamos largamente sobre mi encuentro con Samba Awa. Luego, me quedé en silencio.

–Estás absorto en tus pensamientos...

–Sí, un poco.

–*And what are you thinking about?*

–En nada en concreto... En mis clases...

Angela sonrió.

–¿Qué pasa? –dije yo.

–Está clarísimo que mientes. No estás pensando en tus clases. *You are fucking scared*. Tienes miedo.

–¿Miedo? ¿De qué? ¿De quién?

–Ah, eso dímelo tú. Esta visita te da miedo. Tienes miedo de descubrir algo que temes, o de no encontrar algo que esperas.

–No entiendo, Angela.

–*Well, I don't know if I get it myself...* Quería decir una frase misteriosa, *I guess.* –Dejó pasar un tiempo antes de continuar–: *Tell me*, ¿por qué haces esto?

–¿El qué?

–*All dat shit*. Todo esto. ¿Por qué te interesa tanto ese hombre desenterrado? ¿Por qué quieres saber quién era a toda costa? Rama me dijo que hace poco te era completamente indiferente. *You didn't give a single fuck. And now*, vas camino de su casa. *Man...* ¿Qué pasó entre una cosa y otra? *What happened?*

Claro, esa era la pregunta fundamental, la que aún no me atrevía a afrontar. La única pregunta válida. ¿Qué había sucedido en mí para que me interesase por el destino de un homosexual desconocido sacado de su tumba? No estaba seguro de saberlo realmente. Ni siquiera podía usar el argumento de la violencia que sufrían los

homosexuales, ya que no era un descubrimiento que estuviese haciendo: esa violencia la había ejercido yo mismo, en ocasiones, verbal o simbólicamente. Hasta hace poco era como la mayoría de los senegaleses: odiaba a los homosexuales, me causaban un poco de vergüenza. Hablando claro: me repugnaban. Tal vez seguía siendo así. Porque, a fin de cuentas, ese asco estaba tan profundamente arraigado en mí que era posible que sus raíces y mi cordón umbilical se enmarañasen en el vientre de mi madre. Pero de una cosa estaba seguro: aunque los homosexuales todavía me repugnasen, ahora me resultaba imposible negar, como podría haber hecho e hice en el pasado, que eran hombres. Lo eran. Pertenecían por derecho propio a la humanidad por una simple razón: formaban parte de la historia de la violencia humana. Siempre he pensado que la humanidad de un hombre no puede ponerse en duda tan pronto como entra en el circuito de la violencia, ya sea como verdugo o como víctima, como cazador o como cazado, como asesino o como presa. Los homosexuales son hombres como los demás no porque tengan una familia, sentimientos, penas, profesiones, en resumen, una vida normal con su dosis de pequeñas alegrías y pequeñas miserias, sino porque también están solos y son tan frágiles y tan ridículos como todos los hombres ante la fatalidad de la violencia humana. Son hombres en toda la extensión de la palabra porque, en el momento menos pensado, la estupidez humana puede matarlos, someterlos a la violencia amparándose en una de las numerosas máscaras depravadas que usa para expresarse: cultura, religión, poder, riqueza, gloria... Los homosexuales son solidarios con la humanidad porque la humanidad puede matarlos o excluirlos. Se nos olvida con demasiada frecuencia, o no queremos recordarlo: estamos ligados a la violencia, unidos por ella los unos a los otros, capaces en cualquier momento de cometerla, susceptibles en cualquier momento de sufrirla. Y es también en virtud de este pacto con la violencia metafísica que cada uno lleva consigo, es en virtud de este pacto, tanto como en virtud de cualquier otro, que somos prójimo, que somos semejantes, que somos hombres. Creo en la fraternidad a través del amor. También creo en la fraternidad a través de la violencia.

Al *góor-jigéen* del vídeo lo desenterraron porque ensuciaba un suelo sagrado. Lo habían exhumado en nombre de la pureza. Una pureza que no solo correspondía preservar en el cementerio, sino también en las almas de todos los hombres que lo desenterraban o presenciaban la exhumación. Y todas las personas que habían visto el vídeo y que no querían saber nada de la homosexualidad se habían purificado de manera indirecta. Yo también me sentí purificado la primera vez que

vi el vídeo. Pero algo había cambiado desde entonces: la idea de que dicha purificación había requerido la profanación, por medio de la violencia, del cuerpo de otro hombre me llenaba de vergüenza. Era esa vergüenza la que buscaba expiar. Quizá...

–No dices nada –observó Angela–. ¿De verdad que no lo sabes?

–No, Angela. Solo quiero conocer el nombre de esa persona y su rostro.

–Enseguida. Hemos llegado.

Ahí me di cuenta de que estábamos en un barrio cercano al de Adja Mbène y mi padre. Angela aparcó frente a una casa con las paredes medio derruidas y ya sin puerta. Dentro, un pequeño patio limpio en el centro del cual se alzaba un gran árbol no disimulaba la miseria del lugar. Ya solo quedaba un edificio en pie, a pesar de las profundas grietas y la pintura viejísima de las paredes. Angela llamó a la puerta de aquella casucha. Una voz débil salió de sus profundidades, como un grito de auxilio desde un pozo lejano.

No fui capaz de mirarla más de unos segundos seguidos. Cada vez que cruzábamos miradas, el dolor que veía me resultaba insoportable. No solo había dejado huella en sus ojos, sino también en cada rasgo de su rostro, en cada expresión, en cada gesto de su cuerpo. Antes de verla allí, en su cama, en aquel dormitorio miserable y vacío, nunca habría creído que un cuerpo humano pudiese llevar encima, como si de un hábito negro se tratase, tanto dolor. Bastaba verla para comprender que sufría la pena más sagrada que existe.

Era una mujer abandonada, desgastada, ni siquiera vieja, ya que el tiempo resbalaba sobre ella, perdida en un mundo cuyo significado se le había escapado, escapado para siempre. Cuando entramos en la habitación, estaba así, congelada en algo que ni siquiera era sufrimiento, descalza. Nos pidió que nos sentáramos en una estera frente a la cama, contra una pared, y se disculpó por no tener nada que ofrecernos. Acto seguido, se sumió en un mutismo que no nos atrevíamos a romper. De aquel pozo de silencio, solo ella conocía el fondo seco, donde no hay más que soledad, sed y deseo de morir. Un duelo es un laberinto; y en el corazón de ese laberinto se agazapa el Monstruo, el minotauro: el ser perdido. Nos sonríe; nos llama; queremos abrazarlo. Es imposible, a menos que uno esté dispuesto a morir. Solo un muerto sabe abrazar a otro muerto; solo una sombra sabe besar a otra. En el corazón del laberinto, el minotauro no es más que una sombra, un fantasma, pero un fantasma tan hermoso, tan real, tan sonriente que casi nos convence de unirnos a él, prometiéndonos poner fin a la pena que nos corroe si lo seguimos, si nos dejamos

morir. Es ahí donde hay que luchar, no solo contra ese minotauro cuyos cuernos de viento pueden destrozarnos, sino, sobre todo, contra uno mismo, contra la tentación del suicidio. Esto para nada significa que debamos apresurarnos a regresar a la superficie, al encuentro del sol alegre. También debemos luchar contra la esperanza de una felicidad inmediatamente posible, impulsados por la orden terminante de subir la pendiente, *porque la vida sigue*. ¡A tomar por saco! No hay ninguna absolución deseable, ninguna vida que mantener. Negarnos a aceptar la muerte de los seres a los que hemos perdido es el monumento más hermoso y duradero que podemos erigirles. Habitar su dolor, luchar, una vez más, no contra el sufrimiento –ya que nunca dejamos de sufrir por los seres queridos y perdidos–, sino para alcanzar, a través de dicho sufrimiento, el estado que solo su ausencia puede generar, el estado al cual, cuando vivían, no podíamos acceder, ya que aún no pertenecían al tiempo de las sombras: la entrega absoluta de nuestra memoria a su recuerdo. La ascesis de la memoria es la única forma de luchar, la única forma de *re-conocer* al ser perdido al vivir en su compañía de sombra. Pasar el duelo por alguien no es deprimirse en una aflicción estéril, autotélica; no, pasar el duelo por alguien es intentar transformar nuestro propio dolor en un medio de conocimiento, en una vía para reconstruir en nosotros el mundo del difunto, reedificarlo como un templo o un palacio, y luego recorrer los pasillos perdidos, los pasadizos ocultos, las estancias secretas, para descubrir verdades que pasamos por alto cuando vivía. Un solo ser falta, y todo está repoblado: así debería ser la moral del duelo; así debería ser el corazón de la soledad de los supervivientes...

Esta mujer en su cama, como quedaba claro, luchaba en el fondo de su pozo. Yo no podía hacer nada para ayudarla.

Pasado un buen rato, salió provisionalmente de su laberinto y me miró con fijeza. Sostuve su mirada como mejor pude. En su rostro vi también el de mi madre, el de Adja Mbène, el de todas las madres. Pero aquella mujer había perdido a su hijo, a quien le habían negado sepultura. Su voz resonó de repente, débil pero formidable en el silencio de la habitación.

–¿Cómo te llamas?

–Ndéné. Ndéné Gueye. *Siggi leen ndigalé*.

–Te saludo, Ndéné Gueye. *Siggil sa wàal*.[14] Angela me dijo que querías verme. ¿Por qué?

Solo podía responderle que no lo sabía, como había dicho un poco antes a Angela.

–Porque siento vergüenza de lo que le hicieron a su hijo.

La madre no respondió de inmediato. Pareció sopesar con paciencia

cada una de mis palabras, como si comprobase su autenticidad.

–¿Lo conocías? –acabó por preguntarme.

–No. Pero quiero conocerlo.

–Hablas de él como si aún estuviera en este mundo.

–Para mí, todavía está un poco vivo.

–Desengáñate, Ndéné Gueye. Está muerto. No se está un poco vivo. Está bien muerto y lo sé. Si estuviera vivo, tú no estarías aquí.

Guardé silencio, sin saber qué más decir.

–No sé si era homosexual o no –prosiguió ella–. Espero en lo más profundo de mí que no, porque soy musulmana y creo en Dios. Pero ¿qué importa, al final? Era mi hijo.

Descendió de nuevo a su pozo. Angela estaba al borde de las lágrimas y en cada silencio yo solo escuchaba su respiración rápida, entrecortada, como si estuviera luchando contra un llanto que, lo sabía, acabaría por estallar y vencerla.

–Era mi único hijo –continuó la madre–. Su padre murió cuando tenía tres años. Lo crié sola. Luché por él. Me humillé para sacarlo adelante. Iba a terminar la universidad este año. No sé si le gustaban los hombres o las mujeres, pero estaba orgullosa de él. Me ayudaba. Daba clases particulares para ganar un poco de dinero. Era un hijo ejemplar. Y un buen día, de la nada, ese rumor... Eso es lo que lo mató. Cayó enfermo de golpe, fulminantemente. Una enfermedad rápida, extraña, unos días después de las revelaciones de una amiga sobre los rumores que circulaban sobre él... No teníamos suficiente dinero para el hospital... El marabú dio una lista interminable de animales a sacrificar para que se curase... Salía más caro que el hospital. Y la gente... –Se le quebró la voz y cerró los ojos. Sin embargo, no derramó ni una lágrima. Ya debía de haberlas derramado todas–. La gente empezó a hablar de una enfermedad vergonzosa... Había adelgazado... Se susurraban nombres: sida, ETS... Yo no entendía nada. Se aludía a una enfermedad homosexual... El rumor creció. Su enfermedad añadió peso a las sospechas. Puesto que estaba enfermo, era un *góor-jigéen*. Desde ese momento, estaba muerto.

Angela ahogó un sollozo. La madre continuó con una voz cada vez más apagada y nerviosa:

–Lo mataron y luego me impidieron que lo enterrase. El rumor se había extendido. No tenía dinero para llevarlo a la morgue. Quería enterrarlo de inmediato. El imán se negó. Había oído el rumor. No tenía elección. No tenía a nadie. Le hice yo sola el baño mortuorio. Lavé a mi hijo muerto. Al día siguiente, el cadáver comenzó a oler mal. Hacía calor. El cuerpo se hinchaba. El olor de la muerte. El olor de mi hijo muerto. Dormí con él, con su cadáver, en la misma

habitación, justo aquí. Estaba tendido sobre esa estera, exactamente donde estás tú. –Señaló la estera con un dedo enjuto. Temblé, petrificado–. Sí, estaba ahí... Nadie quería enterrarlo. Lo estábamos matando por segunda vez. Pasaron dos días. El cadáver seguía aquí. Apestaba... Los gusanos..., las moscas..., todo eso en esta habitación. Aquí.

Señaló con el dedo hacia nosotros y repitió: «Aquí mismo». En ese momento, algo más se mezclaba con el dolor, una sombra inquietante, la de la demencia silenciosa. Esta mezcla deformaba sus rasgos en una expresión espantosa e inhumana. Continuó:

–En un día vendí mis joyas, mis prendas de valor y mis muebles. Luego propuse a dos hombres, dos sepultureros, que me ayudasen a enterrar a mi hijo a cambio de dinero. No pude ocultarles el motivo por el cual esta tarea debía ser clandestina. Aceptaron. El dinero lo palía todo, incluso el asco. Aceptaron. Vinieron con una carreta en plena noche. Cargaron el cuerpo que yo había envuelto en un sudario de percal y cubierto con una gran sábana oscura. Salimos. Tomamos desvíos, evitando en la medida de lo posible cruzarnos con alguien. Hay muchos jóvenes desempleados en este país, nunca duermen. ¿Qué pensaron de nosotros? Una vieja carreta tirada por un burro, en plena noche, transportando a dos hombres, una mujer y una forma que no podía dar lugar a confusiones. Parecíamos una compaña de malos espíritus. Salíamos del infierno o volvíamos a él. En el cementerio, los dos sepultureros encontraron un rincón un poco apartado de las demás tumbas. Cavaron rápidamente un agujero donde pusimos el cuerpo. Me dejaron unos minutos para meditar. Estaba tan removida que no pude pronunciar ni una palabra de oración. Miraba el cuerpo y lloraba. Tenía ganas de arrojarme a la tumba y pedirles a los dos hombres que me enterrasen con el cadáver de mi hijo. Me dijeron con malos modos que me apurase: bastante suerte había tenido de que aceptasen enterrar a alguien en aquellas condiciones. Me aparté del cuerpo, taparon la tumba, nos fuimos como ladrones en la noche. Volví aquí, lloré hasta el amanecer y me quedé dormida de agotamiento. Lo que me despertó...

Angela no pudo contener sus sollozos y salió de la habitación. Yo permanecí inmóvil.

–Lo que me despertó fueron los gritos de una multitud que se acercaba. Gritos de cólera..., insultos. Entendí. Me levanté, salí de la casa sin prisa. No tenía miedo. Ahí estaban... Rostros llenos de odio... Entre ellos y yo, el cuerpo: desenterrado, sucio, los gusanos, las heridas, las grandes moscas negras y verdes yendo y viniendo... El olor... Esperé en silencio a que la multitud me matase. Estaba lista.

Pero no me mataron. Una voz me dijo: «Te hemos visto esta noche. Ve a enterrar a tu *góor-jigéen* a otro sitio. En nuestro cementerio no. Entre los musulmanes no». Oí insultos: madre de perro..., puta..., perra maldita... Luego se largaron. Me dejaron sola, una vez más, con el cadáver en descomposición. –Se quedó en silencio durante tanto tiempo que pensé que no añadiría nada más. Pero de repente continuó–: Ya no tenía elección. Cogí una pala y lo enterré a plena luz del día. Aquí. Al pie del árbol, en medio del patio. Algunos, asomándose de puntillas por encima del muro, me vieron y saben que mi hijo está enterrado aquí. Desde entonces, la casa está maldita. Nadie se atreve a acercarse. Angela se presentó unos días después. Me dijo que trabajaba para personas que podían ayudarme. Quería llevarse el cuerpo, enterrarlo decentemente, pero era demasiado tarde. Tuvo un entierro digno, porque lo enterró su madre. Fui yo quien lo enterró.

Se calló. Esta vez sentí que ya no tenía más que decir. Nos quedamos así mucho rato, en el silencio de aquella pobre habitación. La sombra inquietante había abandonado el rostro de la madre. Solo quedaba una tristeza inmensa y sin remedio, así como la huella de algo infinito y obcecado, y que dudaba, por ser una palabra demasiado obvia, demasiado simple, demasiado manida, demasiado insuficiente, casi insultante para aquella mujer, si llamar valentía.

Angela y yo no intercambiamos palabra durante el camino de vuelta. No se podía añadir nada después del relato de la madre. Antes de marcharnos, fui al pie del árbol, donde la tumba estaba marcada solo por unas grandes piedras que delimitaban un espacio rectangular. Ningún nombre. Angela me dijo que la madre no sabía escribir. Le pregunté a la madre el nombre de su hijo. Amadou. ¿Tenía una foto? Metió la mano debajo de la almohada y sacó una, relativamente reciente.

El hombre distaba mucho de parecerse a la imagen arbitraria que me había formado de él. No era feo, sino todo lo contrario, lo encontré guapo, muy guapo, de rasgos delicados, casi femeninos, unos grandes ojos traviesos, los labios carnosos sonriendo tímidamente a la cámara, la frente ancha sin arrugas. También en su caso, aunque por razones diferentes al de su madre, daba la impresión de que el tiempo resbalaba sobre él...

Le pedí a Angela que me dejase en casa de Rama. No tenía ganas de quedarme solo después de aquello, solo con Amadou, con su rostro, con el relato de su madre. Angela no insistió en acompañarme. Sabía que necesitaba verme con Rama.

–No sé si ahora sabes por qué haces todo esto –me dijo al despedirse–, pero creo que la madre de Amadou es un buen motivo.

Sin contestar, fui a ver a Rama. Ella me abrazó tan pronto como me vio llegar, como si mi cara anunciase mi angustia. Lloré largamente entre sus brazos. No conocía a nadie que supiera, como ella, brindar la certeza de estar siendo escuchado, comprendido.

14

Unos días después volví a la casa de la madre de Amadou, esta vez solo. Ignoraba la razón concreta. Simplemente sentía, de manera confusa, que quedaba algo por hacer, una tarea misteriosa cuya ejecución solo atenuaría, ya que no podría borrarlo, aquel sentimiento de vergüenza que ya experimentaba antes de escuchar el relato de la anciana, y que, lejos de disiparlo, lo había exacerbado.

En la casa maldita nada había cambiado: el patio seguía desierto y solo las hojas del gran árbol en su centro se agitaban a veces, como para recordar que el lugar no estaba petrificado ni olvidado por la vida y el tiempo. A su sombra, la tumba de Amadou. Las grandes piedras. El espacio sagrado que delimitaban y que incluso los gatos salvajes parecían respetar, evitándolo con cuidado. Me acerqué y me quedé inmóvil un momento a su lado. No veía a la madre por ninguna parte. Fui a llamar a la puerta. Su voz débil me invitó a entrar.

Estaba acostada de lado, de espaldas a la puerta. Tuve la certeza, al verla así, de que no se había movido desde nuestra visita. Sin embargo, había tenido que levantarse, tenía que haber comido. Pero había algo en su actitud, en su voz, en la atmósfera de la habitación, que me aseguraba lo contrario. Estaba convencido: su cuerpo se había movido para cumplir con las exigencias de la supervivencia, pero su alma... Su alma había permanecido allí, inmóvil, para responder a las demandas de la verdadera vida. No había abandonado la habitación. Seguía en el fondo del pozo. Todavía estaba en el laberinto, viéndoselas con el minotauro.

–Soy yo, Ndéné Gueye. Vine hace algunos días con...

–Sabía que volverías. Siéntate. No tengo mucho que ofrecerte, discúlpame.

No se había vuelto; ni siquiera se había movido. Parecía que su voz no proviniese de su cuerpo, sino del aire, del tejido invisible de la habitación. Me senté en la estera y emprendimos nuestra marcha. No se cargaba de nada: ni de palabras, ni de gestos, ni de miradas, ni de ruidos; solo nuestros dos alientos, reducidos a su ínfima manifestación esencial. Trataba de ofrecerle algo que no fuese ni la afectada compunción que se puede sentir y mostrar a una madre en pleno luto –eso nunca es suficiente– ni el sentimiento presuntuoso de entender su dolor –eso siempre es ilusorio–, sino más bien otra dádiva, al mismo

tiempo más preciosa y más modesta que la compasión o la empatía: mi presencia, mi simple pero total presencia. Quería estar ahí, no solo para ella, sino con ella. Sabía que no podía acompañarla muy lejos: siempre terminamos solos en el laberinto. Pero antes necesitamos compañía. Eso es lo que intentaba ofrecerle. La verdadera disponibilidad es la que se debe a los muertos o a aquellos que los acompañan más allá de la tumba. Los vivos siempre piensan que son los muertos quienes los abandonan. Sin duda, esto es verdad en parte, pero rara vez se nos ocurre que también se puede interpretar a la inversa y que, en cierto modo, los vivos abandonan a los muertos. Los muertos también están solos. Hasta el final, necesitan que los acompañen, que formen cortejo. Quería estar en el cortejo de Amadou. No quería dejar a su madre como única caminante. Intentaba ofrecer mi disponibilidad y mi presencia a aquella mujer; intentaba seguir detrás de ella hasta donde fuese posible, hasta el límite donde tendría que detenerme de forma inevitable para dejarla, sola de verdad, con su hijo.

La noche nos sorprendió en mitad de esta marcha inmóvil y silenciosa. La habitación se había oscurecido tanto que ya solo veía la silueta inmóvil de la madre, cuya única señal de vida era la respiración imperceptible que le hacía elevar un costado. Al levantarme, interrumpí el diálogo silencioso:

–Me voy a ir.

–Gracias por venir.

–Me gustaría volver.

–Estás en tu casa.

Me fui. El crepúsculo anunciaba una noche fresca. Algunos pájaros aún se lanzaban en vuelos bruscos entre las hojas del gran árbol. Las piedras se habían fundido en la sombra; ya no las veía.

Volví al día siguiente. Esta vez tenía la cara vuelta hacia la puerta de entrada, como si me estuviese esperando. Nos saludamos, y luego me senté en mi lugar habitual sobre la estera. Ella se levantó, era la primera vez que la veía de pie, y salió. Me planteé seguirla y finalmente decidí quedarme en la habitación. Volvió al poco con un cuenco humeante de *laax*, una papilla de mijo rociada con leche cuajada.

–Hoy tengo algo que ofrecerte.

Le di las gracias y comí con apetito. Cuando terminé, se llevó el recipiente a la cocina y me dio una gran jarra de agua. Le di las gracias otra vez y le dije que el *laax* estaba muy bueno.

–Era su plato favorito.

Se volvió a acostar, con la cara hacia la pared. Sabía que era hora

de reanudar la marcha. ¿Cuánto tiempo duraría para esta mujer? Era una pregunta tonta; era evidente que nunca dejaría de caminar junto a su hijo. Pero ¿cuándo aceptaría aflojar el paso, seguirlo desde lejos, dejarlo crecer, volar con sus propias alas hacia la muerte? ¿Cuándo estaría lista para aceptar la idea de que el laberinto no es la única conclusión posible? No lo sabía. El tiempo del duelo no conoce normas, pero estaba convencido, no sé por qué, de que una madre que ve a su hijo abandonar el mundo lo vela al menos tanto tiempo como lo llevó antes de traerlo allí. Caía la noche. Iba a marcharme cuando ella se volvió hacia mí.

–No quiero que pienses que estoy tratando de hacer de ti un hijo sustituto, Ndéné. Eso sería demasiado fácil. Y más doloroso, a la larga. Pero te estoy agradecida de que hayas venido. Eres la única persona que se preocupa por él. En el caso de Angela, es parte de su trabajo... Pero tú... Te lo agradezco. También quería decirte que esta es la última vez que nos veremos hasta dentro de mucho. Mañana me voy a Touba, la ciudad santa. He decidido dedicarme por completo a la religión y al trabajo, ya que no tengo nada más. Uno de mis primos vive allí. Tiene campos donde trabajaré. Aquí, con mi hijo al lado, nunca recuperaré el gusto de vivir plenamente. Tengo que pedirte un favor. De vez en cuando, vuelve aquí a rezar en la tumba. Una última cosa, Ndéné: aún no sé realmente por qué viniste y luego volviste. No sé por qué te has encariñado tanto con mi hijo. O conmigo. Estás buscando algo. Tampoco sé si la respuesta está aquí. Aquí no hay nada. Espero que encuentres lo que buscas. Lo espero sinceramente.

15

Ya no enseñaba. Me habría gustado, pero era imposible: muy pocos alumnos se presentaban a mi clase. Al principio pensé que era por pereza y que simplemente se saltaban mi curso. Pero no era eso. Al final comprendí que lo estaban boicoteando. El motivo no era difícil de averiguar: mis comentarios sobre Verlaine.

El decano de la facultad no tardó en intervenir. Después de la tercera sesión que mis estudiantes ignoraron, me llamó a su oficina y me anunció que el ministerio había decidido suspenderme por un periodo aún indeterminado, debido a varias quejas que me acusaban de perversión e insubordinación. Podría interceder a mi favor para que se anulase mi suspensión con la única condición de que presentase disculpas por haber dicho que prohibir la enseñanza de Verlaine bajo el pretexto de su homosexualidad era estúpido. Le pregunté a quién debían dirigirse tales disculpas. El muy imbécil no percibió mi ironía y me respondió: ante los estudiantes y ante el ministerio (por él representado). Se apoderó de mí un ataque de risa que logré reprimir a duras penas.

Finalmente, pedí unos días al decano para redactar una carta de disculpas adecuada. Se mostró encantado: siempre había sabido que yo era un hombre inteligente, además de ser un excelente profesor. Atribuyó mi excentricidad sobre Verlaine a mi poco recorrido en la profesión. Incluso obtuve su promesa de que me defendería ante el ministerio, ya que conocía al ministro. Estos distinguidos señores decidirían mi destino, que dependería en gran medida de mi actitud y de mi capacidad para arrepentirme. Salí de su despacho. Obviamente, no tenía ninguna intención de disculparme ante nadie.

Aún no sabía qué iba a hacer. Llamé al señor Coly para ponerlo al corriente de los hechos. Me dijo que se temía lo peor y me pidió que fuera a verlo a su casa. Quería hablar conmigo.

–Mi mujer y mis hijos no están aquí –anunció mientras entrábamos en la casa–. Han ido a visitar a un pariente.

Pasamos a un amplio salón. El señor Coly me ofreció algo de beber.

–¿Qué piensa hacer? ¿Va a escribir esa carta de disculpas?

–No.

–A lo mejor le conviene, Ndéné. Tal vez... Yo le entiendo, pero su situación se deteriora a marchas forzadas. La suspensión no es nada... Son los rumores...

Levantó unos ojos preocupados.

–¿Rumores?

–Claro, igual usted no está al tanto. Siempre somos los últimos en enterarnos de los rumores que circulan sobre nosotros. Pero existen... A mí me han llegado. Los pasillos de la universidad son indiscretos. Para la facultad, tal vez para toda la universidad, es usted un activista pro gay abanderado de la poesía homosexual y que intentó imponerla en clase contra las directrices del ministerio. ¿Entiende lo que eso implica? Sí, lo entiende: significa que usted es gay. En otras palabras, ¡significa peligro! Se lo digo sin rodeos: pueden agredirle, incluso matarlo en cualquier momento. –Se masajeó la frente y murmuró, como para sí mismo–: Lo que está ocurriendo en torno a la homosexualidad en este país ahora mismo es aterrador. Esta violencia, esta tensión. Antes no era así...

–¿Qué quiere decir?

–Era distinto. Viví una época en la que los homosexuales eran diferentes. Esa es la palabra. Los homosexuales siempre han existido en Senegal, quienes dicen lo contrario son o demasiado jóvenes o lo afirman con mala fe o no han observado demasiado bien su cultura. Los homosexuales siempre han existido entre nosotros, pero se comportaban de otra manera. Nada en su vestimenta ni en su actitud indicaba que fuesen *góor-jigéen*. Sin embargo, todo el mundo lo sabía y lo aceptaba. Por entonces, no molestaban a nadie porque eran discretos, educados, respetables. Tenían un papel especial en la sociedad, que cumplían sin tratar de destacar innecesariamente, sin tratar de hacer notar en vano su singularidad. Todo el mundo lo sabía. Por lo general, vivían solos y contaban con el apoyo de su protectora y con lo que se les daba en las ceremonias para vivir. Esta discreción y la importancia de su papel en la dinámica social hacían que, aunque la homosexualidad estuviese prohibida en el islam, no se matase a los homosexuales ni se les encarcelara sistemáticamente. Había leyes, claro. Leyes antihomosexuales, como hoy, pero su aplicación era más compleja. Quienes evocan una era dorada en la que los homosexuales habrían sido perseguidos con más dureza y expulsados de la sociedad no saben de lo que hablan. Ese pasado que les produce nostalgia lo viví yo. Era lo contrario de lo que quieren creer y hacer creer.

–Y hoy en día...

–Hoy en día...

Desilusionado y triste, guardó silencio, absorto en una profunda

melancolía.

–Hoy en día –prosiguió por fin–, ya no es posible. Una minoría de *góor-jigéen* ha cambiado toda la percepción de los homosexuales. Para mal, por supuesto. Son vulgares, impúdicos, provocadores. ¡Se casan! ¡Casarse! Qué locura... La falta de discreción de esa pequeña minoría, su irresponsabilidad, hacen mucho daño a los demás, a la mayoría silenciosa de los homosexuales. La homosexualidad se ha vuelto vulgar. En cualquier caso, solo se ve esa parte. Como sucede a menudo, son un puñado de personas quienes dan una imagen falsa de la realidad y perjudican a la mayoría. Los demás senegaleses, la mayor parte heterosexual, se sienten agredidos. Moralmente. Religiosamente. Visualmente.

El reloj tocó las cinco de la tarde. El señor Coly me sirvió *bissap*.[15]

–Esa minoría insulta y deshonra la homosexualidad –insistió–. Una caricatura. Hacen mucho daño a los demás. Hoy en día, los homosexuales se ven obligados a esconderse, física y sobre todo socialmente. En las ceremonias, casi no se ven *góor-jigéen*. Muy pocos intentan ya desempeñar una función social.

No pude evitar pensar en Samba Awa.

–En su día –continuó el señor Coly, a quien nunca había visto tan hablador–, los homosexuales vivían solos. La sociedad los aceptaba tal y como eran. Hoy, para que no los maten o los linchen, adoptan coartadas sociales: se casan con personas del sexo opuesto, tienen hijos, trabajan en ámbitos que no levanten sospechas. Este fenómeno comenzó hace mucho tiempo. Hay muchos más homosexuales de lo que se cree, en este país. Simplemente tienen miedo. Miedo de ser confundidos con la minoría vulgar, la más ruidosa, miedo de ser asesinados. Hemos pasado de homosexuales socialmente útiles y discretos a maricones, con perdón, que solo se preocupan por su imagen. Los maricas han reemplazado a los *góor-jigéen*. Las palabras son importantes, en este caso. Una es cultural, y se refiere a una realidad social particular; la otra es una cuestión de provocación. Entiéndame: no digo que la homosexualidad sea algo bueno; de hecho, ni es buena ni es mala, simplemente es una cosa, un fenómeno que existe... Solo estoy diciendo que en este país existió de otra manera y que fue tolerada. Los homosexuales vulgares que son perseguidos no deberían quejarse de la ola de homofobia que se desata en el país. Ellos son los principales responsables.

–¿Cómo puede decir eso, señor Coly? ¿Ha visto el vídeo del hombre desenterrado? Se llamaba Amadou. Ni siquiera se sabe seguro que fuera homosexual. Esta violencia... Demos por bueno incluso que, como usted dice, los *góor-jigéen* de hoy en día sean vulgares. Vale. Aun

así, la vulgaridad nunca ha matado a nadie.

–No, es peor: hace que maten a otras personas que no tienen nada de qué avergonzarse.

Estas últimas palabras me sorprendieron. Su voz traicionaba cierta amargura. Parecía odiar profundamente a aquellos a quienes acusaba de haber deshonrado la homosexualidad. Estaba agitado.

–Voy a fumar un poco, si no le molesta. Mi esposa me prohibió hacerlo dentro de casa cuando tuvimos hijos. Pero bueno..., por esta vez... Gracias.

Con gestos febriles, llenó su pipa y la encendió. Con la primera calada, su inquietud se disipó. El señor Coly recuperó su sonrisa y su calma, aquella elegancia que me resultaba familiar. Me miró y me sonrió con benevolencia. Algunas caladas más parecieron acabar de tranquilizarlo y prosiguió como si nunca se hubiera detenido, pero bajando más la voz.

–Si los homosexuales de hoy en día son tan indecentes es por influencia del mundo de los blancos. Allí, los homosexuales se aman y se besan a la vista de todos. Pueden casarse legalmente. La realidad homosexual se reconoce y se muestra en manifestaciones, en películas. Y los homosexuales de aquí creen que pueden permitirse lo mismo, que pueden reclamar derechos similares, adoptar la misma actitud en público. Es un suicidio. Los blancos dan una imagen de la homosexualidad que hace fantasear a los de aquí, que desean imitar esa imagen. Pero es que no puede ser la misma aquí. Al menos, no todavía. En sus países, los occidentales salvan a los homosexuales; aquí, se les condena. No se dan cuenta de que las presiones que ejercen sobre nuestros gobiernos para la despenalización de la homosexualidad producen el efecto inverso: un aumento de la homofobia. No lo entienden...

–¿Le reprocha usted a Occidente su progreso en derechos de igualdad?

–Claro que no, pero le reprocho que pretenda que esos derechos fructifiquen aquí. Sé que ahora me hablará de república, de democracia, de igualdad... Lo sé... Pero me temo que la igualdad en la democracia es una quimera. Lo es incluso en Occidente, donde persisten las mayores desigualdades según origen, clase social, riqueza y religión. El camino hacia la igualdad no puede realizarse a la misma velocidad en todas partes. En cualquier caso, dígame –me miró entonces como si todo lo dicho hasta ese momento hubiera sido solo un preámbulo a lo que venía–: ¿en qué bando se sitúa usted respecto a la homosexualidad?

No supe qué responder. Ni siquiera estaba seguro de haber

entendido bien la pregunta. A continuación, como claramente esperaba mi respuesta, dije:

–No lo sé. No hay bandos.

El señor Coly me miró unos instantes con una expresión extraña. Luego, con su voz pausada, dijo:

–Su posición es insostenible, Ndéné. Tendrá que averiguarlo. Sobre todo, tendrá que elegir. Tarde o temprano. Siempre estamos en un bando. Elegir. Y asumir.

Sonó el timbre de la entrada.

–Es un amigo que viene a verme –me dijo el señor Coly.

Fue a abrir y reapareció al momento, seguido por un hombre que me saludó con timidez. Su mano era blanda, su apretón fue muy suave. Era alto y su caftán malva de impecables pliegues le confería cierta elegancia. Olía bien. Los efluvios amaderados de su perfume impregnaron la habitación al entrar. El señor Coly hizo las presentaciones, especificando que su invitado y él eran viejos amigos. Nos pidió que nos sentáramos y se dirigió a la cocina. Nos acomodamos, yo en el sofá donde estaba antes, el recién llegado en un sillón a mi lado. Algo en él me intrigaba. Inició la conversación con una voz un tanto huidiza. Me preguntó si El Hadj Majmout Gueye era mi padre. Sorprendido, se lo confirmé. Me dijo que nos parecíamos mucho. Le pregunté de dónde conocía a mi padre.

–De la mezquita –contestó.

La respuesta me reveló lo que me intrigaba del hombre: lo tenía visto. Y aunque su cara se me antojase extraordinariamente cambiada, no me cabía duda: era el *jotalikat*. El mismo que había transmitido el último sermón de «Al Qayyum». Pero ¿dónde estaban su mirada bovina y su fea calvicie? Milagrosamente evaporadas. Sí, a ratos percibía una pizca de necedad en el fondo de sus ojos, pero era una necedad conmovedora, avergonzada. En cuanto a la cabeza, la llevaba cuidadosamente rapada y brillante.

No encontraba en aquel hombre que tenía delante nada del aplomo, la energía y la seguridad del *jotalikat* desatado que había visto unas semanas antes junto al moribundo El Hadj Abou Moustapha Ibn Khaliloulah. El señor Coly volvió, sirvió un vaso de jengibre al *jotalikat* sin preguntarle si era lo que quería; luego se sentó cerca de mí.

Me encontraba entre los dos amigos. Se instaló un extraño silencio, que solo interrumpimos de vez en cuando para hablar de banalidades profundas. El señor Coly y el *jotalikat* apenas se hablaban directamente. Incluso cuando se dirigían la palabra, se aseguraban de que yo estuviera en el bucle de la conversación, de que pudiese intervenir. Parecían temer que me callase y que la conversación

quedase a su cargo.

Tras un cuarto de hora de esta estúpida tortura, anuncié que me iba a despedir. El señor Coly trató de retenerme, según las normas de la hospitalidad. Pretexté un recado pendiente. No pude evitar que me acompañase hasta la puerta. Le agradecí calurosamente su invitación y la conversación. Al despedirnos, me estrechó con fuerza la mano y me dijo:

–Tenga mucho cuidado, Ndéné.

Por un momento creí que iba a decirme algo más, pero no añadió nada. Se limitó a sonreírme y entró de nuevo en la casa con paso impaciente. Su amigo lo esperaba.

16

Poco a poco lo fui sintiendo nacer, susurrar, crecer en las miradas insistentes, los cuchicheos que precedían o seguían a mi paso, los gestos con la cabeza señalándome desde lejos: el rumor, la incontenible crecida del rumor. En la universidad y en mi barrio la gente hablaba. No me esforcé en enterarme de qué se decía con exactitud. Tarde o temprano, el rumor maduraría por completo y me caería encima sin que yo tuviera que recogerlo.

¿Qué es exactamente un rumor? La ilusión de un secreto colectivo. Es un baño público que todo el mundo utiliza, pero de cuya ubicación cada cual cree ser el único conocedor. No hay ningún secreto en el núcleo del rumor; solo hay personas que serían menos felices si no creyeran tenerlo o tener el privilegio de hallarse en posesión de una verdad rara.

No creo en el secreto compartido. Una vez dicho, una vez deslizado en una frase, una confesión o un relato, un secreto deja de serlo. Todo lenguaje lo viola. Toda expresión verbal ya es una elucidación de su corazón primordial y oscuro, una mancha del silencio que es la única condición auténtica de existencia. Un secreto que se dice, que se dice a sí mismo en una forma clara, ya está perdido. Solo puede existir en nosotros, en este ser turbio, este claustro mal iluminado donde la verdad no solo debe rodearse siempre de sombras, sino también ser parte de dicha sombra. Un verdadero secreto nunca es claro, ni siquiera para su propia conciencia. De modo que dos conciencias para un secreto son demasiadas, en mi opinión. Tan pronto como se dice, se traiciona, y multiplicado por dos: primero, porque se han puesto palabras en lo que era una red misteriosa de verdades que solo tienen sentido en nuestro silencio interior; luego, porque las palabras escogidas para confesarlo no permanecerán iguales en la memoria de quien lo escucha. Las palabras del secreto, que son la primera traición del secreto, serán indefectiblemente traicionadas a su vez en la mente de aquel a quien se confía, por más que lo guarde o lo repita.

Más allá de uno mismo, ya no hay secreto: solo hay un depósito, el sedimento de una materia bruta que la palabra ha ido desnaturalizando y erosionando poco a poco y del que solo se conserva un recuerdo vago. Entonces estamos hablando del rumor; hablamos del secreto muerto, asesinado, vaciado, pero que sabemos

que estuvo vivo en su momento. ¿Bajo qué forma? Lo hemos olvidado. Eso es el rumor: la sedimentación del secreto en la ilusión de su revelación.

De modo que el rumor circulaba a mis expensas. Alguien tenía que encargarse de señalarme los errores de los que se me acusaba. Dicha persona no podía ser otra que mi padre. Me había convocado a su casa. Adja Mbène a su lado, con la cabeza gacha, desgranando con gravedad un rosario. Me encontraba ante el tribunal de los míos.

–Sabes por qué queremos hablar contigo –comenzó fríamente mi padre–. Estos últimos días han llegado a nuestros oídos cosas muy desagradables. No sé si son verdad o no, pero su insistencia es motivo de preocupación. No sé qué te está pasando. Solo te lo diré una vez: no toleraré que manches mi honor ni el de Adja Mbène...

–Sin olvidar la memoria de tu madre –intervino Adja Mbène sin mirarme, con una voz estrangulada por sollozos inminentes.

–Tu actitud y tus costumbres, al menos lo que dejas ver, manchan a toda la familia. No te crié para que seas el centro de rumores escandalosos. ¿Tú sabes lo que dicen de ti?

No, lo ignoraba. Así que mi padre me lo contó. Decían que me habían visto muchas veces en la casa maldita, donde rezaba regularmente en la tumba del homosexual desenterrado; decían que había pasado toda una tarde con Samba Awa Niang; también contaban que daba clases sobre poetas homosexuales en la universidad, cosa que me había valido la expulsión de la academia. Mi padre me relató los rumores con sus palabras, palabras cargadas de cólera, llenas de reproches, minadas por la vergüenza. Lo escuché hablar parsimonioso, y sin duda esa parsimonia le repelió. A sus ojos, tal vez me parecía a esos grandes criminales que, en su juicio, escuchan la larga lista de sus monstruosos actos con una especie de desapego, indiferencia, incluso de placer sádico. Mi actitud debía antojársele la de un monstruo insensible, que o bien no comprendía la gravedad de las acusaciones en su contra o, si lo hacía, lo hacía plenamente consciente pero sin arrepentimiento, incluso encontrándolo divertido, quizá.

En el fondo, ¿no tenía razón mi padre al ver en mi actitud una indiferencia inhumana? ¿No escuchaba, en efecto, sus graves palabras con la expresión ausente de un futuro ahorcado, ciego a la horca que se alzaba ante él? Mi padre hablaba de mí. Hablaba de los rumores que me afectaban; pero lo que decían me daba la impresión de atañer a una vida que no era la mía. Lo que escuchaba me era ajeno, tan ajeno que varias veces estuve a punto de interrumpir a mi padre para decirle que se equivocaba, que no se trataba de mí, que todo aquello era un lamentable malentendido. ¡Ay, cómo le habría gustado oírme

negarlo todo, defenderme, indignarme! ¡Cómo habría deseado que declarase con voz firme que mi, su, nuestro honor estaba a salvo! Veía a las claras que detrás de sus ojos enrojecidos y su voz temblorosa había una súplica desgarradora y patética: «Te lo ruego, dime que se han equivocado, que mienten, que inventan, que te han confundido con otro. Te lo suplico, Ndéné, ¡niégalo! ¡O miénteme!».

Pero no podía hacerlo. No puedo, papá. Aunque tuviera la sensación de que no se trataba de mi vida, los actos eran los míos. Tenía que asumirlos. Desde el punto de vista de los hechos, el rumor era cierto: había meditado en varias ocasiones en la tumba de Amadou después de mi primer encuentro con su madre, había pasado una tarde con el *góor-jigéen* más reputado del país y había enseñado a Verlaine en la universidad. La rumorología informaba, por lo tanto, de hechos exactos, pero su interpretación, su significado, las consecuencias y las conclusiones que extraía no contaban la verdad. Abordaba la verdad factual, pero pasaba completamente por alto la dimensión metafísica. Sin embargo, ¿cómo explicárselo a mi padre y a Adja Mbène sin darle crédito al rumor? ¿Cómo explicarlo sin empeorar mi situación?

Adja Mbène tal vez podría haberlo entendido. Era más paciente y tenía más empatía que mi padre. Pero ¿entender qué? ¿Que yo no era un *góor-jigéen*, que no era el amante de Amadou, ni discípulo de Samba Awa, ni agente de la propaganda gay a través de la poesía de Verlaine? ¿Era eso lo único que había que decir para ser inocente? ¿Mi humanidad se reducía a eso, a la prueba que debía aportar de mi no homosexualidad? Además, ¿cómo proporcionar esa prueba? Mi palabra bastaría quizá a mi padre y a Adja Mbène, pero no pesaría nada frente al rumor. No se renuncia con tanta facilidad al placer de difundir sin consecuencias un chisme malicioso. Se necesitan argumentos sólidos contra la rumorología para que se detenga. Yo no los tenía. Si alguien afirma: «Parece, señor, que es usted un marica declarado», ¿qué se puede responder? Seguramente nada.

Mi padre seguía hablando. Poco a poco, las lágrimas afluían a sus ojos. No lograba discernir si tenía miedo por mí, por él o por lo que tendría que hacer si la acusación era fundada. Hablaba, hablaba; y yo sospechaba que aquel torrente verbal era un ardid para posponer el instante en que tendría que afrontar el silencio que precedería a mi respuesta. No obstante, llegó el momento en que, sin más argumentos, tuvo que callarse y escucharme. El acusado tenía la palabra.

Adja Mbène levantó la cabeza y dejó de rezar su rosario. Estaba llorando. Le sonreí y me volví hacia mi padre. Me daba pena. Detrás de su dureza, solo quedaba el miedo de un hombre que temía que su mundo se desmoronase y, con él, todo el sistema de valores en el que

siempre había creído y al que había consagrado su vida.

Me embargaba una profunda tristeza que no podía compartir con nadie. Quería estar lejos de mi padre y de Adja Mbène, porque lo que podía decir nos habría herido a todos. Explicar que el destino de Amadou me había afectado sin entender por qué los habría impactado tanto como si me hubiera declarado homosexual. Esperaban de mí una respuesta simple y clara. La esperaban. Pero ¿qué es simple? ¿Dónde está la claridad? ¿Existe una única verdad clara? ¿No extrae una palabra verdadera su justeza de la dificultad que encuentra para emerger, frente a la tentación de la facilidad y la arrogancia? Lo esencial no se dice en la fluidez, en la palabra fácil y clara; creo, por el contrario, que se expresa a través de la vacilación, de los silencios profundos y matizados, impuros, que separan o aproximan cada palabra de la que la sigue o la precede, intuyo.

Bueno. Todo esto era muy bonito en la teoría. Ahora tenía que explicárselo a Adja Mbène y a mi padre. Imposible. De todas formas, no podíamos entendernos. Habíamos llegado al punto en el que se hacía imperativa la palabra, aunque fuese imposible: demasiado cargada de emociones, de desconocimiento, de dolor, solo podía hacer daño. Prefería marcharme. Tal vez era un cobarde.

–No sé qué esperas de mí, papá. Me ausentaré unos días. Será mejor para todos.

Luego me levanté, di algunos pasos hacia la salida.

–Si eso es todo lo que tienes que decir, no quiero volver a verte. Si sales ahora, no vuelvas nunca más.

Me quedé inmóvil. Había pronunciado tres frases desafortunadas. Habían bastado para romper nuestros lazos (frágiles, sí, como todo lo que es importante). Por valentía o por cobardía, no me giré para ver a mi padre llorar, como se había insinuado en su voz. No le guardaba rencor. Estaba destrozado. Su pena debía ser mayor que la mía. Hasta ese momento pensaba que aquel hombre temía perder su mundo. Me equivocaba: más que el mundo, era una de sus razones para vivir, yo, su hijo, lo que temía ver desaparecer después de haber visto partir a mi madre. Vería en mi partida una traición: no la mía hacia él, sino la suya hacia mi madre. Con mi actitud, incumplía el juramento tácito que había formulado en su muerte: convertirme en un hombre de bien. Si me iba, ¿qué le diría a mi madre esa noche, cuando lo visitase en sueños? Solo tendría dos palabras: «He fracasado», y la mirada que el fantasma de mi madre le lanzaría sería insoportable. Ya era insoportable. Por eso lloraba. Yo era un hijo indigno, un ingrato que no merecía el amor que se le daba. Estuve a punto de volver sobre mis pasos y recuperar la cordura, correr hacia mi padre, arrojarme a sus

pies y llorar hasta caer en un sueño del cual me despertaría absuelto, con el alma renovada. Pero era consciente, incluso mientras crecía en mí aquella voluntad, de que nada de eso iba a suceder. Me había internado más de la cuenta en la sombra y en la soledad. Era más fácil para mí sumergirme en ella que desandar el camino. También era más vital, porque había llegado a creer, a convencerme, de que al final de esta soledad y de esta culpabilidad me esperaba una salvación, quizá una verdad que nada ni nadie más habría podido, si no ofrecerme, al menos mostrarme. En cuanto a disponer de un alma nueva, ¿para qué, si también la mancharía, y probablemente más rápido que la anterior? «Si sales ahora, no vuelvas nunca más.» Incluso en medio de su cólera, su desesperación y su vergüenza, el amor de mi padre me planteaba una salida. «Si sales ahora...» Solo unos metros me separaban de la puerta. ¿Y de mi padre? ¿Qué distancia me separaba de Adja Mbène y de él? Tan reducida y sin embargo tan infranqueable ya... «Si sales...» Di un paso, que se impuso de inmediato como el primero de una larga caminata. Dos, tres, cuatro, cinco más. Casi estaba fuera. En el sexto, me fui, y sabía que me sería imposible volver.

Permanecí un tiempo en el umbral de aquella casa donde pasé mi infancia y donde ya no había sitio para mí, ni siquiera para los recuerdos. Jadeaba: seis pasos me habían dejado sin aliento. Tenía la impresión de haber corrido kilómetros o de haber matado a alguien. La sangre me subió de golpe a la cabeza, como si me hubiesen colgado por los pies. Así que era eso... El vértigo de la soledad... El puro y mortal vértigo de la libertad... Se había dictado sentencia: culpable. Me lo esperaba, y desde ese punto de vista no estaba verdaderamente sorprendido, pero otro detalle le daba a ese veredicto un sabor amargo, que acabó de desesperarme: al escuchar a mi padre me di cuenta de que yo no solo era culpable, sino que además era indefendible. Mi respiración recuperó despacio su ritmo normal. Reanudé el paso. Una voz me llamó. Era Adja Mbène. Me alcanzó, con el velo torcido.

–Ndéné... Si aún tienes la más mínima consideración, el más mínimo amor por mí... No te marches. Te lo ruego. Puedo ayudarte... He ido a ver a un marabú. Sé lo que opinas..., pero este no es un charlatán, trabaja solo a partir del Corán. Se trata de oraciones. Fue él quien curó al hijo de mi amiga, del que te hablé. Su fama es reputada sobre todo en este tipo de asuntos. Pertenece a la descendencia lejana del Profeta. Nos ayudará, estoy segura... Te lo ruego. Tu padre está devastado desde que oyó ese rumor. Lo estará aún más si te marchas. Si no por tu padre o por mí, hazlo al menos por tu madre. Ven..., ven a pedir perdón a tu padre...

–¿Por qué? ¿Por qué falta he de pedirle perdón?

Adja Mbène no dijo nada, ya fuese porque no tenía respuesta a mi pregunta o porque la aspereza de mi voz la sorprendió.

–¿Ves? No lo sabes. Nadie sabe qué falta he cometido. Yo mismo no lo sé. O todos lo saben y tienen miedo de decirlo en voz alta. Si ese es el caso, ni siquiera vale la pena que presente mis disculpas. No hay más. Esas son las únicas faltas imperdonables, las que ni siquiera podemos decir en voz alta.

–No es la falta lo que importa... Sea la que sea, lo que importa es pedir perdón. Se trata de volver a nosotros. A tu sociedad. A tu familia. Todo se puede perdonar, pero tienes que ponerle voluntad...

–A lo mejor no la tengo, o no la tengo ya, Adja Mbène. Ya no quiero el perdón. En ciertas ocasiones no es suficiente, lo sé. Por más que se me perdone, no sabré el valor de mi vida ni si estoy a la altura.

Esas últimas palabras las había murmurado, cansado, pero cargaban con algo irrevocable. Adja Mbène debió notarlo. Sus últimas frases fueron resignadas, dichas con el tono tranquilo de la impotencia:

–Entonces lo único que puedo hacer es rezar por ti, Ndéné. Eso es todo lo que puedo ofrecerte, aparte de mi amor y mi perdón. Que Dios te acompañe. Que tu madre te proteja.

La abracé, apresuradamente, para no sentirme tentado de quedarme en su cálido y maternal abrazo; luego me alejé, secándome con el dorso de la mano una marca húmeda en la mejilla que no sabía si provenía de las lágrimas de Adja Mbène o de las mías, que no había notado que derramaba.

Llegué a casa a altas horas de la noche, después de mucho deambular. En la puerta de mi apartamento, encontré una inscripción lacónica: *puus puup*, «*poussemerde*», empujamierda, uno de los numerosos y gráficos apodos con los cuales se designaba en wólof a los *góor-jigéen*. Me acerqué al mensaje; el espantoso hedor confirmó que lo habían escrito con excremento humano. Alguien se había tomado la molestia de cagar, envolver sus heces, transportarlas hasta aquí y usarlas como tinta para insultarme, intimidarme, amenazarme. *Empujamierda.* Había que reconocer que el autor tenía cierto sentido del humor. Al empujar la puerta para entrar en mi casa, efectivamente empujaba mierda, su mierda maloliente y aún reciente. Limpié y luego fui a la ventana, donde el mundo me ofreció su teatro inmutable: las mismas risas ascendiendo al cielo como humo de una felicidad terrestre incendiada, el mismo pueblo pobre simulando una miseria radiante, la misma aguja de la vida descompuesta y bloqueada en el cero, la misma soledad inmensa devorando a cada uno...

Tenía que marcharme, dejar la capital por unos días. Probablemente me consideraban homosexual allí, me habían suspendido como profesor, me asfixiaba. Tenía razones de sobra para alejarme por un tiempo. Le escribí a Rama para anunciarle mi decisión. Me dijo que quería acompañarme. En el fondo, era lo que esperaba, y ella lo había notado, sin duda. Quería recuperar cierta soledad, pero con ella. Gasté mis ahorros en alquilar una casita en un pueblo de pescadores, a un centenar de kilómetros al sur de Dakar, en la costa atlántica. Cuatro días después nos pusimos en marcha.

17

Sabía desde nuestra llegada que pasaríamos unos días felices en aquel pueblo. Sin embargo, no lo idealizaba. Aunque era tranquilo, encantador, repleto de la modestia soleada de los pueblecitos acunados por el océano, sabía que no encontraría la paz que buscaba. Los lugares son escenarios teatrales, escenarios vivos, con sus decorados y luces, pero solo nosotros actuamos, solo nosotros podemos actuar; no hay dobles ni apuntadores. No esperaba que aquel pueblo me apaciguara; solo quería que me convenciese de que la tranquilidad era posible.

Rama y yo llegamos a primera hora de la tarde, en medio de un calor sofocante. El pueblo estaba desierto. La mayoría de los hombres estaban en el mar, pescando; en cuanto a las mujeres, descansaban en casa un poco antes del regreso de los hombres al final de la jornada. Entonces tendrían que ocuparse del pescado, prepararlo y llevarlo durante la noche a un gran mercado para venderlo.

El pueblo estaba desierto pero lleno de suspiros. El comité de bienvenida lo encabezaron el mar, verde y ligeramente agitado; la playa, blanca y sensual, una franja mínima de arena cuyo trazo sinuoso seguimos hasta que se perdía en el cielo; y un grupo de chiquillos de entre seis y doce años, niños y niñas mezclados, la mayoría sin camisa. Chapoteaban en una pequeña ensenada que formaba una especie de laguna a pocos metros de la playa y que era lo bastante profunda como para nadar.

Cuando llegamos intentaban empujar una pequeña piragua, de su talla, en el estanque. La maniobra era delicada: aunque de tamaño reducido, la piragua pesaba demasiado y ellos eran demasiado niños. Los observamos reflexionar y debatir para encontrar la mejor manera de meter la embarcación en el agua. Le pregunté a Rama si le apetecía bañarse. Ella me dijo que más tarde. Primero quería ver cómo se las apañaban los niños con la piragua. Nos sentamos cerca de ellos, en unas rocas calientes que nos quemaron un poco las nalgas. Los niños se fijaron en nosotros, algunos incluso nos saludaron. Pero su tarea los absorbía tanto que nos olvidaron enseguida. Saqué una Polaroid que había comprado en Francia pero que había tenido pocas ocasiones de usar desde mi regreso a Senegal. La fotografía había sido una de mis grandes pasiones durante mis años de estudio, pero a la vuelta y por

falta de tiempo, la había ido abandonando. Me dije que la estancia en aquel pueblo sería una oportunidad para retomarla... Hice algunas fotos de la playa, del mar, de Rama, del cielo, de los niños en pleno esfuerzo, de las ovejas y de los perros callejeros que pasaban por allí.

Los niños estaban de acuerdo en un punto: no lograrían nada si no imitaban a sus padres cuando ponían sus piraguas en el agua para pescar. Corrieron a buscar por la playa tres o cuatro troncos gruesos sobre los que pretendían hacer rodar la piragua. Los primeros intentos fueron infructuosos. Tenían el material, pero no la técnica. Insistieron, sin enfadarse ni perder su buen humor. Ahí está la gran diferencia entre niños y adultos: contrariamente a lo que se cree, los primeros saben fracasar mejor. Rama seguía concentrada en las maniobras de los niños. La notaba tensa. Cada nuevo intento despertaba en ella la esperanza; cada error le arrancaba un suspiro de decepción seguido rápidamente de un «¡Vamos otra vez, que no se diga!».

En la enésima intentona, los niños volvieron a la carga. Esta vez colocaron a la perfección los troncos. La piragua se deslizó por encima. Tenían que empujar, ni demasiado rápido ni demasiado fuerte y, sobre todo, juntos. Un silencio cargado de esperanza flotó unos segundos sobre la playa. Rama se puso en pie y murmuró: «¡Vamos!». Los niños se unieron y, perfectamente coordinados, dieron el último empujón. La piragua entró con suavidad en el agua. Un extraordinario clamor de alegría y liberación sucedió a la tensión contenida de la esperanza. Una gran victoria en aquella playa desierta. Descalza, con un vestido largo y la espléndida melena negra ondeando tras ella como una bandera pirata, Rama corrió con los niños. Entró completamente vestida en el agua, que le llegaba casi por el pecho. Los niños la acogieron como una más y le hicieron sitio en la pequeña embarcación. Ella se volvió hacia mí con una sonrisa radiante y me dijo algo que no entendí con el ruido del viento y las olas. Los niños también me sonreían. Saqué una foto del grupo. La tranquilidad era posible aquí. Dakar y su rumor estaban lejos.

18

Los cinco primeros días pasaron más rápido que la felicidad de un pobre. Nos quedaban otros cinco, pero no queríamos pensar en el final de la estancia. Dedicábamos nuestros días al amor y al mar, a los paseos y a las lecturas, a la cocina y a la fotografía.

Lo que más le gustaba a Rama era ir a ver a los pescadores muy temprano, antes de que zarpasen. El momento era surrealista: el silencio de la playa al amanecer, solo interrumpido por las olas que azotaban la arena, las voces ásperas de los pescadores que se elevaban en la oscuridad durante los preparativos, las siluetas de las piraguas alejándose en el océano, ocupando toda la línea del horizonte, como una flota de guerra: estas imágenes merecían ser pintadas.

Por la noche, cuando regresaban, yo hacía fotos. La efervescencia y la emoción que acompañaban el desembarco de las piraguas nos permitían ver el pueblo y sus habitantes desde otro prisma. En ese momento se descubría una nueva vida; una vida breve, de apenas una hora, pero ¡qué hora! ¡Qué densidad en aquellas escenas de vida cotidiana! Los marineros descargaban la mercancía. Las mujeres ya se afanaban con los peces. Yo intentaba capturar los cuerpos tensos de los hombres, alegorías del trabajo y la dureza de la realidad; las manos de las mujeres manipulando los pescados; las grandes piraguas balanceándose, impasibles como divinidades. Trataba de no pensar demasiado en la composición, el encuadre, las poses. Trataba de mantener la fluidez y la espontaneidad en las fotos, la única posibilidad era seguir mi instinto.

La mayoría de las veces obtenía grandes fracasos. Pero también algunas fotos hermosas. Rama las seleccionaba. Tenía buen ojo para eso. Algunas fotos la conmovían mucho. Me alegraba. Mientras revisaba las fotos del quinto día, me dijo que el hombre seguía apareciendo en una de ellas.

–¿El hombre? ¿Qué hombre?

–El que siempre mira a cámara. Siempre se las arregla para salir en una buena foto. A menudo en segundo plano o en una esquina.

No tenía idea de a qué hombre se refería. Rama lo comprendió por mi cara perpleja.

–¡No me digas que no te habías dado cuenta!

–No, no me había fijado.

–Yo creía que era una broma entre vosotros.

Rebuscó en las fotos de los días anteriores y sacó cuatro, más la del día, y me las entregó. Entonces vi a aquel hombre, el único que miraba fijamente a cámara, en efecto. Los demás, ya fuera por pose o porque en verdad no me prestaban atención, estaban absortos en su trabajo e ignoraban mi presencia. Pero aquel hombre me miraba directamente. En las cinco fotos en las que aparecía, clavaba los ojos en mí, unos grandes ojos en los que leía una mezcla de seguridad y desprecio. Parecía un luchador que me desafiara con arrogancia. Lo curioso era que tenía la misma expresión en todas las fotos, la misma actitud: tronco recto, frente alta, mentón levantado y orgulloso. No me había fijado en él, cuando claramente buscaba mi mirada. Era muy oscuro de piel, en apariencia joven, las greñas descuidadas le daban aspecto de vagabundo. No era particularmente guapo, pero la arrogancia juvenil de su mirada me irritaba, me divertía, me gustaba. Pocas veces me habían mirado con tanta intensidad. Si no hubiera habido una cámara entre nosotros, pensé, sus ojos me habrían quemado.

–Bueno, veo que te fascina. Llevas media hora ahí observándolo sin decir nada. ¿Estás seguro de que no sabes quién es?

–Ni idea, no –dije despegándome con alivio y pesar de la mirada del hombre.

Como es natural, al día siguiente, al volver los pescadores, solo lo buscaba a él. Tras la cámara, esperaba su mirada, quería capturar el descaro de sus ojos, encerrarlo, responder. Pero ni rastro de él. No lo vi por ninguna parte. Di vueltas por toda la playa, entre todas las piraguas, entre todos los pescadores. En vano. Había llevado una foto donde aparecía. Le pregunté a uno de los pescadores si lo conocía.

–Por supuesto que lo conozco. Aquí nos conocemos todos. Es Yatma, Yatma Ndoye, el hijo de Bamar Ndoye. Su piragua no volverá esta noche. Pasan dos días en el mar. Estarán aquí mañana, seguramente con mucho pescado. Es la mejor piragua del pueblo.

Volví decepcionado. Solo había obtenido un nombre y eso no me bastaba. Quería sus ojos. Rama estaba cocinando cuando llegué.

–¿Has sacado buenas fotos esta noche?

–No, la verdad es que no.

–Eso dices siempre, y cada día hay dos o tres muy buenas. Déjame ver.

–No he sacado ni una –dije después de un incómodo silencio–. Hoy no he hecho fotos.

–Hablas como un pescador que vuelve con las manos vacías.

No respondí.

–Es porque no estaba allí, ¿verdad?

–¿Quién?

–El hombre de las fotos. El que mira a cámara. Ese en el que no puedes dejar de fijarte desde ayer. Me di cuenta. Me desperté por la noche y te vi mirando las fotos. Era tarde. ¿Te has pasado la noche mirando esas fotos?

Me alejé sin decir palabra. Ella me detuvo.

–Oye, no te juzgo, Ndéné. Nunca te voy a juzgar.

Cerré de golpe la puerta del salón y me refugié en el dormitorio. En lugar de calmarme y reconfortarme, las últimas palabras de Rama me habían enfurecido sin entender realmente por qué. Ser juzgado o no serlo: ¿qué era peor? En ambos casos, estábamos sometidos al juicio del otro, incluso contra nuestra voluntad. Al no juzgarme, Rama me daba el derecho de ser completamente libre. Por lo tanto, no lo era del todo. Si para ser yo mismo necesitaba que no me juzgasen, entonces era que dependía del otro, de su juicio o de su no juicio. Con los ojos cerrados, la cabeza ardiendo, odié a Rama. Detestaba su no juicio, que era un juicio. Desconfiad de las personas que dicen no juzgaros: ya lo han hecho, tal vez más duramente que los demás, hasta cuando son sinceras, sobre todo cuando son sinceras. Sin querer, quizá sin saberlo, te han pensado y analizado hasta el tuétano. A lo mejor habría preferido que Rama me juzgase, que me dijese claramente lo que pensaba de mí, de lo que sentía bullir en mí y de lo que yo no quería saber nada. Pero no me juzgaba. Me dejaba solo con la mirada de Yatma. No había vuelto a ver al hombre en la playa. En el fondo, toda aquella ira, toda aquella irritación venían de ahí: no había vuelto a ver sus ojos.

El resto de la noche transcurrió taciturna y silenciosa. Rama no decía nada y no se me pasaba el enfado. Estaba enfadado, lo sabía muy bien, conmigo mismo. No culpaba a Rama, por más que mi cobardía la señalase como la causa de mi mal humor. No me había hecho nada; ese era precisamente el problema. La sensación confusa que experimentaba frente a los ojos de Yatma no tenía nada que ver con ella. El origen de mi enojo estaba en mi propia sangre, en la vergüenza que acompañaba, sin apaciguarla, a la turbia atracción que el magnético mirar de Yatma ejercía sobre mí. Aquella atracción era una falta que me avergonzaba. Pero enseguida, desde el corazón mismo de la vergüenza, surgía, como un canto de oprobio, un placer vivo y oscuro, un placer adolescente por cometer un error, por transgredir una prohibición. El placer de la vergüenza al experimentar placer. Me extravié y acabé por guardar un amargo resentimiento. ¿Era yo tan débil, tan impresionable que, por segunda vez en pocas

semanas, un joven que no conocía ocupaba mi mente de aquella manera?

Rama se fue a acostar, decidida a dejarme con mi lucha interna. Estaba solo en el salón, a pocos metros de la mesa donde estaban las fotos. Solo tenía que dar unos pasos para encontrarme con aquella mirada... Unos pasos, unos insignificantes pasos... Puse toda mi voluntad en permanecer sentado en el sillón. La mesa se me presentaba como una tentación maléfica. No debía acercarme a ella. Debía mantenerme lejos, lejos de aquella maldita mesa y de aquella mirada. Me puse a recitar versículos del Corán, a hacer *duas*, invocaciones, para que la mesa me dejara en paz. Esperaba que Dios enviase un rayo, que la mesa se incendiara allí mismo... Pero nada. Miraba la mesa, tremendamente amenazadora y cercana. Seguía recitando los versículos del Corán, aferrado a los reposabrazos de mi sillón como si me fuera en ello la vida. Era ridículo. Si no hubiera estado tan asustado me habría reído como un loco del espectáculo patético que ofrecía.

¿De qué tienes miedo, Ndéné? ¿De haberte convertido en un maricón? ¿Tienes miedo de lo que esa mirada provoca en ti? Tú, el grandioso y orgulloso hetero histórico, a quien solo le gustan y le han gustado las mujeres, los pechos con grandes areolas granuladas, las nalgas de las mujeres, sus nucas finas y sensuales, los olores de su sexo, sus formas de estar en el mundo y de verlo; tú, para quien la galaxia femenina siempre ha sido aún más deseable porque sabías que nunca podrías alcanzarla ni comprenderla, ¿te habrás vuelto un *góor-jigéen*? ¿Cómo? Tú, musulmán por cultura, hijo de un hombre piadoso que estuvo a punto de ser imán; tú que, de niño, seguiste la escuela coránica; tú, criado, educado e instruido en la virtud de este país, ¿te habrás vuelto maricón? ¿Tienes miedo de imaginarte a cuatro patas, sodomizado brutalmente por un coloso con el rabo nervudo y estriado? ¿Temes sentirte atraído por un cuerpo masculino desnudo? ¿Tienes miedo de la soledad, del sufrimiento, del silencio en el que te sumiría ser uno de ellos? ¿Tienes miedo de la multitud que vendría a arrancarte los ojos? ¡Tú, el hombre de las multitudes, decías! Tú eres alguien y al mismo tiempo nadie, ¿verdad? ¡Ah, cobarde, temes a la multitud que quiere tu muerte! ¿Tienes miedo de morir? ¿Qué te pasa? ¿Era verdad el rumor, entonces? ¿Qué harías? ¿Qué harás? ¿Qué vas a hacer? ¿Matarte? ¿Estás listo para aguantar como un homosexual glorioso? ¡Responde, imbécil!

La noche avanzaba y sentía que estaba perdiendo la lucha. La mesa y su montón de fotos que solo tenía que mirar para liberarme de alguna manera me atraían. Empecé a confundirme en la letanía de los

versículos coránicos. Dios me abandonaba. O viceversa. Al final, me dirigí hacia la mesa. Yatma aparecía en cinco fotos. Las saqué apartando la cabeza, temiendo encontrarme con sus ojos, me las metí en el bolsillo y me dirigí hacia la playa.

Notaba las fotos en mi bolsillo, muy cerca del sexo... La mirada... Aceleré el paso. La mirada... Un principio de erección. Me puse a trotar, luego a correr sollozando como un niño. Me ahogaba. La erección crecía. La mirada... El aire era frío. Me caían lágrimas. Jadeaba. Siempre sobre mí, en mi nuca, en mi rostro, en todas partes, la mirada oscura y arrogante, la mirada de fuego (un fuego negro) de Yatma Ndoye. Rumor, rumor de las olas. Otra duna de arena por cruzar. Tenía el pene hinchado. El mar, por fin. Me detuve unos segundos, con la respiración entrecortada. Esperé a que mi respiración se calmase poco a poco antes de sacar las fotos de mi bolsillo con una mano temblorosa. Seguía evitando mirarlas. ¿A qué esperaba? Un arrebato de valentía. Una señal. Una ola que se estrelló con estrépito en el muelle me lo brindó: rasgué furiosamente las fotos y lancé los pedazos al aire. La mirada se redujo a mil pedacitos que revoloteaban en la playa, dispersados por el viento gélido. Algunos cayeron al agua, otros rodaron por la playa como pequeños cangrejos huyendo en plena noche.

Creí, por unos segundos, sentir cierto alivio. Sin embargo, por el contrario, era el sentimiento naciente de mi angustia redoblada. La mirada... Seguía viva. Por supuesto que aún vivía. ¿Cómo había podido creer ni por un instante que la iba a cegar destruyendo los ojos de donde emanaba? Me volví a mentir. Vivía en mí. Me encontré persiguiendo los pedazos de fotos dispersos por la playa. ¿Con qué esperanza absurda? ¿Para ver una última vez, donde los había conocido, aquellos ojos ante los cuales ya no era más que desnudez y debilidad? Logré atrapar algunos fragmentos. Ninguno de ellos mostraba la mirada que yo buscaba. Los demás pedazos se habían dispersado hacía mucho como cenizas en la orilla o en el agua. Ya no tenía ninguna posibilidad de recuperarlos. Me derrumbé en la playa, exhausto y desdichado. Me dolía el pene de soportar tanto tiempo erecto. Me lo saqué y, en medio de una mezcla de lágrimas, vergüenza y placer, me masturbé hasta el desahogo, que llegó, distante y poderoso, con un largo gemido y me dejó como muerto en la orilla desierta. Se acabó.

No me levanté hasta mucho después para volver a casa, jadeante. Llegué, me duché y me acurruqué junto a Rama con la cara enterrada en su melena.

19

Al día siguiente, durante el desayuno, anuncié que quería volver a casa.

–¿Estás seguro?

–¿Por qué me haces esa pregunta?

–Porque a lo mejor aún no has encontrado lo que viniste a buscar.

–¿Qué sabes tú de lo que vine a buscar? –Ya iba a contestarme, pero la interrumpí–. Y, para empezar, ¿quién ha dicho que esté buscando algo? Últimamente todo el mundo me pregunta qué estoy buscando. Dime, ¿qué necesidad hay de buscar nada? Todos os creéis que la vida consiste en encontrar un secreto, una revelación que le dé sentido a nuestra existencia..., pero puede que no haya nada al final del túnel, que lo que creíamos una luz de salvación sea tan solo el tenue resplandor del vestíbulo frío de la otra entrada. ¡Imagínate! ¡Qué cruel sería! Y también divertido. A lo mejor estamos todos en un tubo, una especie de intestino gigante, unos en una dirección y otros en la opuesta, todos convencidos de ir a encontrar la luz donde los demás solo han dejado un purgatorio gris. Y nadie se hablaría. Nadie le diría a su semejante: «Por ahí no hay nada, compañero, ¡es de donde vengo!». ¡Sería trágicamente cómico! –Me reí con malicia–. Cómico e inútil. ¿Te has parado a pensarlo? ¿Qué harías, qué haríais si al final no hubiese nada que buscar, si todo esto fuera simplemente una gigantesca sucesión de casualidades sin mensaje oculto? ¿Qué harías si el intestino fuese real?

–La pregunta es más bien: ¿qué harías tú? ¿Cómo reaccionarías si te dijesen que tu presencia aquí es inútil? Si te dijesen que no solo lo que buscas no está aquí, sino que la idea misma de buscar es absurda.

Rama hablaba con una calma que me irritó. Levanté la voz:

–¡Pero yo no busco nada! ¿Qué quieres que busque?

Hice la pregunta con una mezcla de irritación y de inmensa esperanza, y probablemente Rama sintió que, más que pedirle que me expusiera sus hipótesis, le estaba suplicando que me ayudase, que me enseñase el buen camino.

–Yo no quiero nada de nada, Ndéné. A lo mejor no estás buscando nada, es verdad. A lo mejor incluso es lo contrario: estás huyendo.

Por un breve instante, un denso silencio planeó por la habitación, peligroso como un pantano en el que temí hundirme para siempre,

aunque era una perspectiva que también me seducía.

–No me preguntes de quién o de qué estás huyendo. Solo tú lo sabes. Solo tú puedes saberlo. Pero te diré algo... –Se interrumpió, y por primera vez desde el inicio de la discusión sentí que buscaba las palabras, que su calma vacilaba–. Sé reconocer a un hombre que teme ir hasta el fondo de sí mismo y enfrentarse a sus demonios. Los veo cada noche. Vienen cargando con el peso del mundo sobre la cabeza, abrumados por remordimientos, miedo, culpabilidad, deseo de reparar su error. Y me cuentan su vida, con la esperanza de que los ayude por arte de magia a salvar lo que queda de ella. Pero yo no puedo hacer eso. Me limito a escucharlos. Terminan llorando como niños, y en esos momentos los miro con una mezcla de ternura maternal y profunda ira. Los amo y me repugnan. Lloran un buen rato, a veces horas. Toda su embriaguez. Toda su tristeza. Después no se sienten mejor, no te hagas ilusiones, pero saben que mientras sigan mintiendo, seguirán muriéndose lentamente. Sé reconocer a esos hombres. Y tú, Ndéné, eres justo igual.

–Ah, ¿ahora me juzgas?

–Si te juzgo o no, al final da lo mismo. Lo que cuenta es lo que piensas tú de ti mismo.

Volví la mirada hacia la ventana, chocó con las dunas que, esa noche también, había tenido que atravesar para llegar a la playa. Notaba los ojos de Rama sobre mí, pacientes pero duros. Volví a su vera, ya agotado, casi implorante.

–Sí, a lo mejor soy igual que uno de esos, como dices. Pero no puedo enfrentarme a mis demonios. Nadie puede. Me he enfrentado a algunos. Eso tiene un pase. Pero debe de haber algunos que nos den miedo, de lo contrario todo se habrá acabado.

–No he dicho que tengamos que vencer a todos los demonios. Solo digo que, como mínimo, tenemos que enfrentarnos a ellos. Enfrentarnos a todos.

–Eres demasiado valiente –dije con un tono que pretendía ser sarcástico, pero que solo fue ridículo.

–No, valiente no. Yo sé que puedo perder, pero no me da miedo ser una perdedora.

–Eso es lo que estoy diciendo. El valor encarnado, un valor magnífico.

–«Valor» es una palabra muy grande. Una palabra para héroes. Los héroes no abundan y las que son como yo sí. Te hablo de otra cosa, algo más simple y más difícil a la vez que el valor: la lucidez.

–No veo mucha diferencia. Pero sea. ¿Qué significaría ser lúcido en mi caso?

Me miró unos instantes con una expresión que no le conocía, una expresión nueva que la convertía en otra persona, en una extraña.

–No te atañe solo a ti, Ndéné. Para cada uno de nosotros, ser lúcido significa poder mirarse de frente, sea cual sea su rostro. Ya sea feo, incluso desfigurado, hasta cubierto de llagas y de pus, incluso gangrenado, hay que mirarlo. Es muy simple.

–No, no lo es. Y, además, ¿de qué hemos estado hablando todo este tiempo? Todo esto es muy abstracto, ¿no?

–Tal vez, pero eso es tu vida, y de eso estamos hablando. Lo sabes. Si tienes la impresión de que nuestra conversación es abstracta será porque tu vida también lo es. Y no has hecho nada para cambiarla.

–No sé si te estoy entendiendo.

Entonces su rostro volvió a ser el que conocía. Suspiró y me dirigió una sonrisa cansada.

–Me explico mal, no soy profesora, ya ves... No encuentro las palabras. ¡Y qué coño!, ¿quién soy yo para decir lo que hay que hacer? No hay que hacer nada. Me he venido arriba. Olvídalo. Que cada uno haga lo que pueda. ¿No es mejor así? –Sonrió de nuevo, esta vez con tristeza–. Me gustaría tanto ayudarte... Tanto. Pero nadie puede ayudarte.

Por primera vez desde que la conocía, Rama lloraba delante de mí. Me acerqué y la abracé. Nos quedamos abrazados mucho rato.

No, no te explicas mal. Estas cosas no se explican. Claro, Rama, claro que te he entendido. Simplemente querías decirme que ningún refugio en un paraíso es eterno, no porque el paraíso sea incompatible con la eternidad, sino porque cada uno, en la tierra, lleva eternamente un pedazo de infierno consigo. Querías decirme que el infierno puede ser una minúscula piragua en medio de una gigantesca tormenta de paraíso y no hundirse nunca. Que ambos, el infierno y el paraíso, son compatibles, y que al final eso es lo que nos mantiene con vida. El infierno absoluto es insoportable; el paraíso absoluto también. Claro, no lo dirías con estas palabras. Habrías encontrado frases más simples, más directas, más duras, más conmovedoras, más auténticas, menos abstractas. Pero yo aún no quería escucharlas. No estaba listo.

Llamé al propietario para informarle de que deseábamos marcharnos durante el día. Limpiamos la casa, ordenamos nuestras cosas y dimos un último paseo por la playa, hasta el borde del pequeño estanque. Ese día no había niños y la pequeña piragua había desaparecido. El pueblo parecía tan desierto como siempre. Hacia las cinco de la tarde, poco antes del regreso de los pescadores, estábamos listos para partir. Seguramente llegaría Yatma. Nunca sabría nada.

Rama recibió un mensaje justo cuando estábamos subiendo al

coche.

–Es Angela. Me ha enviado unas fotos.

–¿De qué?

–Los rostros hinchados de dos hombres a los que una multitud linchó ayer. Los sorprendieron juntos besándose. Sucedió en la universidad. Les dieron una paliza allí mismo, como siempre. Están en el hospital principal, en estado crítico. Angela me dice que uno de ellos es un profesor reputado del Departamento de Letras. Me pregunta si lo conoces. ¿Quieres verlas?

–No.

Arranqué el coche.

20

El *jotalikat* murió durante la noche a causa de sus heridas. El señor Coly tiene la mandíbula rota. También ha perdido un ojo y sufre graves traumatismos craneales con pérdida parcial de la memoria. Lo encontré consciente, en mal estado, pero consciente. No recuerda quién soy y le cuesta muchísimo hablar. Cada vez que intenta abrir la boca, le fluye una baba abundante y las palabras que intenta pronunciar se pierden en ese magma de saliva profusa y frases inarticuladas. Sin embargo, noto que quiere decir algo tan esencial que está dispuesto a confiárselo a un desconocido, porque para él soy un desconocido. Con su único ojo aún funcional, intenta comunicarse. Eso es lo único que le queda: una mirada de cíclope para hablar. Pero no entiendo nada de ese lenguaje del ojo. Solo sé que siente dolor y tal vez miedo. Le digo que no comprendo lo que intenta decirme. Eso lo desespera casi por completo. Cierra los ojos, de desesperación y de dolor. Sabe que está atrapado en el mayor sufrimiento posible, del cual no puede hablar. Una lágrima le cae del ojo izquierdo, el que aún funciona; del otro, después de empapar la venda que lo cubre, acaba por descender una sustancia amarillenta que vira hacia un rojo sucio. Finalmente, salgo de la habitación.

El médico me espera en el pasillo. «Lo mantendremos aquí un tiempo. Diez días como mucho. Estamos escasos de espacio, ya sabe... Vuelva tan a menudo como le sea posible. Ver caras conocidas lo ayudará a recordar con más facilidad. Háblele de su vida, de recuerdos. Sin embargo, evite aludir de inmediato al motivo por el que está aquí... Tampoco mencione al otro..., a su amigo..., quiero decir...» El médico se calla, titubea, me mira y fugazmente, en su rostro, vislumbro el destello de la terrible lucha que se lleva a cabo en su interior, una lucha en la que su conciencia profesional rechaza como puede sus juicios morales. Cambia de tema y me cuenta que soy la primera persona que ha venido a ver al señor Coly desde que lo trajeron aquí ayer. El hospital intentó llamar a su esposa; ella se negó a venir a visitarlo. El médico me dice que es un caso frecuente. Todos los homosexuales públicamente reconocidos pierden el apoyo de muchos familiares y amigos. Sus esposas, si las tienen, a menudo entran en un periodo de depresión. La idea de haber sido engañadas, de haber servido como encubridoras, de haber sido solo un vientre de

garantía, una máscara de moralidad, un escaparate de virilidad, les resulta intolerable. Se sienten heridas, en resumen, ante la posibilidad de no haber sido nunca amadas de verdad.

Nadie, salvo Angela y sus colegas de Human Rights Watch, ha venido a ver al señor Coly. Lo mismo para el *jotalikat*. Nadie ha venido aún a reclamar su cuerpo. A pesar de eso, el médico no parece muy preocupado. «Alguien se presentará en plena noche, cuando no haya mirones, para llevárselo. Estamos acostumbrados.» Se ajusta las gafas, me estrecha profesionalmente la mano y se aleja como solo los médicos saben alejarse.

Oigo el rumor de la ciudad en el exterior. Lo escucho durante unos minutos, inmóvil y solo en el pasillo donde las luces se apagan; luego, suavemente, siento subir en mí la ola de un odio puro hacia la ciudad, hacia su rumor, hacia todos sus habitantes. Siento de repente el deseo de matarlos a todos, de matarlos sin molestarme en mirar caso por caso, sin matices, sin intentar ver quién es bueno, quién es malo, quién es humano, quién es medio humano. Ni siquiera tengo necesidad de verlo: todos son culpables. No puede haber inocentes entre ellos. Son la sociedad, la sociedad en su movimiento brutal, poderoso e irresistible como el de una boa que estrangula a su presa. Si tuviese la posibilidad, saldría armado y dispararía a la multitud a ciegas, como un terrorista, embriagado de mi odio, mi repugnancia y mi determinación. Pero no tengo armas; estoy desnudo y débil como cualquier hombre frente a sus semejantes. No puedo hacer nada más que enfrentarme a las miradas llenas de buena fe, de inocencia, de pureza, repugnantes a fuerza de tener razón y de querer tener razón siempre. Cada uno de ellos es una parte de la multitud que desenterró a Amadou; cada uno de ellos participó en el linchamiento del señor Coly y del *jotalikat*; todos cavaron el pozo de silencio que la madre de Amadou desciende cada día.

El mar de odio sube aún más, a lo más alto, sin posibilidad de remisión. Voy a salir. Voy a salir y a convertirme en su peor pesadilla al mismo tiempo que lo que sueñan ver para matarlo mejor: un *góor-jigéen*. Voy a salir, a causarles el sufrimiento más insoportable y ofrecerles el regalo más valioso con un solo gesto: transformarme en maricón, un maricón al que podrán temer en un repudio visceral y desear en una oscura pulsión de muerte. ¡Que me cubran de escupitajos, que me desmenucen con sus dientes, que me rompan los huesos y me arrastren desnudo por las calles, que me insulten e insulten a mi difunta madre, que me juzguen indigno de vivir, que me rompan los dientes para que la chupe mejor, como dicen, que me linchen y me abandonen al raso, con las vísceras al aire como una

carroña! Que me carguen con su odio como a una mula: no harán más que aumentar el mío antes de que estalle en medio de ellos y muramos todos en nuestros odios hinchados como úlceras, hinchados como burbujas de ácido. No son los únicos que saben odiar. Imploro: ¡que me hagan protagonista de un vídeo! Que me concedan el inmenso privilegio de morir filmado. Es lo que deseo. Marcharme en mitad de la explosión de violencia más formidable llevándome a la mayor cantidad de personas por delante, porque es lo que todos nos merecemos, criaturas insignificantes librando una guerra tan feroz. Me siento fuerte, depositario de un poder oscuro e inmenso que hace que las pocas razones para vivir y amar que aún tengo sean ridículas: Rama, Adja Mbène y, por supuesto, tú, papá, ¡perdóname!, ya te imagino de rodillas al pie de mi tumba, desenterrándome con tus manos temblorosas, llorando, siempre dividido entre tu amor y tu vergüenza...

Comienzo a caminar lentamente por el pasillo en dirección a la salida. Las luces se encienden de nuevo y, al mismo tiempo, se desata en mí una alegría invencible mezclada con el mar ya humeante de mi odio. Es una alegría simple, pura, sagrada, que pronto me golpea con un ariete en el corazón, el vientre y la cabeza. Es casi doloroso. Mis pasos resuenan con un eco formidable y siniestro en este hospital con aspecto de mortuorio. Son los pasos de un hombre en el último pasillo, un pasillo tan oscuro que solo ve la luz al final, a veces penetrante, a veces divina; y tan estrecho que el condenado ya no puede darse la vuelta ni retroceder. Solo puedo avanzar. Solo quiero avanzar. Retroceder ya no es ni posible ni deseable. Pero ¿avanzamos hacia algo? ¿Avanzamos alguna vez hacia algo?

Hace un rato dejé a Rama en su casa. Quería quedarse conmigo. Le dije que quería estar solo, solo de verdad, al menos esta noche. Ella quiso añadir algo, pero al final, después de unos instantes, me dio un beso en la mejilla antes de bajarse. Se quedó de pie en la acera mirándome con una especie de tristeza; y mucho después de haber arrancado seguí viendo su silueta por el retrovisor, su mirada triste siempre fija en mí, hasta que la noche la engulló. En el asiento del pasajero dejó una de sus largas rastas.

Antes de venir al hospital fui a la tumba de Amadou. Tenía miedo de que la hubiesen profanado para desenterrarlo por segunda vez. Pero las piedras estaban allí, inmóviles, delimitando su espacio sagrado. Nadie había ido, nadie iría nunca más: por fin estaba muerto. De repente me conmovió la simplicidad de su tumba, como si nunca antes la hubiese visto. Aquellas cuatro piedras se me antojaron un mausoleo suntuoso, sin pompa. Se me ocurrió la idea de escribir algo.

Arranqué una ramita del árbol y la sostuve sobre el espacio entre las piedras, esperando las palabras que quería trazar allí como epitafio de arena. El palo permaneció suspendido sobre la tumba durante un largo rato. No se me ocurrió nada, y al final tiré la rama diciéndome a mí mismo que habría sido yo el profanador de la tumba si la hubiese arrancado de su belleza virginal al escribir.

El pasillo. Estoy a punto de salir. ¿Soy uno de ellos? Sí... No... Poco importa: el rumor dijo, decidió, decretó que sí. Así que lo seré. Debo serlo. Si los de ahí fuera necesitan que sea uno para vivir mejor, lo seré, interpretaré a la perfección mi papel y así todos estaremos contentos. Ellos de vivir, y yo de morir. Tal vez solo después de mi muerte se den cuenta del regalo que les hice... Cantarán mis alabanzas. Besarán mis pies fríos y abrazarán mi ataúd como el de un santo. Algunos de mis verdugos, una vez calmada su ira, hablarán bien de mí, sin riesgos, ya que el buen maricón es el maricón muerto. El aire cálido de la ciudad ya me acaricia el rostro. El rumor se acerca. Lo recibo con los brazos abiertos como a un hermano. La lucidez... La lucidez de la que me hablaba Rama. La lucidez... A lo mejor es esto. Unos pasos más y me cegará. He tomado mi decisión. Aquí todo el mundo está dispuesto a matar por ser apóstoles del Bien. Yo estoy listo para morir por ser la única figura aún posible del Mal.

[←1]
«Homosexual» en wólof.

[←2]
Término wólof que designa tanto un tipo de tambor como una danza y una celebración tradicionales.

[←3]
Cinturones de grandes perlas destinados a seducir.

[←4]
Movimiento bastante típico de los ojos: se trata de entornarlos de manera exagerada para expresar desafío, provocación, confianza, determinación o amenaza, o incluso todas estas cosas a la vez. Es más habitual entre el género femenino.

[←5]
Los *taasu* son una especie de poemas o relatos populares senegaleses de corte satírico, elogioso, lascivo, lúdico o moralizador.

[←6]
El *beco* es una faldita corta cuya tela está salpicada de agujeros más o menos grandes. En Senegal es un elemento esencial de la lencería femenina.

[←7]
Baile tradicional de Senegal caracterizado por su sensualidad.

[←8]
Segunda esposa.

[←9]
Prohibido por el islam, ilícito.

[←10]
En la religión musulmana, la primera oración del día, que se realiza al amanecer.

[←11]
El griot es el cuentacuentos africano que transmite oralmente sus historias, narrando como lo haría un músico ambulante o un juglar. *(N. del T.)*

[←12]
En Senegal, niños confiados a un maestro para el aprendizaje del Corán, pero a menudo explotados por estos. Mendigan por las calles para sobrevivir o para mantener a su maestro, expuestos a la inseguridad y a la violencia urbanas.

[←13]
Manifestación folclórica senegalesa. Variante del *sabar*.

[←14]
«*Siggi leen ndigalé. –Siggil sa wàal*»: en wólof, diálogo ritual por el cual una persona da el pésame a otra, que lo recibe y agradece.

[←15]
Bebida refrescante y tonificante elaborada con flores de hibisco desecadas.

Título de la edición original:
De purs hommes

Edición en formato digital: marzo de 2024

© imagen de cubierta, Michele Spatari

© de la traducción, Rubén Martín Giráldez, 2024

© Éditions Jimsaan, 2018

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2024
Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2278-6

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es